

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Un día más con vida



● crónicas ●

ESPA
EBOOK

La revolución de los claveles anuncia el fin del colonialismo portugués y fija la proclamación de la independencia de Angola para el 11 de noviembre de 1975. Tres meses antes, Kapuściński se instala en Luanda, donde asiste al «éxodo blanco». Mientras, en su avance hacia la capital, la guerra por el poder en el futuro Estado soberano se recrudece por momentos. Kapuściński, con grandes dosis de valor o de insensatez decide quedarse hasta el final; sumido en la mayor soledad, recorre la ciudad desierta y los frentes de batalla. Más que el relato de un reportero, se trata de un diario íntimo, escrito por un ser humano al límite de sus fuerzas y consciente de su indefensión ante la amenaza de muerte que se cierne sobre su cabeza y sobre las cabezas de tantos angoleños, soldados y civiles, que protagonizan este libro, el preferido del autor entre todos los suyos.



Ryszard Kapuściński

Un día más con vida

ePub r1.0

Titivillus 12.5.15

Título original: *Jeszcze dzien zycia*

Ryszard Kapuściński, 1976

Traducción: Agata Orzeszek

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espaebok.com

- Somos seres humanos.
- Cuando llega el miedo, rara vez aparece el sueño.
- No todos lo podemos todo.
- El navegante habla de vientos, el agricultor de bueyes, el soldado cuenta heridas.
- Mientras respiro, tengo esperanza.
- La vida no es sino eterna vigía.
- No hay vida en la guerra.
- El hombre es un lobo para el hombre.
- En los jardines de Belona nacen semillas de muerte.
- Siempre son inseguros los resultados de las batallas.
- Dos veces vence aquel que en la victoria se vence a sí mismo.
- Sabes vencer, Aníbal; ¿no sabes sacar provecho de la victoria!
- La única salvación de los vencidos: no esperar salvación.
- Vencidos, vencimos.
- ¿Quién fue aquel que desenvainó primero las terribles espadas?

*VERTE, proverbios, sentencias y dichos
latinos (escogidos, traducidos y editados por
Stefan Staszczuk con la colaboración de Karol
Jawinski), PZWS, Varsovia, 1959*



ANGOLA en 1975

Cerramos la ciudad

Viví tres meses en Luanda, en el Hotel Tívoli. Desde la ventana divisaba el golfo y el puerto. Junto a la costa se veían varios buques mercantes de compañías transoceánicas europeas. Sus capitanes, que se comunicaban por radio con Europa, podían enterarse mejor y saber más de lo que iba a ocurrir en Angola que nosotros, encerrados en la ciudad sitiada. Cuando por el mundo ya corría la noticia de que se acercaba la batalla definitiva por Luanda, los buques se adentraban en el mar para detenerse solo en la línea del horizonte. Y con ellos se alejaba la última esperanza de salvación, pues, siendo imposible la huida por vía terrestre, se repetía el rumor de que el enemigo en cualquier momento iba a bombardear e inutilizar el aeropuerto. Luego resultaba que la fecha del asalto a Luanda quedaba aplazada y la flota regresaba al golfo para reanudar su interminable espera antes de poder cargar café y algodón.

El movimiento de aquellos buques era para mí una importante fuente de información. Cuando el golfo se quedaba desierto, yo me empezaba a preparar para lo peor. Aguzaba el oído para comprobar si no se aproximaban los ecos del cañoneo de la artillería. Me preguntaba si no habría verdad en lo que se susurraban al oído los portugueses, a saber, que en la ciudad se ocultaban dos mil soldados de Holden Roberto que solo esperaban una orden para desencadenar una masacre. Pero en medio de estas inquietudes, los buques de nuevo volvían al golfo. A sus desconocidos tripulantes los saludaba yo, para mis adentros, como a salvadores: durante un tiempo habría silencio.

En la habitación de al lado se alojaban dos ancianos: el *senhor* Silva, comerciante en diamantes, y su mujer, *dona* Esmeralda, que agonizaba víctima de un cáncer. Consumía sus últimos días sin auxilio ni posibilidad de salvación porque ya estaban cerrados los hospitales y los médicos se habían marchado. Su cuerpo, retorcido por el dolor, casi desaparecía en medio de un montón de almohadas. Me daba miedo entrar allí. Un día lo había hecho para preguntarle si no le molestaba que por las

noches tecleaba en mi máquina de escribir. Su pensamiento emergió del dolor por unos instantes, solo los imprescindibles para decir:

—No, Ricardo, a mí ya nada puede molestarme en mi viaje hacia el final.

El *senhor* Silva se paseaba por los pasillos durante horas. Se peleaba con todo dios, maldecía el mundo y la nuca se le volvía roja de tanta mala sangre. Gritaba incluso a los negros, a pesar de que ya por entonces todos los trataban con educación, hasta tal punto que uno de nuestros vecinos incluso había llegado a adquirir una nueva costumbre: detenía a africanos del todo desconocidos, les daba la mano y se inclinaba ante ellos en una profunda reverencia. Estos, convencidos de que la guerra le había nublado el entendimiento, se alejaban a toda prisa. El *senhor* Silva esperaba la llegada de Holden Roberto y no paraba de preguntarme si yo sabía algo al respecto. La imagen de los buques alejándose lo llenaba de la más grande de las alegrías. Se frotaba las manos, enderezaba el espinazo y enseñaba su dentadura postiza. A pesar del agobiante calor, siempre iba vestido con ropa de abrigo. Entre los pliegues de su traje llevaba cosidos sartenes de diamantes. En una ocasión, cuando parecía que el FNLA^[1] se hallaba ya ante las puertas del hotel, me enseñó, radiante de felicidad, un puñado de piedrecitas transparentes que tenían el aspecto de un vidrio hecho añicos. Pero eran diamantes. En el hotel se decía que Silva llevaba encima medio millón de dólares. El viejo tenía el corazón dividido. Deseaba huir con su fortuna pero lo tenía atado la enfermedad de *dona* Esmeralda. Temía que, de no marcharse enseguida, alguien iba a denunciarlo y le arrebatarían el tesoro. Jamás salía a la calle, e incluso se quería comprar una cerradura adicional, pero como todos los profesionales ya se habían marchado, en toda Luanda no había una sola persona capaz de fabricársela.

Enfrente de mí se alojaba una pareja joven: Arturo y Maria. Él era funcionario colonial y ella, una mujer rubia de ojos nublados y sensuales,

tranquila y callada. Esperaban la hora de irse, pero antes debían cambiar el dinero angoleño por el portugués, cosa que se prolongaba durante semanas enteras, dadas las colas kilométricas ante los bancos. Nuestra camarera, una anciana amable y vivaracha, *dona* Cartagena, me informó con un susurro lleno de indignación de que Arturo y Maria vivían amancebados. O sea, igual que los negros, aquellos sujetos sin Dios del MPLA^[2]. En su escala de valores, tal cosa era el peldaño más bajo de la degradación y el envilecimiento del hombre blanco. *Dona* Cartagena también esperaba la llegada de Holden Roberto. No sabía dónde estaban sus tropas, y me preguntaba en secreto por las novedades. También me preguntaba si yo escribía acerca del FNLA en buenos términos. Yo le decía que sí, que entusiastas. Agradecida, siempre me dejaba la habitación limpia como los chorros del oro, y cuando ya no había nada para beber en la ciudad, me traía —imposible saber de dónde— una botella de agua.

Maria me tenía por un hombre que se dispone a suicidarse, porque le dije que me quedaba en Luanda hasta el Día de la Independencia de Angola, es decir, hasta el 11 de noviembre. En su opinión, para entonces no quedaría en la ciudad piedra sobre piedra. Todo el mundo estaría muerto y el lugar se habría convertido en un inmenso cementerio habitado por los buitres y las hienas. Me aconsejaba marcharme lo antes posible. Le aposté una botella de vino a que sobreviviría y que nos encontraríamos en Lisboa, en el elegante Hotel Altis, el 15 de noviembre a las cinco de la tarde. Llegué tarde a ese encuentro, pero en la recepción me esperaba una nota de Maria, diciendo que me había esperado y que al día siguiente Arturo y ella partían para el Brasil.

Todo el Hotel Tívoli estaba repleto hasta los topes, tanto, que recordaba nuestras estaciones de ferrocarril polacas justo después de la guerra, llenas de multitudes nerviosas o apáticas, y de bultos amontonados, atados de cualquier manera. Por todas partes olía mal,

todos los rincones del edificio exhalaban un tufo ácido y una hediondez pegajosa y asfixiante. La gente sudaba de calor y de miedo. Reinaba un ambiente apocalíptico, como de espera de un exterminio. Alguien trajo la noticia de que por la noche bombardearían la ciudad. Otro se había enterado de que, en sus barrios, los negros afilaban los cuchillos para luego probar su eficacia en las gargantas de los portugueses. De un momento a otro iba a estallar una sublevación. ¿Qué sublevación?, preguntaba yo a unos y a otros para informar a Varsovia. Nadie sabía nada a ciencia cierta. Una sublevación y punto; ¿qué sublevación?, ya se vería cuando estallase.

El rumor agotaba a todo el mundo, tensaba los nervios y arrebatava toda capacidad de razonar. La ciudad vivía en un ambiente de histeria, temblaba de miedo. Las personas no sabían cómo arreglárselas con la realidad que ahora las rodeaba. Ignoraban cómo explicarla, cómo domarla. Los hombres se reunían en los pasillos del hotel y celebraban consejos de estado mayor. Los pragmáticos con los pies en la tierra eran partidarios de cerrar el hotel a cal y canto durante las noches. Los que tenían miras más amplias y una capacidad de contemplar el mundo globalmente opinaban que se debía enviar un telegrama a la ONU pidiendo una intervención. Pero todo esto, como es costumbre en los países latinos, no llegaba a otro puerto que al de la discusión en sí.

Al caer la noche, sobrevolaba la ciudad un avión que lanzaba octavillas. Estaba pintado de negro y carecía de luces y emblemas. Las octavillas decían que las tropas de Holden Roberto estaban estacionadas en las afueras de Luanda y que se disponían a entrar en la ciudad de un momento a otro. Para facilitar tal cometido, se exhortaba a la población a que asesinase a todos los rusos, húngaros y polacos que estaban al mando de los destacamentos del MPLA y que eran los responsables de la guerra y de todas las desgracias que se habían abatido sobre el pueblo exhausto. Todo esto sucedía en septiembre, cuando, a excepción de mí, no había en

toda Angola una sola persona de la Europa del Este. Por la ciudad merodeaban, sembrando el terror, grupos armados de la policía política portuguesa, la PIDE; venían al hotel y preguntaban quién se alojaba en él. Actuaban con la mayor impunidad; en Luanda no existía poder alguno y ellos querían vengarse por todo: por la revolución de los claveles, por la pérdida de Angola, por sus carreras rotas. Cada vez que alguien llamaba a la puerta, para mí podía ser un mal presagio. Yo intentaba no pensar en ello, única manera de defenderse de situaciones así.

Los miembros de aquellos grupos de asalto se reunían en Adão, un bar nocturno situado junto al hotel. Sumido siempre en la oscuridad, los camareros se movían por él con linternas. Su dueño, un *playboy* grueso y ajado, de ojos inyectados en sangre y párpados hinchados y caídos, me condujo en una ocasión hasta su despacho en la trastienda. Desde el suelo hasta el techo, las paredes estaban cubiertas por estantes sobre los cuales se veían nada menos que doscientas veintiséis clases de *whisky*. Sacó de un cajón de su escritorio dos pistolas y las colocó ante sí.

Mataré con ellas a diez comunistas y solo entonces me quedaré tranquilo, dijo.

Yo lo observaba, sonreía y esperaba a ver qué haría. A través de la puerta llegaba la música: los miembros de los grupos de asalto se lo pasaban en grande con las mulatas borrachas. El gordo guardó las pistolas y cerró el cajón de golpe. Ni siquiera hoy sé por qué me dejó en paz. A lo mejor pertenecía a esa clase de personas —me he topado con gente así en muchas ocasiones— que sacan más satisfacción, antes que del propio acto de matar, de tener esa posibilidad; de saber que podrían matar y que, sin embargo, no lo hacen.

A lo largo de todo el mes de septiembre me acostaba sin saber qué pasaría durante la noche y al día siguiente. A mi alrededor pululaban varios individuos cuyos rostros ya me resultaban familiares. No parábamos de encontrarnos en todas partes, sin intercambiar palabra. No

sabía qué hacer. Al principio decidí permanecer alerta; no quería que me sorprendieran mientras dormía. Pero en la mitad de la noche la tensión se relajaba y acababa durmiéndome, vestido y con los zapatos puestos, sobre la gran cama, primorosamente hecha por *dona* Cartagena.

El MPLA no podía defenderme: aquellos hombres estaban lejos, en los barrios africanos, o más lejos aún: en el frente. El barrio europeo en el que yo vivía todavía no les pertenecía. Por eso me gustaba hacer escapadas al frente: allí me sentía más seguro, más en casa. Sin embargo, tales escapadas rara vez eran posibles. Nadie, ni siquiera los hombres del estado mayor, sabían precisar con certeza dónde se hallaba el frente. Las comunicaciones no existían. Pequeños destacamentos de guerrilleros inexpertos, principiantes apenas, perdidos en unos espacios inmensos y traicioneros, se desplazaban en solitario de un lado para otro, sin una idea preconcebida ni plan alguno. Cada cual libraba aquella guerra por su cuenta y riesgo, sin poder contar más que consigo mismo.

Cada día, a las nueve de la noche, se producía la llamada de Varsovia. En la caja del télex que estaba en la recepción se encendía una luz y la máquina tecleaba la señal:

814251 PAP PL BUENAS NOCHES TRANSMITA

o:

POR FIN HEMOS CONSEGUIDO COMUNICACION

o:

¿RECIBIREMOS ALGO HOY? PLS GA GA.

Yo contestaba:

OK OK MOM SVP

y colocaba la cinta con el texto del cable.

Para mí, las nueve era el momento más importante del día, una experiencia única que se repetía noche tras noche. No dejé de escribir un solo día; escribía llevado por un impulso de lo más egoísta, me obligaba a romper mi parálisis y depresión internas para redactar un texto, por más breve que fuera, y a mantener la comunicación con Varsovia, que era lo único que me salvaba de la soledad y del sentimiento de abandono. Cuando tenía tiempo, me quedaba clavado junto al télex mucho antes de las nueve. La luz que se encendía despertaba en mí el mismo entusiasmo que despierta en un hombre perdido en el desierto el repentino hallazgo de una fuente. Usaba todo mi ingenio para prolongar el tiempo de aquellas sesiones. Describía con todo lujo de detalles cada una de las batallas. Preguntaba qué tiempo hacía en Polonia y me quejaba de no tener nada para comer. Pero finalmente llegaba el momento en que Varsovia decía:

RECIBIDO CORRECTO PROXIMA COMUNICACION
MANANA 20.00 HORAS GMT GRACIAS BY BY

la luz se apagaba y me quedaba en la mayor soledad.

Luanda moría de una manera diferente que nuestras ciudades en los

años de la guerra. No había ataques aéreos ni pacificaciones de pueblos ni destrucciones de barrios, uno tras otro. No había cementerios en plazas y calles. No recuerdo un solo incendio. La ciudad moría como muere un oasis cuyos pozos se han secado: se quedaba desierta por momentos, se sumía en un estado de parálisis, caía en el olvido. Pero esa agonía se produciría más tarde; de momento, un movimiento febril reinaba por doquier. Todo el mundo tenía prisa, todo el mundo se marchaba. No había nadie que no quisiera coger el primer vuelo a Europa o a América, a donde fuese. Llegaban a Luanda portugueses de toda Angola. Procedentes de los rincones más remotos, entraban en la ciudad caravanas de coches cargados hasta los topes con personas y equipajes. Hombres con barbas de varios días, mujeres con la ropa arrugada y el pelo desgredado, niños sucios y con caras de sueño. Por el camino, los refugiados se unían formando largas columnas y así atravesaban el país, pues cuanto más numeroso era el grupo, más seguro se sentía. Una vez en Luanda, al principio se alojaban en hoteles, pero luego, cuando ya no quedaban habitaciones libres, se dirigían directamente al aeropuerto. Alrededor del mismo no tardó en crecer una ciudad nómada, sin calles ni casas. Vivían a la intemperie, siempre empapados porque no paraba de llover. Y ahora vivían peor que los negros del barrio africano contiguo al aeropuerto; aunque resignados, se lo tomaban con lúgubre apatía puesto que no sabían a quién maldecir por su inesperado sino. Salazar ya estaba muerto, Caetano había huido al Brasil y en Lisboa los gobiernos se sucedían. Y todo por culpa de esta dichosa revolución; de qué si no: antes vivíamos en paz y tranquilidad. Ahora que el gobierno ha prometido libertad a los negros, estos se han peleado entre sí y, envalentonados, incendian y matan. No son capaces de gobernar. El negro, ya se sabe, lo que le va es empinar el codo y, luego, pasarse el día durmiendo. Se cuelga un sinfín de abalorios y se pasea tan contento. ¿Trabajar? Aquí no trabaja nadie. Esta gente vive como hace cien años. ¡Qué digo cien, hombre! ¡Mil! Yo

mismo he visto a tipos que viven del mismo modo que hace mil años. ¿Y cómo se puede saber cómo era la vida hace un milenio? Claro que se puede, todo el mundo lo sabe. De este país no quedará nada. Mobutu cogerá un trozo, los del sur cogerán otro y así se acabará la historia. Ojalá podamos salir de aquí lo antes posible. Ojalá no tengamos que verlo. Cuarenta años de trabajo dejo yo aquí. Mi sangre y mi sudor. Me he dejado la piel. ¿Quién me los va a devolver? ¿Usted cree que se puede empezar de nuevo toda una vida?

La gente, sentada sobre sus hatillos, se cubre con lonas de plástico porque no para de lloviznar; medita, lo analiza todo. De vez en cuando, en medio de esta multitud abandonada a su suerte salta una chispa de rebelión. Son ya mujeres golpeando a los soldados encargados de mantener el orden, ya hombres intentando secuestrar un avión; todo con tal de que el mundo se entere de su grado de desesperación. Nadie sabe cuándo saldrá de aquí ni hacia dónde. Reina un caos cósmico. Resulta difícil organizar a los portugueses, porque se trata de individualistas declarados, de naturalezas que no saben vivir en grandes colectivos o comunidades. Tienen prioridad las embarazadas. ¿Por qué ellas? ¿Acaso soy yo peor porque di a luz hace medio año? De acuerdo, tienen prioridad las embarazadas y las mujeres con niños de pecho. ¿Por qué ellas? ¿Acaso soy yo peor porque mi hijo haya cumplido tres años? De acuerdo, tienen prioridad las mujeres con niños. ¿Ah, sí? Y yo ¿debo morir aquí porque sea hombre? Y así, los más fuertes se meten en el avión, tras lo cual mujeres con niños se tumban sobre el cemento de la pista, justo delante de las ruedas para que los pilotos no puedan despegar, llega el ejército, los soldados expulsan a los hombres, ordenan subir a las mujeres y estas suben por la escalerilla triunfantes, como la tropa victoriosa entra en una ciudad conquistada.

Permitamos que los primeros en marcharse sean las personas con crisis nerviosas. Estupendo, no hay que buscar muy lejos; si no fuera por

la guerra, hace tiempo que me habrían metido en un manicomio. Allá en mi casa, cerca de Carmona, entró un destacamento de salvajes, se lo llevaron todo, repartieron puñetazos a diestro y siniestro e incluso querían fusilar a la gente. Todavía tiemblo de arriba abajo. Me volveré loca si no salgo de aquí enseguida. Queridos míos, solo os diré una cosa: lo he perdido todo, el trabajo de toda mi vida. Además, allí donde mi casa, en Lumbala, dos tipos de UNITA^[3] me tuvieron cogido por el pelo y el tercero me colocó el cañón de su fusil en el ojo mismo. Creo que es motivo más que suficiente para perder la razón.

Ningún parecer acaba por granjearse una general aprobación. La desesperada multitud se lanza al abordaje de cada uno de los aviones y pasan horas antes de que se tome alguna decisión acerca de quién, finalmente, va a hacerse con una plaza.

Por medio de este puente aéreo hay que trasladar a medio millón de refugiados a la otra punta del mundo.

Todos ellos saben por qué quieren marcharse. Saben que en septiembre aún será posible aguantar, pero que en octubre las cosas se pondrán muy feas y que nadie sobrevivirá al mes de noviembre. ¿Cómo lo saben? ¡Vaya pregunta! Yo, que he vivido aquí durante veintiocho años, tengo algo que decir sobre este país. ¿Sabe usted qué fortuna he amasado? Un taxi viejo que he dejado ahí, en la calle.

La gente huía de Angola como se huye de la peste inminente o del aire fétido que no se ve pero que siembra la muerte. Luego vendrá el viento, y la arena borraré las huellas del último hombre.

¿Tú te crees eso?, le he preguntado a Arturo. No, él no se lo cree, pero, aun así, prefiere marcharse. ¿Y usted, *don*a Cartagena, se cree usted eso? Sí, *don*a Cartagena está convencida. Si nos quedamos hasta noviembre, no lo contamos. Y la anciana, con gesto enérgico, se pasa el dedo por el cuello, sobre el cual su uña deja una marca roja.

Pasaron muchas cosas antes de que la ciudad fuera clausurada y condenada a muerte. Como el enfermo que en los últimos momentos de su agonía parece revivir y recupera las fuerzas por unos instantes, a finales de septiembre la vida en Luanda adquirió un vigor y un ritmo inusitados. Las aceras aparecían abarrotadas y en las calzadas se formaban embotellamientos. Todo el mundo tenía prisa; presa de nerviosismo, la gente corría de un lado para otro arreglando mil asuntos. Todo con tal de marcharse lo más rápidamente posible, de huir a tiempo, antes de que invadiese la ciudad la primera ola de aire pestilente.

Ya no querían a Angola.

Estaban hasta la coronilla de un país que debía de haber sido su tierra prometida y que no les había aportado sino decepción y humillación. Decían adiós a su casa africana con una mezcla de desesperación y rabia, de pena e impotencia, y con la sensación de abandonarla para siempre. Lo único que querían era salvar la vida y sacar sus bienes.

Todos estaban ocupados fabricando cajas. Se habían hecho traer auténticas montañas de tablas y chapas de madera. El precio de clavos y martillos se disparó. Las cajas se convirtieron en el principal tema de conversación: cómo armarlas y qué material usar para reforzarlas mejor. Aparecieron especialistas que se autoproclamaban auténticos expertos en *cajología* —toda una legión de arquitectos autodidactas versados en el arte de montar cajas— y, al mismo tiempo, estilos, escuelas y corrientes de este arte. Dentro de Luanda, construida con hormigón y ladrillo, empezó a surgir una segunda ciudad, de madera. Cuando recorría las calles, me asaltaba la impresión de pasear por una inmensa zona en obras. A cada paso tropezaba con alguno de los tablones, desparramados por todas partes; un clavo que salía de un listón me desgarró la camisa. Algunas cajas tenían el tamaño de pequeñas casas de verano, pues, de pronto, se había creado un escalafón de prestigio *cajero*: cuanto más rico

era alguien, mayor era la caja que se agenciaba. Resultaban imponentes las de los millonarios: con un armazón de vigas y forradas por dentro con lona, sus paredes, sólidas y elegantes, estaban hechas de las maderas tropicales más caras, con los anillos tan bien cortados y tan primorosamente pulidos que recordaban exquisitos muebles de anticuario. Estas cajas albergaban salones y dormitorios enteros, sofás, mesas y armarios, cocinas y neveras, aparadores y sillones, cuadros, alfombras, arañas, porcelanas, sábanas y mantelerías, trajes y vestidos, todos, hasta el último, tapices, pufs y jarrones, incluso flores artificiales (también vi eso, con mis propios ojos) y toda esa monstruosa e infinita cachivachería que suele abarrotar las casas pequeñoburguesas, o sea, figuritas, conchas, bolas de cristal, frascos, lagartijas disecadas, aquella miniatura en metal de la catedral de Milán traída de una excursión a Italia, ¡y las cartas!, cartas y fotografías, esa foto de boda en un marco de oro a lo mejor la dejamos, dice un señor, ¡pero bueno!, ¿no te da vergüenza?, exclama la señora, indignada, todas las instantáneas de los niños, aquí cuando el pequeñín se sentó por primera vez y ahí cuando por primera vez dijo «Dame», dámela, venga, esa con un pirulí y aquella con la abuela, dámelo todo, absolutamente todo, incluidas las cajas de vino y aquel saco de macarrones que compré cuando empezaron a pegar tiros, y la caña de pescar, y el ganchillo, ¡mis hilos!, mi carabina, los cubos de colores Tutuni, el aspirador y los pájaros, los cacahuetes y el cascanueces también tienen que caber, así de sencillo: tienen que caber y punto, para que no quede más que el suelo desnudo y las paredes igual de desnudas, un desnudo integral, un *striptease* completo de la casa llevado hasta el final junto a una ventana sin cortinas, y ya solo nos quedará cerrar la puerta, y por el camino al aeropuerto nos detendremos en el paseo marítimo y arrojaemos la llave al mar.

Las cajas de los pobres son mucho peores, unas cuantas clases por debajo. Sobre todo son más pequeñas, a menudo hasta minúsculas y del

todo insignificantes. No pueden optar por un distintivo de calidad porque sus acabados dejan mucho que desear. Al contrario que los ricos, que pueden permitirse el lujo de contratar a maestros carpinteros, los pobres tienen que armar las cajas con sus propias manos. Como material les sirven deshechos de los aserraderos: trozos de tablas, vigas torcidas, contrachapado henchido de la humedad, todos esos desperdicios de madera que se pueden comprar por cuatro monedas en un almacén de tercera. Muchas de estas cajas —reforzadas con hojalata de envases de aceite, con rótulos viejos que en un tiempo anunciaban comercios y paneles publicitarios oxidados que flanqueaban las carreteras— ofrecen el mismo aspecto que las desvencijadas chabolas del barrio africano. No vale la pena mirar hacia el interior; ni vale la pena ni sería de buena educación.

Las cajas de los ricos están en las calles más importantes del centro o en los rincones sombreados de los barrios de lujo. Se las puede ver y admirar. Las de los pobres, por el contrario, se ocultan en el interior de portales, patios y cobertizos. No podrán permanecer ocultas indefinidamente, pues llegará la hora en que habrá que llevarlas al puerto, atravesando toda la ciudad; la mera idea de contemplar un espectáculo tan penoso le llena a uno de lástima y tristeza.

A causa de tanta abundancia de madera que ha invadido Luanda, esta ciudad desértica y llena de polvo, carente de árboles y de zonas verdes, ahora huele a bosque, un bosque frondoso y rebosante de resina. Como si una magnífica floresta creciera de pronto en calles y plazas. Por las noches, cuando abro la ventana y aspiro profundamente este olor, la guerra se aleja; ya no oigo los lamentos de *dona* Esmeralda ni veo al ajado *playboy* con sus dos pistolas, y me siento como si estuviera en Polonia, dormido en la casa de un guardabosque en medio de los altos y espesos Bory Tucholskie.

La construcción de la ciudad de madera, la de las cajas, se prolonga

durante días enteros, desde el alba hasta el anochecer. Trabaja todo el mundo, ya bajo la molesta lluvia, ya bajo un sol abrasador; ni siquiera los millonarios, siempre y cuando estén en buena forma física, escatiman esfuerzos. El frenesí de los adultos se contagia a los niños. También ellos se construyen cajas para albergar sus muñecas y otros juguetes. La tarea de llenarlas se lleva a cabo al amparo de la noche. Es mejor así: nadie mete sus narices en las cosas de otros, nadie se pondrá a contar cuántos —y qué— objetos saco del país, máxime cuando se sabe que por todas partes merodean sujetos al servicio del MPLA ávidos por denunciar.

De modo que en plena noche, sumidos en la oscuridad más profunda, trasladamos el interior de la ciudad de piedra al interior de la ciudad de madera. La tarea exige sudor y energía física, hay que cargar con mucho peso e ir corriendo de un lado para otro, duelen los brazos de tanto esfuerzo por comprimir y las rodillas de tanto apretar, pero, eso sí, tiene que caber absolutamente todo, aunque haya que meterlo con calzador, no importa lo grande que haya sido la ciudad de piedra y lo pequeña que sea la de madera.

Poco a poco, de una noche a otra, la ciudad de piedra iba perdiendo valor en favor de la de madera. También poco a poco iba cambiando la manera de pensar de la gente. Las personas habían dejado de pensar en categorías tales como casa o piso y solo hablaban de cajas. En lugar de decir: Tengo que ir a ver cómo van las cosas en mi casa, decían: Tengo que ir a ver cómo está mi caja. Era lo único que les interesaba y por lo que se mostraban sinceramente preocupadas. La Luanda que dejaban atrás no significaba para ellas más que una maqueta rígida y extraña, un escenario, aún con decorados pero ya vacíos, como después de un espectáculo acabado.

No he visto en ningún lugar del mundo una ciudad como aquella y tal vez no vuelva a ver otra. Existió durante un mes y luego, de repente, empezó a desaparecer. O más bien —barrio tras barrio y con camiones—

fue transportada al puerto. Ahora se extendía a lo largo de la orilla del mar, iluminada en las noches por los faroles del puerto y las luces de los barcos allí atracados. De día, sus caóticas calles se llenaban de personas que escribían sobre improvisadas etiquetas sus nombres y direcciones, tal como se hace en todas partes del mundo cuando alguien se construye una casa nueva. De manera que uno se podía dejar llevar por la ilusión de que se trataba de una ciudad de madera común y corriente, solo que cerrada por sus habitantes, los cuales, por las causas que fueran, habían tenido que abandonarla a toda prisa. Luego, cuando en la ciudad de piedra las cosas se pusieron muy feas y nosotros, un puñado de ellos, esperábamos cual condenados el día de nuestra aniquilación, la ciudad de madera se alejó océano adentro. Se la llevó una flota gigante que al cabo de pocas horas desapareció junto con ella tras la línea del horizonte. Todo sucedió tan deprisa como si en el puerto atracara una escuadra pirata que, después de apoderarse del tesoro, huyera a toda vela mar adentro.

Y, sin embargo, me dio tiempo a observar cómo se perdía en el horizonte una ciudad entera. Al despuntar el alba aún se balanceaba junto a la orilla, desordenadamente apilada, sin personas y sin vida, como una ciudad del antiguo Oriente convertida en museo después de que la abandonase el último grupo de turistas. Permanecí de pie en el muelle, junto a un grupo de soldados angoleños y otro de niños negros, harapientos y tiritando de frío. Nos lo han quitado todo, dijo uno de los soldados, curiosamente sin sombra de rabia en la voz, y se puso a partir una piña, la fruta que —tan madura que su jugo se derramaba como agua vertida de una taza— era nuestro único alimento. Nos lo han quitado todo, repitió y hundió la cara en la dorada copa de la fruta. Los niños del puerto, zarrapastrosos y sin techo, lo devoraban con ojos llenos de una voluptuosa fascinación. El soldado alzó la cara embadurnada de jugo, esbozó una sonrisa y añadió: Pero ahora por lo menos tenemos casa. Nuestra propia casa. Se levantó y, rebosante de alegría por sentirse dueño

de Angola, disparó al aire una ráfaga de su metralleta. Sonaron las sirenas, las gaviotas levantaron el vuelo sobre las aguas y la ciudad de madera, tras una sacudida apenas perceptible, empezó su viaje mar adentro.

Ignoro si ha habido alguna otra ocasión en que una ciudad entera haya atravesado el océano, pero fue precisamente esto lo que sucedió en este caso. La ciudad salió a navegar por el mundo en busca de sus moradores. Se trataba de los antiguos habitantes de Angola, portugueses que se diseminarian por Europa y América. Una parte tomó rumbo a Sudáfrica. Todos ellos abandonaron Angola con prisas, huyendo de los desastres de la guerra que intuían y convencidos de que ya no sería posible seguir viviendo en aquel país, en el cual no quedarían más que cementerios. Pero antes de marcharse aún les había dado tiempo de construir en Luanda una ciudad de madera y meter en ella todo lo que se encontraba en la ciudad de piedra. En las calles no quedaban más que miles de coches cubiertos de polvo y carcomidos por la herrumbre. También quedaban paredes y tejados, el asfalto de las calzadas y los bancos de hierro del paseo marítimo.

Y ahora la ciudad de madera surcaba las aguas del Atlántico, zarandeada por unas olas cuya violencia auguraba tormenta. En algún lugar del océano se produjo una división y uno de los barrios, el más grande, se dirigió a Lisboa; el segundo, a Río de Janeiro, y el tercero, a Ciudad del Cabo. Los tres barrios llegaron sanos y salvos a sus puertos respectivos. Me he enterado de ello por varias fuentes. Maria, por ejemplo, cuyos baúles también formaban parte de la ciudad de madera, me escribió que sus cajas ya estaban en Brasil. Muchos periódicos dieron la noticia de la llegada, sin contratiempos, de un barrio a Ciudad del Cabo. Y ahora relataré lo que vi con mis propios ojos. Después de abandonar Luanda me detuve por un tiempo en Lisboa. Un colega mío me propuso un paseo en su coche: íbamos por una calle muy ancha junto a la

desembocadura del Tajo, en las proximidades del puerto. Y entonces las vi: auténticas montañas de cajas, fantásticamente apiladas unas sobre otras hasta alcanzar alturas de vértigo, abandonadas e intactas, como si no pertenecieran a nadie. Y aquel era precisamente el barrio más grande de la Luanda de madera que había atracado en la costa europea.

En los días en los que la construcción de la ciudad de madera apenas estaba iniciada, quienes más quebraderos de cabeza tuvieron fueron los comerciantes. ¿Qué hacer con semejantes cantidades de mercancías que llenaban las tiendas y abarrotaban los almacenes hasta los techos cubiertos de telarañas? Nadie sería capaz de imaginarse un baúl que diera cabida a todo lo que tenía acumulado en sus almacenes el mayorista más importante de Luanda, el *senhor* Castro Soromenho e Sousa. ¿Y los demás mayoristas? ¿Y el clan de los miles de comerciantes al por menor?

Por añadidura, la importación se comporta como si le faltase un tornillo. Las empresas europeas —¿acaso allí nadie lee periódicos?— mandan a Luanda mercancías encargadas hace mucho tiempo, sin parar mientes en que Angola arde con el fuego de la guerra. ¿Quién necesita hoy equipamientos completos para cuartos de baño, recibidos ayer de la sociedad limitada Koenig e hijos de Hamburgo? ¿Puede uno dejar de partirse de risa al saber que, procedente de Londres, acaba de llegar una gran partida de pelotas y raquetas de tenis y de palos de golf? Por si fuera poco, desde Marsella llega una enorme remesa de aspersores de insecticidas, encargada por plantadores de café, esos mismos que ahora se pelean por una plaza en el avión que está a punto de despegar con destino a Europa.

Don Urbano Tavares, dueño de una joyería situada en la calle principal, puede estar contento a pesar de todas las desgracias que se multiplican a su alrededor. Cuando eligió su oficio, tiempo ha, dio en la diana. El oro es algo que siempre encuentra cliente y el que quede se puede sacar sin dificultad en el equipaje de mano. Su negocio vive ahora

momentos de una actividad febril. Pero no solo el oro tiene éxito. La gente abarrota sobre todo las tiendas de comestibles porque la comida escasea cada vez más. También se arremolina en las de ropa y zapatos. Se venden estupendamente relojes, radiocasetes portátiles, cosméticos y medicinas. Cosas pequeñas y ligeras que podrán ser de gran utilidad en la nueva vida, allá en los países allende el mar.

La visita a la librería del Largo de Portugal deja un sabor de boca muy amargo. Reina allí un vacío desolador. Una capa de polvo gris ha tomado posesión del viejo mostrador. Ni un solo cliente. ¿Quién tiene ahora la cabeza para leer libros? Hace tiempo que los soldados compraron las últimas revistas pornográficas y se las llevaron al frente. Lo que queda —pilas amontonadas de obras maestras mezcladas con literatura de cuarta y quinta categoría— no interesa a nadie. Los que se dedican a la escritura pueden recibir aquí una importante lección de modestia. Las dos, tanto la obra inmortal como la novelucha rosa, para el refugiado resultan igualmente superfluas por una razón bien sencilla: el papel pesa mucho.

La tienda que ostenta el piadoso nombre de Cruz de Cristo también está vacía. La especialidad de la casa: venta y alquiler de vestidos de novia. La dueña, *dona* Amanda, permanece sentada en la misma postura durante horas, inmóvil entre una muchedumbre de maniqués igual de inmóviles, mudos, hechizados por una bruja invisible. Hay tantos vestidos como en las bodas colectivas que hasta hoy en día se celebran en México. Blancos y largos hasta el suelo desde el primero hasta el último y, aunque cada uno tiene un corte diferente, todos resultan magníficos en su barroca riqueza de volantes y encajes. ¿Qué espera la dueña de la tienda, *dona* Amanda? Basta con mirar a través del cristal de la vitrina para ver la expresión de su rostro, sombría y contrariada. Los tiempos de festejos y alegrías han pasado a la historia y *dona* Amanda se ha quedado sola, rodeada de accesorios inútiles de una época que se ha apagado.

Más suerte —si esta es la palabra adecuada, cosa que dudo— tiene don Francisco Amaral Reis, el dueño del negocio Caminho ao Céu (Camino al Cielo), oculto discretamente en un callejón lateral donde acaba el centro. La especialidad: ataúdes, cruces, flores de hojalata y demás accesorios funerarios. En estos días se registran muchas defunciones porque el miedo, la desesperación y las frustraciones no cesan de cavar tumbas. Se producen muchos accidentes de tráfico mortales porque, en medio de la atmósfera imperante —de pogromo, desastre, rabia y acorralamiento—, los conductores menos resistentes se convierten en bestias. Así que asistimos a un entierro tras otro.

Escribo sobre personas que conocí gracias a *dona* Cartagena. La anciana, que era el espíritu guardián del hotel, quería arreglar los asuntos de todo el mundo. Era la única persona que se interesaba por los vestidos de *dona* Amanda, porque deseaba ardientemente que Maria y Arturo se casaran. Con don Francisco se enzarzaba en largas discusiones sobre el precio del último servicio para *dona* Esmeralda, que ya no recuperaba el conocimiento. La librería, en cambio, no la frecuentaba nadie más que yo, y lo hacía porque me gusta pasar el tiempo rodeado de libros.

A *dona* Esmeralda la enterramos en el cementerio que está situado junto al mar, sobre una ladera escarpada, y que es tan blanco como si siempre estuviese cubierto de nieves perpetuas. De esa nieve sobresalen unos cipreses altos y esbeltos que a la luz del sol cobran un tono azul oscuro. La puerta de la entrada está pintada de azul celeste, que en este caso resulta ser un color cálido y optimista pues sugiere que los que pasan por ella van directos al cielo, como los santos de la canción de Armstrong.

Al día siguiente se marchó el *senhor* Silva, el avaro angustiado metido en un traje de diamantes.

Luego, llevé al aeropuerto a Maria y a Arturo.

En aquella época llegaban varios aviones al día; franceses,

portugueses, soviéticos, italianos... Sus pilotos bajaban de la cabina para darse una vuelta por el aeropuerto y yo los observaba, sorprendido ante la evidencia de que tan solo pocas horas antes habían estado en Europa. Los miraba como a seres de otro planeta. Europa era un punto remoto e irreal de la galaxia cuya existencia se podía demostrar solo a través de una larga serie de complicadas deducciones. Por la tarde se marchaban, sus pesadas máquinas rodaban a paso de tortuga por la pista de despegue, con dificultad tomaban altura y desaparecían entre las estrellas.

La ciudad nómada, sin techos ni paredes, aquella ciudad de refugiados diseminada alrededor del aeropuerto desaparecía a ojos vistas de la faz de la Tierra. Por la misma época también abandonó Luanda la ciudad de madera, que esperaba en el puerto su largo viaje. De tantas ciudades que se habían erigido junto a la bahía, solo seguía en pie la Luanda de piedra, cada vez más desierta e innecesaria.

Estábamos a principios de octubre.

La ciudad se quedaba desierta de día en día.

Desde la primera hora de la mañana me dedicaba a deambular por las calles, sin objetivo y sin sentido, hasta que el asfixiante bochorno me mandaba de vuelta al hotel. Al mediodía, el sol caía a plomo sobre las cabezas y el calor, sofocante, apretaba tanto que no se podía respirar. Empezaba el verano: se abrían las puertas del infierno tropical. Faltaba el agua porque la estación de bombeo estaba situada en la línea del frente y después de cada reparación volvía a ser destruida en el curso de los combates. Yo iba sucio y desastrado y tenía tanta sed que me subía la fiebre; tanto, que veía unas manchas de color naranja moviéndose.

Cada vez más comerciantes cerraban sus tiendas; muchachos negros tamborileaban con palos sobre las bajadas persianas metálicas. Los restaurantes y los cafés también estaban ya cerrados; las sillas, las mesas y las sombrillas, quemadas por el sol, habían permanecido abandonadas en las aceras hasta que desaparecieron en las chabolas africanas. De vez

en cuando un coche atravesaba alguna calle desierta, con los semáforos en rojo, que seguían funcionando automáticamente, sin que se supiese para quién.

En aquellos días alguien trajo al hotel la noticia de que ¡se habían ido todos los policías!

Luanda era ahora la única ciudad en el mundo que no tenía policía. Todo aquel que se encuentra en semejante situación experimenta una sensación extraña. Por un lado se siente libre de toda atadura, pero por otro, no deja de sentir cierta inquietud. El puñado de blancos que aún permanecía allí recibió la noticia con auténtico terror. Empezó a circular el rumor de que los barrios negros se abalanzarían sobre la ciudad de piedra. Todo el mundo sabía que los negros vivían en las peores condiciones, en las peores de todas las chabolas que se podían ver en África, en miserables casuchas de barro, diseminadas por el desierto que rodeaba Luanda como vertederos donde se amontonan calaveras rotas y maltrechas. Y he aquí una confortable ciudad de piedra, hecha de hormigón y cristal, vacía y sin dueño. Si al menos llegasen pacífica y ordenadamente, con familias enteras, y ocupasen lo que está vacío y abandonado... Pero según los horrorizados portugueses, que se consideran expertos en materia de mentalidad autóctona, los negros entrarán a saco, empujados por la sed de odio y destrucción, borrachos, drogados por hierbas misteriosas y ávidos de sangre y de venganza. Nadie será capaz de detener semejante invasión. Hombres y mujeres, exhaustos y con los nervios destrozados, acosados e indefensos, trazan en sus conversaciones un cuadro de lo más apocalíptico. No solo morirán todos sino que lo harán de la manera más terrorífica: pasados a cuchillo en plena calle o destrozados a machetazos en los umbrales de sus casas. Los más espabilados proponen diferentes medidas de autodefensa. Unos, que se apaguen todas las luces y que la gente permanezca en estado de constante vigía en la ciudad oscurecida; otros, todo lo contrario, que se

enciendan todas las luces, incluso las de las casas abandonadas, pues a los negros solo se les puede mantener a raya a fuerza de superarse en los números y las cantidades. Como pasa siempre, ninguno de los argumentos se alza con la victoria, y por la noche la ciudad ofrece el aspecto de un telón lleno de agujeros: aquí y allá brilla un fragmento del escenario, iluminado en medio de la oscuridad más absoluta; un poco más lejos se ve otro fragmento, mientras el resto permanece tapado. *Dona Cartagena*, que, más por costumbre que por necesidad, limpia las habitaciones abandonadas de mi piso (donde ahora vivo solo), a cada paso interrumpe el barrer y aguza el oído para comprobar si ya se oye, procedente de los barrios negros, el funesto rumor de una multitud acercándose, augurio de nuestro fin. Se queda completamente quieta, como las mujeres del campo cuando esperan a que truene de un momento a otro. Luego se santigua haciendo solemnemente la señal de la cruz y sigue limpiando.

¡Se han ido todos los bomberos!

Ya nadie podrá salvar a la ciudad del incendio. Al principio la gente se negaba a creer que los bomberos hubiesen dejado sus puestos de guardia, pero no tardó en convencerse de tal cosa tras visitar su parque central, situado en el paseo marítimo. Las puertas del parque aparecían abiertas de par en par. Al fondo se veían los grandes vehículos rojos y dorados, y las bombas de agua y las escaleras de mano se amontonaban formando pisos. Sobre los estantes descansaban cascos de bombero. No había ni un alma. Por supuesto que el FNLA se enteraría de ello y bastaría que en lugar de octavillas, arrojase mañana mismo una bomba. Toda Luanda arderá como una cerilla. Las lluvias han cesado y la ciudad, abrasada por el sol, está seca como una viruta. ¡Que no se produzca un cortocircuito o que algún borracho no prenda fuego! Más tarde, los soldados pondrían en funcionamiento uno de aquellos vehículos y lo usarían para llevar agua al frente. Blanco fácil, puesto que se lo podía ver

desde lejos, fue alcanzado al poco y, tirado en la cuneta, allí se quedó.

¡Se han ido todos los basureros!

Al principio nadie prestó atención a la cosa. Como la ciudad estaba sucia y abandonada, sus habitantes se imaginaban que los basureros se habían marchado hacía ya tiempo. Y, sin embargo —se confirmó la noticia—, no se habían ido hasta ayer. Y de pronto, sin que se supiera de dónde venía la avalancha, la basura empezó a amontonarse. Y eso que en Luanda no quedaban más que un puñado de personas, las cuales, por añadidura, vivían en tal estado de parálisis y apatía que no se las podía considerar sospechosas de levantar montaña alguna de basura. Y, sin embargo, montañas así empezaron a adueñarse de las calles de la ciudad abandonada. Aparecían en aceras, calzadas y plazas. En los portales de las casas y en los mercados desiertos. Por algunas calles se caminaba con gran dificultad y no menos asco. En aquel clima, el exceso de sol y de humedad aceleraba y aumentaba el proceso de descomposición, putrefacción y fermentación. Toda la ciudad empezó a heder; volviendo de la calle, el que entraba en el hotel también apestaba, y durante un rato muy largo: quienes hablaban con él lo hacían guardando una prudencial distancia. De todos modos, en las relaciones sociales el fenómeno de guardar distancias se generalizó, a pesar de que, dada la situación a la que nos vimos condenados, debería de haber sido todo lo contrario. *Dona* Cartagena cerraba todas las ventanas porque el aire viciado que llegaba desde el exterior era irrespirable. Empezaron a morir los gatos. Seguramente se habrían intoxicado en masa con alguna carroña emponzoñada, porque una buena mañana por todas partes había gatos muertos. Al cabo de dos días se hincharon, volviéndose redondos como cebones. Atraían inmensas nubes de moscas negras. Apestaba tanto que yo, empapado en sudor, recorría la ciudad tapándome la boca con un pañuelo. *Dona* Cartagena elevaba al cielo oraciones antiepidémicas. No había médicos; tampoco funcionaba un solo hospital ni una sola

farmacia. La basura crecía y se multiplicaba como si en su interior hirviese una masa monstruosa y terrorífica, hinchándose en todas direcciones por una levadura portadora de veneno y muerte.

Más tarde, cuando se hubieron marchado todos los panaderos, fontaneros, electricistas, carteros y porteros, la ciudad de piedra perdió su razón de ser, el sentido de su existencia. No era más que un esqueleto desnudo pulido por el viento, un hueso roído que sobresalía de la tierra en dirección al sol.

Aún quedaban con vida los perros.

Eran perros de compañía, abandonados por unos amos que habían huido en desbandada. Se veían perros vagabundos de todas las razas, incluidas las más caras: bóxers, bulldogs, galgos y dóbermans, perros salchicha, pinschers y cócker spaniels, incluso terriers escoceses, así como grandaneses, doguinos, caniches... Abandonados y perdidos, vagaban en una gran manada en busca de comida. Mientras el ejército portugués permanecía en la ciudad, toda aquella infinita jauría se congregaba cada mañana en la plaza frente al estado mayor, donde los guardias la alimentaban con sus raciones, conservas de la OTAN. El espectáculo que ofrecían a la vista era igual que el de una exposición internacional de perros de raza. A continuación, la jauría, saciada y contenta, se trasladaba a la blanda y jugosa hierba que cubría la sombreada plazoleta enfrente del Palacio del Gobierno. Allí se iniciaba una increíble orgía sexual colectiva, una locura de lujuria sin freno ni descanso, un correr y revolcarse hasta alcanzar el estado de total enajenación. Los soldados de guardia, aburridos, pasaban gracias a ello sus buenos ratos de jocosa diversión.

Al marcharse el ejército, los perros empezaron a pasar hambre y a adelgazar. Durante un tiempo aún merodearon por la ciudad en caóticas

manadas, buscando en vano comida. Un buen día desaparecieron. Creo que, siguiendo el rastro humano, simplemente abandonaron Luanda, pues nunca me topé con el cadáver de un perro, y eso que eran cientos los que acudían al estado mayor y luego retozaban ante el Palacio del Gobierno. Se puede suponer que en la manada surgió un líder enérgico que sacó a la familia canina de la ciudad tocada de muerte. Si los perros se dirigieron al norte, dieron con el FNLA. Si fueron hacia el sur, con UNITA. Y si tomaron rumbo al este, hacia N'Dalatando y Saurimo, es posible que llegaran a Zambia, luego a Mozambique e incluso a Tanzania.

A lo mejor siguen peregrinando todavía, aunque ignoro en qué dirección, ni tampoco sé en qué país están en estos momentos.

Después de la salida de los perros, la ciudad se sumió en un estado de marasmo absoluto. Así que decidí marcharme al frente.

Escenas del frente

El comandante Ndozi permanece de pie a la sombra de un mango frondoso. Se seca el rostro empapado de sudor. Ganar una batalla significa también un gran esfuerzo físico. Es como talar un bosque. Llama a un grupo de soldados y les ordena enterrar a los caídos. Los nuestros y los del enemigo pueden ser enterrados juntos: nada tiene importancia después de la muerte. Además, el proverbio dice: enemigos en la tierra, hermanos en el cielo. Pregunta si el vehículo ha llevado a Luanda a los heridos. No lo ha hecho porque el conductor espera el transporte de gasolina. Los heridos, tumbados sobre el camión, gimen suplicando auxilio. En el frente no hay un solo médico. Si la gasolina no llega pronto, la mitad de los heridos morirá desangrada. Luego, envía a un explorador en dirección a los ecos de un tiroteo: que compruebe si se trata de una escaramuza con el enemigo en retirada o si los muchachos disparan al aire celebrando la victoria. Cree que tontamente malgastan unas municiones que ya de por sí escasean. Mañana atacará el enemigo y le entregaremos la ciudad porque no tendremos con qué defenderla.

Dice que lo de las municiones es un problema eterno. Eterno: una palabra exagerada. Estamos en el inicio de la guerra y su destacamento solo cuenta con un mes de vida. Ndozi lleva a sus espaldas años de lucha guerrillera pero la tropa que comanda es nueva, más aún, novata. El soldado bisoño tiene miedo de todo. Traído al frente, cree que la muerte lo acecha desde todas partes. Que todos y cada uno de los disparos no apuntan sino a él. No sabe definir la distancia ni la dirección del fuego. Así que dispara a discreción, con tal de tirar mucho y sin pausa. No busca que sus balas alcancen al enemigo, lo que busca es matar su propio miedo. Tira para acallar ese pánico que paraliza al hombre y no le permite pensar. Es decir, que no le permite pensar en lo que ocurre a su alrededor, en cómo ganar la batalla en que participa su destacamento, porque mientras tanto él se enfrenta a una batalla más importante: tiene que ganar la guerra contra su propio miedo. Hoy mismo, durante un

ataque, me he acercado a uno que, bazuca en mano, acribillaba el cielo. No apuntes al cielo, grito, apunta a esas palmeras que tienes delante, ellos están ahí. Pero veo en su rostro, gris, que no está para localizar a ningún enemigo, que no se enterará de nada de lo que se le diga porque está enzarzado en un combate a muerte con otro enemigo, no aquel que se agazapa tras las palmeras, sino el que está dentro de él mismo. Dispara porque quiere embriagar y entumecer sus sentidos, y una vez logrado ese letargo, sobrevivir al ataque del terror.

Los de los almacenes gritan: ¿Qué habéis hecho con las municiones? Les respondo que han sido gastadas en combate. ¿A cuántos habéis matado? A dos. ¿Media tonelada de balas para dos tristes muertos? Es que no había necesidad de matar a más. Debíamos ocupar la ciudad y la orden ha sido cumplida. Nadie de la intendencia se toma la molestia de ir al frente para ver cómo lucha un soldado novato que no conoce la guerra. En plena noche el destacamento se aproxima al lugar en que se halla el enemigo. Justo al romper el alba abrimos fuego. El soldado inexperto cree que ahora lo más importante consiste en hacer el mayor ruido posible. Dispara como un loco, a ciegas, porque solo busca estruendo, quiere comunicar al enemigo qué fuerza tan poderosa se le acerca. Es una forma de advertencia, un intento de causar en el adversario un miedo aún más grande que el nuestro. Y hay algo razonable en un proceder así, pues nuestro contrincante tampoco está familiarizado con la guerra, con el fuego, y, sorprendido por un tiroteo tan violento, se bate en retirada.

En los primeros días de la guerra las escaramuzas se limitaban a este tipo de intercambio de fuego. Muy pocas veces se llegaban a librar batallas cuerpo a cuerpo. En una ocasión me pasó lo siguiente: mis hombres habían disparado todas las balas antes de que nada empezase, y luego el ataque era imposible porque no había con qué. Mandé a un explorador al pueblo que aquel día debíamos atacar. Regresó y dijo que allí no había ni un alma. El adversario había huido y cuando entramos en

aquel pueblo, nadie de mi destacamento tenía una sola bala en su recámara.

Nosotros no queríamos esta guerra. Pero Holden Roberto atacó desde el norte y Jonas Savimbi, desde el sur. Es un país en el que la guerra se prolonga desde hace quinientos años, desde que llegaron los portugueses. Necesitaban esclavos para venderlos, exportarlos al Brasil y al Caribe, o a cualquier otro lugar más allá del océano. De toda África, Angola fue la que más esclavos proporcionó a aquel continente. Por eso llaman a nuestro país la madre negra del nuevo mundo. La mitad de los campesinos brasileños, cubanos o dominicanos tiene antepasados nacidos en Angola. En su tiempo, este era un país poblado, y mucho, pero luego se quedó desierto como si lo hubiera arrasado la peste. Aún hoy en día Angola está desierta. Cientos de kilómetros y ni un solo hombre, igual que en el Sahara. Las guerras de esclavitud se prolongaron aquí durante trescientos años o aún más. Nuestros jefes hicieron buen negocio. Tribus fuertes atacaban a tribus débiles y tomaban rehenes a los que mandaban directamente al mercado. A veces no tenían más remedio que actuar así porque era una forma de pagar impuestos a los portugueses. El precio del esclavo se fijaba en función de su dentadura. La gente se arrancaba los dientes o se los limaba con piedras para rebajar su valor en el mercado. ¡Cuánto sufrimiento para ser libre! De una generación a otra, las tribus se temían mutuamente y acumulaban odio. Las incursiones guerreras se producían en la estación seca, que es cuando resulta fácil desplazarse. Cuando se acababan las lluvias todo el mundo sabía que se iniciaban tiempos de desgracia, la época de la caza del hombre. Durante la estación de las lluvias, cuando el país estaba anegado y hundido en el barro, reinaba el armisticio. Pero los jefes ya estaban preparando una nueva guerra, ya planeaban nuevas incursiones. Todo esto la gente lo recuerda hasta hoy porque en nuestro modo de pensar el pasado ocupa más lugar que el futuro.

Yo empecé a luchar hace diez años, en el destacamento del comandante Batalha. Fue en la Angola oriental. Tuvimos que aprender las lenguas de aquellas tribus y actuar de acuerdo con sus costumbres. Era la condición para nuestra supervivencia; de lo contrario, nos habrían tratado como a unos extraños que habían invadido su tierra. Y eso que todos somos angoleños. Pero ellos no saben que este país se llama Angola. Para ellos, la tierra se acaba allí donde está el último poblado cuyos habitantes hablan esa lengua que les resulta comprensible. Y esta es la frontera de su mundo. ¿Y qué hay más allá de esa frontera?, preguntábamos. Más allá de esa frontera, decían, empieza otro planeta, habitado por los nganguela, o sea, los no-hombres. Hay que guardarse muy mucho de esos nganguela porque son muchos, muchísimos, y hablan una lengua que no hay manera de entender y que les sirve para ocultar sus malas intenciones.

Todos nuestros enemigos se alimentan de la ignorancia del pueblo y pagan grandes cantidades para que la guerra entre tribus se prolongue hasta el infinito. Han sobornado a Holden Roberto para que convierta a los bakongos en el FNLA. Han sobornado a Savimbi para que convierta a los ovimbundu en UNITA. Tenemos cien tribus y con ellos debemos formar un solo pueblo. ¿Que cuánto durará? Nadie lo sabe. Tenemos que desenseñarles el odio. Y empezaremos por introducir la costumbre de estrecharse la mano.

Es un país desgraciado, como desgraciadas son las personas cuyas vidas se empeñan en jugarles malas pasadas. A lo largo de los últimos doscientos años, los portugueses no pararon de organizar expediciones armadas con el fin de conquistar la totalidad de Angola. No ha habido paz. Durante quince años hemos estado batallando en una guerra de guerrillas. Ningún otro país de África ha vivido una guerra tan larga. Ni ninguno ha sido tan destrozado. Nosotros, los guerrilleros, nunca hemos sido muchos. Además, una parte cayó en combate, otros se han ido a la comandancia o al gobierno. De los veteranos, en el frente queda solo un

puñado. Estamos dispersados por todo el país. Faltan hombres.

El ejército que tengo a mi mando está formado por muchachos traídos de la calle directamente al frente. Deberían estar en la escuela, pero hemos cerrado las escuelas para tener un ejército, pues estamos obligados a defendernos. Esta guerra nos ha sido impuesta porque somos un país rico, poblado por cinco millones de habitantes pobres, analfabetos sumidos en el oscurantismo que no saben ni cómo manejar un cañón, ni siquiera sin retroceso, de 86 milímetros. Se creen que basta con veinte carros blindados para seguir siendo dueños de nuestro petróleo y nuestros diamantes, y para devolvernos en un santiamén al lugar que nos toca. No nos han dado tiempo para nada; tenemos un ejército recién formado, aún verde, que tiene que madurar para la guerra. A mí me dan lástima estos muchachos porque deberían madurar leyendo y escribiendo, para construir ciudades y curar enfermos. Y, sin embargo, tienen que madurar para matar. Tienen que madurar para que en nuestro bando haya cada vez menos tiroteos a ciegas y en el otro, cada vez más muerte. ¿Qué otra salida nos queda en una guerra que no deseábamos?

Estamos en Caxito, a sesenta kilómetros al norte de Luanda. Esta misma mañana ha llamado el comandante Ju-Ju para decir que al alba se había librado la batalla por Caxito, que el destacamento del comandante Ndozi había arrebatado al FNLA el control de la localidad y que pronto podríamos ir para allá. Ju-Ju es el comisario político del estado mayor del ejército del MPLA y cada día, a las ocho de la tarde, lee por la radio el parte diario informando de la situación en los frentes de la guerra angoleña. Los comunicados suenan muy grandilocuentes, porque Ju-Ju pone en su confección y escritura toda su alma y todos los sentimientos que llenan su corazón. Un día lloramos la muerte del insustituible comandante Cow-Boy, caído en la batalla por la ciudad de Ngavi. Nuestro intrépido héroe se mantuvo en pie durante el combate y, aun gravemente herido, dio muerte a tres fieros agresores. Al día siguiente celebramos la

victoria de Folgares, donde nuestros gloriosos ejércitos asestaron golpes mortales a una banda de venales sicarios. En otra ocasión nos enteramos de cómo toda África contuvo la respiración para seguir la suerte que corre la heroica guarnición de Luso que, rodeada por innumerables hordas enemigas, decidió no ceder ni un pedazo de terreno. Nuestro espíritu jamás desfallece, nuestra voluntad de lucha es inquebrantable como el acero, no conocemos el miedo, no tememos a la muerte y morimos ante los ojos del mundo, que nos contempla con admiración.

Cuando la situación es favorable los comunicados de Ju-Ju son breves y serenos. Los hechos hablan por sí mismos, de las cosas buenas no hace falta convencer a nadie. Cuando, por el contrario, algo empieza a ir mal, cuando las cosas se ponen feas, los comunicados se vuelven extraordinariamente largos y confusos, aparece en ellos un gran número de adjetivos y se multiplican los elogios dirigidos al propio orador tanto como los epítetos que ridiculizan al adversario. Mientras camino por las calles de Luanda, me llega la voz de Ju-Ju a través de las ventanas abiertas. A esta distancia no distingo sus palabras, pero como su parlamento solo dura un rato breve, sé que las cosas van bien, que resisten, que han conquistado algo. Ayer, sin embargo, atravesé media ciudad y Ju-Ju no paraba de hablar. A todas luces, algo fallaba en el frente. Me asaltaron mil dudas: ¿resistirán?, ¿acabarán alzándose con la victoria?

Ju-Ju es un angoleño blanco, lo que quiere decir que sus padres llegaron de Portugal, pero que él nació ya en Angola, que ahora es su patria. En el MPLA hay cientos de hombres así. Luchan en el frente o trabajan en el estado mayor o en la administración. Todos llevan barba, que aquí es una señal de identidad: un blanco barbudo es un hombre del país, nadie le pide la documentación ni lo somete a arresto preventivo. El negro se dirige a él llamándole camarada y lo trata con respeto, pues si es blanco y lleva barba, seguro que ocupa algún cargo, tal vez es jefe de un

destacamento o alguien aún más importante. La de Ju-Ju es una barba como las que llevan los patriarcas bizantinos: frondosa e imponente. Le llega hasta los hombros y es lo más llamativo en toda su figura, puesto que él mismo es delgado y menudo, anda un tanto encorvado, lleva unas gafas de montura grande y todo su aspecto recuerda al de un ayudante de una cátedra de papirología de alguna vetusta universidad europea.

En el curso de la batalla por Caxito, el destacamento del comandante Ndozi ha tomado ciento veinte prisioneros del FNLA, con los cuales Ju-Ju se está entrevistando ahora. Se les llama uno a uno a que comparezcan bajo un gran castaño, donde, sentado sobre una caja de municiones (granadas de fabricación francesa arrebatadas al enemigo), les espera el comisario político. Ju-Ju, un hombre tímido por naturaleza, habla con cada uno de los prisioneros con un tono amable, como de pedir perdón incluso, y después de la conversación les dirige un discurso aleccionador con la esperanza de reconducir sus vidas y su lucha por el sendero justo.

Empieza por despertar en el interrogado un sentimiento de culpa y vergüenza.

—¿No te da vergüenza —pregunta el comisario político— luchar en las filas del FNLA como un agente del imperialismo?

El bruto y sombrío bakongo, de piel tan negra que a ratos parece violeta y un rostro tan terrible que da escalofríos, guarda silencio con la vista clavada en el suelo. Se arregla el trapo empapado en sangre que le cubre la cabeza, pues un proyectil le ha arrancado una oreja. Suspira y se ve que está a punto de llorar, pero sigue sin pronunciar palabra.

Ju-Ju insiste, lo anima a hablar, hasta le ofrece un cigarrillo, y eso que en Angola los cigarrillos son un lujo increíble; un paquete, incluso medio, puede salvarnos la vida.

Finalmente, el prisionero cuenta que en Kinshasa se organizan redadas para cazar a bakongos de Angola a los cuales incorporan en el FNLA. Estas redadas las monta el ejército de Mobutu. Quien tiene

francos puede pagarse la libertad, pero él no tenía francos porque llevaba tiempo en paro, así que lo cazaron y lo incorporaron. No se estaba nada mal en el FNLA porque te daban de comer. Mandioca y carne de cordero. Los sábados dan cerveza. Cuando ganan una batalla, reciben dinero. Pero él nunca ha estado en una batalla por la que pagaran. No ha robado nada porque entre la frontera con el Zaire y Caxito ya no queda más que tierra quemada. No, no ha visto a Holden Roberto. Tampoco sabe leer ni escribir. Esta mañana los han rodeado, así que se han rendido enseguida y ahora están aquí. No, no ha matado a nadie.

Ju-Ju ordena llamar al siguiente.

El bakongo de la frente tupidamente poblada de pelo hasta las cejas a duras penas se mantiene en pie, presa del miedo. El comisario pregunta si no le da vergüenza, etc., y luego le pregunta dónde se encuentran las tropas del FNLA más próximas.

El hombre no lo sabe. Se había montado tal desbarajuste que no sabe quién ha caído prisionero y quién ha huido. Un mercenario le gritó: ¡Por aquí! ¡Por aquí!, y él obedeció, y corrió, directamente a las manos del MPLA, mientras que el mercenario tomó la dirección contraria y se esfumó. De entre los demás presos que comparten su cautiverio no conoce a nadie. A él y a cuatro más les ordenaron en Ambriz que marcharan directamente sobre Caxito. No tenían nada para comer ni beber porque en este camino no hay nada. Tres murieron de agotamiento. El cuarto desapareció durante la noche. Solo queda él. Llegó a Caxito ayer por la tarde. Tiene sed. Cree que si en las proximidades hay hombres del FNLA, se rendirán solos mañana por la mañana porque en ninguna parte de los alrededores hay agua, solo en Caxito. Aguantarán esta noche, tal vez hasta el mediodía, pero luego vendrán a entregarse porque, si no, morirán de sed.

El siguiente prisionero parece tener doce años. Dice que tiene dieciséis. Él sí sabe que es una vergüenza luchar en las filas del FNLA,

pero a él le dijeron que si iba al frente, luego lo mandarían a la escuela. Y él quiere terminar la escuela porque quiere pintar. Si le dan papel y lápiz, dibujará algo enseguida. Puede hacer un retrato. Si tuviera aquí colores, pintaría un cuadro. También sabe esculpir, le gustaría enseñar sus esculturas, que se han quedado en Carmona. Pone en ello toda su vida, y le gustaría estudiar, y le dijeron que estudiaría si primero iba al frente. Él sabe que la cosa es así, que para poder pintar, primero tiene que matar, pero él no ha matado a nadie.

Ya había oscurecido cuando he salido a la plaza del mercado. Alrededor no se ven sino casas vacías, sin luces y con los cristales rotos; las tiendas, destrozadas. Unos cuantos perros junto al pozo. Una vaca sin dueño junto al césped.

El frente.

Todo cercado por la oscura pared de la selva y en esa selva tal vez estén aquellos soldados del FNLA, que no aguantarán sin agua y que mañana mismo se entregarán para no morir de sed.

Una ciudad desierta, un vacío y una noche estremecedores.

Solo en un lugar, en el otro extremo de la plaza, se oyen voces de conversaciones, incluso carcajadas. Es ahí donde hay una plazoleta rodeada por una balaustrada de hormigón, con un grupo de árboles en el centro.

He enfilado el camino en dirección a la plazoleta, tropezando con piedras, casquillos de bala, una bicicleta abandonada...

En la parte interior de la balaustrada están, de pie, los prisioneros del FNLA, esos ciento veinte hombres que esta mañana han caído prisioneros durante la batalla por Caxito. En el lado exterior, el que da a la calle y a la plaza del mercado, están sus guardianes del MPLA. Una veintena escasa.

Los prisioneros y los guardias mantienen una conversación muy animada: discuten sobre el resultado del partido de ayer. Ayer domingo, en el estadio de Luanda, el Benfica ganó al Ferroviário por 2 a 1. Este último equipo, que desde hace dos años no ha sufrido ninguna derrota, abandonó el campo en medio de los silbidos de sus propios hinchas. Perdió porque su principal delantero centro, el rey de los goleadores, Chico Gordo, dejó el club y ahora juega en Portugal, en el Sporting de Braga.

Habrían podido ganar.

No habrían ganado.

¡Qué Chico Gordo ni qué ocho cuartos! Norberto no es peor y aun así ¡han perdido!

¿Norberto? ¡Norberto no le llega ni a la suela del zapato!

Los muchachos discuten, se pelean, divididos en dos bandos; se sacarían los ojos unos a otros. Solo que ahora la línea divisoria no pasa a lo largo de la balaustrada. El Ferroviário tiene a sus hinchas tanto entre los prisioneros como entre sus guardianes. Y en el segundo bando, el de los hinchas del Benfica que ahora celebran su magnífico triunfo, también se mezclan presos y carceleros.

Es una discusión ardiente, llena de apasionamiento juvenil, igual que las que se producen entre muchachos que salen de un estadio después de un partido importante y que se pueden observar en cualquier parte del mundo. Enzarzado en una discusión así, uno se olvida de todo.

Y está bien que sea posible olvidarse de todo.

Que sea posible olvidarse de esa batalla que ha hecho que ahora seamos menos, tanto en este como en el otro lado de la balaustrada de hormigón. Olvidarse de las redadas que montan los soldados de Mobutu. Y de que tenemos que madurar para la guerra, para que haya cada vez menos tiroteos a ciegas y cada vez más muerte.

Llevo tiempo acudiendo al estado mayor para conseguir los salvoconductos que me permitan ir al frente sur. Es imposible moverse por el país sin un salvoconducto, porque las carreteras están vigiladas por puestos de control que piden la documentación a los viajeros. Por lo general, hay uno apostado a la entrada de la localidad y otro a la salida, pero también al atravesar una aldea puede uno toparse con un puesto, montado por varios campesinos precavidos y vigilantes; a veces ocurre que en medio del campo o en el lugar más recóndito de la selva, surge de repente un puesto, montado espontáneamente por unos nómadas que llevan su ganado a pastar por la zona.

Junto a las vías importantes, allí donde hay puestos de alto rango, la carretera aparece cerrada con una barrera de color, visible desde lejos. Pero como lo que impera es la improvisación y faltan materiales, otros se las arreglan como pueden. Algunos tienden alambres a la altura del parabrisas de un coche, y si no hay alambre, un trozo de cuerda de sisal. Cierran el paso con bidones de gasolina vacíos o levantan un obstáculo con piedras y rocas volcánicas. Arrojan sobre el asfalto clavos y cristales rotos. Colocan espinosas ramas secas de endrino. Interceptan el camino con palas de chumbera o con un tronco de sagú. Los más ingeniosos han resultado ser los hombres del puesto de Mulondo. De la posada y fonda abandonada por un portugués, sacaron a rastras —y colocaron en medio de la carretera— un aparador enorme, construido como un tríptico gigantesco, con un espejo articulable en su parte central. Manipulando este espejo de manera que reflejase los rayos del sol, deslumbraban a los conductores, que, al no poder seguir conduciendo, se detenían a una buena distancia y se acercaban hasta el puesto a pie para explicar quiénes eran y adónde se dirigían.

Hay que aprender a convivir con los puestos y a respetar sus costumbres si se quiere viajar sin obstáculos y llegar con vida a destino.

El resultado de nuestra expedición, e incluso nuestra vida, están en manos de esos vigilantes; hay que tenerlo muy presente. Se trata de hombres de las más diversas profesiones y edades. Soldados de la retaguardia, milicias espontáneas, muchachos poseídos por la pasión guerrera y a menudo, simplemente niños. Van armados con lo que tengan a mano: metralletas, viejos fusiles, machetes, cuchillos, palos. La vestimenta también es aleatoria, pues resulta difícil conseguir un uniforme. A veces aparece alguna guerrera, pero por lo general lo que más se ve son camisas de colores; de cuando en cuando, un casco, pero más a menudo un sombrero de mujer; algún que otro par de botas sólidas, pero por regla general zapatillas de tenis o pies descalzos. Es una guerra pobre, ataviada con un traje de percal barato.

Cada encuentro con un puesto de control se compone de: a) una parte explicativa, b) una negociación y c) una conversación entre amigos. Al puesto hay que acercarse lentamente y detenerse a una distancia prudencial. Los frenazos y el chirrido de los neumáticos son un mal comienzo: a los guardias no les gustan las payasadas. A continuación, nos bajamos del coche y nos aproximamos al lugar donde el camino está cerrado por la barrera, un bidón de gasolina vacío, un montículo de piedras, un tronco de árbol o un aparador. Si nos encontramos en una zona cercana al frente, las piernas nos tiemblan de miedo y el corazón se nos sube a la garganta. Y es que no sabemos quién ha montado el puesto: ¿el MPLA?, ¿el FLNA?, ¿UNITA? El sol brilla y hace mucho calor. El aire, tórrido hasta la blancura, vibra sobre la carretera como si por encima de ella pasase una tormenta de nieve. Sin embargo, todo está en silencio, nos rodea un mundo inmóvil que ha contenido la respiración. Nosotros también la contenemos, sin querer. Nos detenemos y esperamos.

No se ve ni un alma.

Pero los guardias están ahí. Ocultos entre los arbustos o en una

cabaña próxima, nos observan sin perder detalle. Estamos expuestos a sus miradas y —Dios no lo quiera— a un tiro. En un momento así no se puede mostrar prisa ni nerviosismo, que llevarían a un desenlace fatal. Todo lo contrario: nos comportamos como si nada, con correcta naturalidad; no hacemos sino esperar. Tampoco hay que caer en el extremo contrario, es decir, disimular el miedo con una desenvoltura artificial, bromeando, presumiendo, gritando ¡Que salgan los de la casa!, o manifestando una exagerada seguridad en uno mismo. Los guardias podrían considerar que nos los tomamos a la ligera y el resultado sería fatal. Tampoco les gusta que los viajeros escruten los alrededores con la mirada, que se metan las manos en los bolsillos, que bostecen, que se tumben a la sombra de los árboles más próximos o —lo que constituye el delito más grave— empiecen, ellos mismos, a desmontar el obstáculo que les impide el paso.

Después de dar por terminada la observación, los hombres del puesto salen de su escondite y se van acercando a nosotros con un paso lento y perezoso, aunque alertas y con las armas a punto. Se aproximan y se detienen a una distancia prudencial.

Los viajeros, de pie, no se mueven de su sitio.

Recordemos que brilla el sol y hace mucho calor.

Ahora se produce el momento más dramático del encuentro: el escrutinio mutuo. Para comprender el sentido de esta escena tenemos que recordar que los ejércitos en guerra visten de la misma manera (o, de la misma manera, no visten) y que vastas extensiones del país son tierra de nadie en la cual hacen incursiones ya unos, ya otros, amigos y enemigos, y montan sus puestos de control. Por eso al principio no sabemos quiénes son los hombres que nos han salido al encuentro desde su escondrijo ni qué harán con nosotros. Ellos tampoco saben nada acerca de lo que somos.

En este momento tenemos que hacer acopio de todo nuestro valor

para decir esa palabra que decidirá nuestra vida o nuestra muerte:

—¡Camarada!

Si los guardias son hombres de Agostinho Neto, que se saludan con la palabra camarada, seguiremos con vida. Pero si resultan ser hombres de Holden Roberto o de Jonas Savimbi, que se saludan con la palabra *irmão* (hermano), habremos llegado al final de nuestra existencia terrenal. Dentro de unos instantes nos obligarán a trabajar: cavaremos nuestra propia tumba. Junto a los puestos antiguos, asentados desde hace un tiempo, han ido surgiendo pequeños cementerios donde yacen aquellos que no han tenido la fortuna de acertar la palabra del saludo.

Pero digamos que esta vez la suerte nos ha sido propicia. Con voz ahogada y ronca de miedo, hemos dicho ¡Camarada! La palabra ha sido pronunciada de tal manera que algún sonido llegase hasta los hombres del puesto pero sin que sonara demasiado nítida, exacta e irrevocable, o sea, que nuestro balbuceo —en el cual hemos colado migajas sonoras de la palabra camarada— dejase algún resquicio, una puerta por la cual poder echarse atrás, retirarse a la palabra *irmão* y que la desafortunada confusión de las palabras se pudiese achacar a ese calor infernal que entumece la razón y la empuja hacia la zona del sinsentido, al cansancio producido por el viaje y al nerviosismo natural de todo aquel que de pronto se halla en medio del frente. Es un juego muy delicado, que exige habilidad, intuición y oído. Toda solución fácil, toda actuación burda, se nota a la legua enseguida. No se puede, por ejemplo, gritar sin solución de continuidad ¡Camarada!, *Irmão!*, porque los hombres del puesto nos tomarán —y con razón— por unos de esos cómodos oportunistas que, en situaciones de conflicto bélico, están tan mal vistos y perseguidos en todos los frentes del mundo. Despertaremos sus sospechas y seremos sometidos a un arresto preventivo.

De modo que hemos dicho ¡Camarada!, y los rostros de los guardias se iluminan. Ahora responden ellos: ¡Camarada! Todos empiezan a

repetir la palabra —¡camarada!, ¡camarada!— con voz distendida y a pleno pulmón, un número infinito de veces; la palabra circula entre nosotros y los hombres del puesto como una bandada de palomas.

Sin embargo, la euforia que se ha apoderado de nosotros al saber que seguiremos con vida no durará mucho. Conservaremos la vida, sí, pero aún no se sabe si podremos proseguir el viaje. Así que nos disponemos a entrar en la primera fase del encuentro: la explicativa. Decimos quiénes somos, de dónde venimos y a dónde nos dirigimos. Justo en ese momento exhibimos nuestro salvoconducto. Las dificultades aparecen cuando los guardias no saben leer, que es un fenómeno muy corriente en el caso de los puestos montados por campesinos y nómadas. Para paliarlo, los puestos mejor organizados emplean a niños. Hay muchos más niños que saben leer que adultos, porque solo en los últimos años ha empezado el desarrollo de la escolaridad. El texto del salvoconducto expedido por el estado mayor suele estar redactado en términos cálidos y cordiales. Dice que el camarada Ricardo Kapuchinsky es amigo nuestro, una persona de buena voluntad y digna de confianza, y por eso se pide a todos los camaradas del frente y de la retaguardia que le presten ayuda y hospitalidad.

A pesar de unas referencias tan positivas, los hombres del puesto suelen empezar por negarse a dejar pasar y mandan dar media vuelta. Es una actitud comprensible. Es cierto que la autoridad de Luanda es mucha autoridad, pero no por eso un puesto de control deja de ser un poder, y la esencia de todo poder radica en su necesidad de mostrar la fuerza que posee.

Sin embargo, ¡no perdamos la esperanza y no nos dejemos llevar por el desánimo! Usemos el arma de la persuasión. Podemos esgrimir mil argumentos a nuestro favor. La documentación está en regla: tenemos un escrito con sello y firma. Conocemos personalmente al presidente Agostinho Neto. También conocemos al comandante en jefe del frente.

Desde nuestra condición de escritor, glorificamos en el mundo entero el nombre de Angola y de sus combatientes que luchan por una causa justa. Los europeos malos ya se han marchado; el que se ha quedado tiene que ser uno de los nuestros, si no, no estaría aquí. De todos modos, registradnos, adelante, no llevamos armas, no podemos hacer daño a nadie.

Lentamente y resistiéndose todavía, los guardias empiezan a ceder. Todavía no dan el brazo a torcer, todavía algunos se apartan y discuten a un lado, a veces, incluso, se enzarzan en una pelea. Pueden enviar a un emisario en busca del comandante que ha ido a la ciudad en coche o a la aldea próxima, a pie. En tal caso hay que esperar. Espera que te esperarás, y así transcurre aquí nuestra vida. Pero la cosa tiene su lado bueno: gracias a esa espera que compartimos todos, nos aproximamos y conocemos mutuamente. Ya formamos parte de la comunidad del puesto. Si hay tiempo y ganas, podemos contar algo acerca de Polonia. También tenemos mar y montañas. Tenemos bosques, pero los árboles son distintos; por ejemplo, en nuestra tierra no crece un solo baobab. Tampoco café. Polonia es más pequeña que Angola pero, en cambio, tenemos más población. Hablamos polaco. Los ovimbundu hablan en su lengua, los chokwe en la suya, y nosotros, en la nuestra. No tenemos mandioca, la gente de nuestro país no sabe lo que es. Todo el mundo tiene zapatos. Se puede ir descalzo solo en verano, en invierno una persona sin zapatos podría congelarse y morir. ¿Morir por ir descalzo? ¡Ja, ja! ¿Está lejos de aquí, Polonia? Lejos, aunque en avión, cerca. Y por mar, un mes. ¿Un mes? No está lejos. ¿Tenéis fusiles? Los tenemos: fusiles, cañones, tanques. Eso es, nosotros en cambio no tenemos tanques. Nuestro ganado es igual que el vuestro. Vacas y cabras, pocas cabras. ¿Y no habéis visto un caballo? Algún día tenéis que ver uno, en nuestro país hay muchos caballos.

El tiempo transcurre con esta conversación tan agradable, y es justo

lo que persiguen los hombres del puesto. Y es que ahora rara vez se encuentran personas que se atrevan a emprender un viaje. Con los caminos desiertos, hay que esperar días enteros antes de ver una cara nueva. Aun así, no pueden quejarse de aburrimiento. En estos días la vida se concentra junto a los puestos, como en la Edad Media se concentraba alrededor de la iglesia y como en las infinitas extensiones de América lo hace junto a las gasolineras. Las vendedoras locales colocan sobre trozos de tela sus mercancías: plátanos carnosos, unos huevos de gallina pequeños como nueces, los rojos *pili-pili*, maíz seco, frijoles negros y granadas ácidas. El dueño del tenderete de ropa vende pañuelos de colores y lo más barato que existe en prendas, y además, peines de madera, estrellitas de plástico, espejos con fotografías de actrices famosas al dorso, elefantes de goma y caramillos con clavijas móviles. Los niños, si no están de guardia, juegan con una pelota de trapo en un campo próximo. Es posible toparse con mujeres campesinas que, con vasijas de barro sobre la cabeza, traen agua o van a buscarla, en tránsito desde un lugar desconocido hacia otro que tampoco conocemos.

Cuando está formado por los nuestros, el puesto se convierte en un refugio hospitalario. En él podemos beber agua y, a veces, incluso comprar algunos litros de gasolina. Es posible que nos ofrezcan carne asada. Si se nos ha hecho muy tarde, permiten que durmamos allí esa noche. Algunas veces disponen de información sobre el siguiente trecho del camino: saben en manos de quién está.

Se acerca la hora de partir y los hombres del puesto se ponen manos a la obra. Abren el paso: hacen rodar los bidones, quitan las piedras, apartan el aparador. Y luego, cuando ya podemos enfilar el camino, se nos acercan para hacernos una última pregunta, invariable, siempre la misma: ¿no tendremos tabaco?

Y en este momento se produce un instantáneo cambio de papeles. Ahora el poder pasa a nuestras manos porque somos nosotros, y no ellos,

los que tenemos tabaco. Somos nosotros los que decidiremos si recibirán uno, dos o cinco cigarrillos. Nuestros guardias bajan las armas y, con humildad en los ojos, esperan dócil y pacientemente. Seamos humanos y compartámoslos. Un reparto justo: ellos luchan en una guerra, arriesgando sus vidas. Tras recibir el obsequio levantan los brazos en un gesto de victoria y se ríen contentos, y nosotros, entre gritos de ¡camarada!, ¡camarada!, proseguimos viaje hacia lo desconocido, hacia un mundo vacío, hacia la abrasadora blancura del calor implacable y hacia el miedo que nos espera junto al siguiente puesto de control.

Avanzando de puesto en puesto y al ritmo alterno de temores y alegrías, he llegado hasta Benguela. Entre Luanda y Benguela hay seiscientos kilómetros de camino a través de un territorio desértico, llano y aburrido. Gris y sin gracia, todo el paisaje se resume en un accidentado conjunto de piedras, arbustos secos y desgredados, arenas sucias e indicadores de carretera rotos. Durante la estación de las lluvias, las nubes se arremolinan a ras de la tierra, los aguaceros se prolongan durante horas y en el aire hay tan poca luz como si nunca fuese de día, como si solo existiesen crepúsculo y noche. Incluso cuando hace muchísimo calor, a pesar de la abundancia de la luz del sol, el paisaje recuerda al de la tierra quemada: de tonos ceniza, parece muerto y resulta muy poco acogedor. La gente que tiene que pasar por allí se da prisa para recorrer lo más rápidamente posible esa zona tan estremecedora y alcanzar, aliviada, su lugar de destino: el oasis. Luanda lo es y Benguela, también: dos oasis en el desierto que cubre toda la costa angoleña.

Benguela: una ciudad soñolienta y casi del todo despoblada, que duerme a la sombra de acacias, palmeras y árboles de la col. Sus barrios residenciales aparecen vacíos; las casas, rodeadas por una profusión de flores inaudita, están cerradas. Qué lujo tan indescriptible para cualquier plan municipal de vivienda, un exceso de metros cuadrados por persona que marea, y en las calles, ante las verjas, coches abandonados,

Chevrolets, Alfa Romeos, Jaguars, parece que en buen funcionamiento, aunque nadie intenta conducirlos. Y al lado, cien metros más allá, vuelve por sus fueros el desierto, que por estos pagos es blanco y brillante como una montaña de sal y donde no hay una brizna de hierba, ni un solo árbol, ni salvación. En este desierto se extienden los barrios africanos, contruidos de cualquier manera en barro y estiércol, ensamblados con hojalata y contrachapado de madera, llenos de insectos, asfixiantes y míseros. A pesar de que los dos mundos —el del lujo y el de la miseria— lindan entre sí y de que nadie vigila los ricos barrios europeos, los negros de las chabolas no intentan adueñarse de ellos. Semejante idea, simplemente, no se les pasa por la cabeza. Tal vez esta sea la mejor explicación de su pasividad. Y es que en este caso no se pueden barajar causas como el escrúpulo moral o el miedo de que los blancos vuelvan y empiecen a vengarse. Tales consideraciones podrían tomarse en cuenta si ya con anterioridad hubiera existido en ellos la tentación de hacerse con los barrios blancos. Pero a lo largo de sus vidas, y hasta la fecha, aún no han llegado a ese grado de autoconciencia que impele a clamar justicia o a tomársela por su mano. Solo aquellos africanos que han hecho una carrera universitaria y han visto mundo, que saben leer y lo que es una película, solo estos han comprendido que la descolonización les ofrecía una oportunidad para subir de golpe muchos peldaños en el escalafón económico, para acumular riquezas y privilegios. Y la aprovecharon con tanta más facilidad cuanto que sus hermanos menos espabilados —y eran diez de cada doceno reclamaban nada para sí, se conformaban con su casucha de barro y un cuenco de mandioca como con un mundo que les fue dado de una vez para siempre.

Durante un buen rato recorrí la franja limítrofe entre los dos barrios y luego me dirigí hacia el centro. Encontré el callejón en el cual estaba instalado el estado mayor del frente central, en un espacioso chalet de dos plantas. Ante la verja estaba sentado un guardia con la cara terriblemente

hinchada a causa de una periostitis y, sin parar de gemir, se apretaba la cabeza en un visible intento de evitar que le estallara el cráneo. No hubo manera de comunicarme con aquel desdichado: para él no existía nada en aquellos momentos. Abrí la cancela. En el patio, en medio de ardientes buganvillas, el césped aparecía cubierto por cajas de municiones, cañones de mortero y cantidades ingentes de cantimploras. Un poco más allá, en la terraza, dormían muchos soldados el sueño de los justos. Subí al primer piso y abrí la puerta de la primera habitación. No había en ella más que una mesa escritorio ante la que se sentaba un hombre blanco, de complexión maciza, inmenso.

Era el comandante en jefe Monti, responsable del frente central.

Sentado ante la mesa, escribía una solicitud a Luanda pidiendo hombres y armas. El único carro blindado que tenían en aquella línea del frente había sido alcanzado por los disparos de un mercenario el día anterior. Si en aquellos momentos el enemigo los atacase con un carro de combate, ellos se verían obligados a ceder la plaza y batirse en retirada.

Monti leyó la carta que yo le traía de Luanda, me invitó a sentarme — sobre la repisa de la ventana, pues no había más sillas— y siguió escribiendo. Al cabo de un cuarto de hora se oyeron pasos en la escalera, tras lo cual cuatro hombres entraron en el despacho: un equipo de televisión de Lisboa. Habían llegado para quedarse un par de días; luego regresarían a Portugal, a bordo de su avión. El jefe del equipo, Luís Alberto, era un mulato dinámico e inquieto, sagaz y valiente. Enseguida nos hicimos amigos. Monti y Alberto se conocían desde hacía años, los dos habían nacido en Angola, a lo mejor allí mismo, en Benguela. Así que no hubo necesidad de perder el tiempo en presentaciones y otros preámbulos.

Alberto y yo queríamos ir al frente pero los demás miembros del equipo se mostraron contrarios. Esos otros miembros, es decir Carvalho, Fernandes y Barbosa, dijeron que tenían esposa e hijos, que habían

empezado a construirse casas unifamiliares cerca de Lisboa (en un lugar realmente hermoso, nada menos que en las afueras de Cascais) y que no estaban dispuestos a morir en aquella ciega y estúpida guerra de la que nadie sabía nada, en la que los adversarios no se reconocían como tales hasta el último instante y en la que uno podía (literalmente) perder la cabeza sin entrar en combate alguno, solo a causa del terrible desorden imperante, de falta de información y de la pereza y la frivolidad de los negros, para los cuales la vida humana carecía de valor.

En una palabra, dijeron que ellos sí querían seguir con vida.

Empezó una discusión, la cosa que más aman las naturalezas latinas. Alberto intentaba convencerlos con el argumento de que gastarían kilómetros de cinta y, así, ganarían un montón de ese dinero que tanto necesitaban. Pero solo los tranquilizó Monti cuando dijo que a aquella hora —se acercaba el mediodía— en el frente no se libraban batallas. Y dio la más simple de las explicaciones:

—Hace demasiado calor.

Al otro lado de la ventana el aire vibraba como una plancha de hojalata incandescente y cada movimiento exigía un gran esfuerzo. Nos dispusimos a partir. Monti bajó a la planta baja, despertó a uno de los soldados y lo envió a la ciudad, a un lugar donde había chóferes y vehículos. Al poco aparecieron un Citroën DS y un Ford Mustang. Monti, queriendo hacernos agradable el viaje, nos asignó como escolta a un soldado muy especial, una muchacha llamada Carlota.

Carlota apareció con una metralleta al hombro y aunque llevaba un uniforme de paracaidista demasiado grande, se podía adivinar que tenía buen tipo. Como un solo hombre, todos nos pusimos enseguida a cortejarla. A decir verdad, no fue sino la presencia de Carlota lo que resultó determinante para que el equipo se olvidase de sus casitas en las afueras de Lisboa y se decidiese a partir para el frente. A pesar de sus tan solo veinte años, Carlota se había convertido ya en una leyenda. Dos

meses antes, durante la insurrección de Huambo, lideró un pequeño destacamento del MPLA que se vio rodeado por una unidad, compuesta de mil efectivos, de UNITA. Supo romper el cerco y sacar de él a sus hombres. Las muchachas suelen ser magníficos soldados, mejores que los chicos, que a veces muestran en el frente comportamientos histéricos cuando no irresponsables. Nuestra muchacha era mulata, tenía un encanto indescriptible y —como nos pareció entonces— una gran belleza, aunque más tarde, cuando revelé sus fotografías, las únicas instantáneas que han quedado de ella, comprobé que no era tan bonita. Aun así, ninguno de nosotros lo expresaría con la palabra para no destruir el mito, para no destruir nuestro recuerdo de la Carlota de aquella tarde de octubre en Benguela. Simplemente, pasado un tiempo, localicé en Lisboa a los cuatro —Alberto, Carvalho, Fernandes y Barbosa— y les enseñé las fotos de la muchacha tomadas durante nuestro viaje al frente. Las contemplaron en silencio, y creo que todos optamos por respetarlo en aquel momento para evitar decir en voz alta que su belleza tampoco había sido para tanto. De todos modos, ¿acaso la cosa tenía alguna importancia? Carlota ya no estaba, ya no está, entre los vivos. Recibió la orden de comparecer en el estado mayor del frente, así que se puso el uniforme, se pasó un cepillo por su peinado afro, se echó la metralleta al hombro y se presentó. Además del comandante Monti, ante el estado mayor la esperaban cuatro portugueses y un polaco. En aquel instante nos pareció hermosa. ¿Por qué? Porque nuestro estado de ánimo así nos lo dictaba, porque lo necesitábamos, porque así lo queríamos. Siempre creamos la belleza de las mujeres, así que en aquel momento creamos la belleza de Carlota. No encuentro otra explicación.

Los coches se pusieron en marcha. Enfilamos la carretera de Balombo, a ciento sesenta kilómetros hacia el este. En realidad, todos deberíamos haber muerto durante el camino, una carretera llena de curvas peligrosas por la que los conductores corrían como locos; de verdad, fue

un milagro que llegásemos vivos. Carlota iba al lado del chófer de nuestro coche y, acostumbrada a semejante manera de conducir, no podía menos que burlarse de nosotros, aunque con discreción. La corriente de aire lanzaba su cabellera hacia atrás, hacia donde íbamos nosotros, y Barbosa dijo que le sostendría la cabeza para que no se la arrancara el viento. Ella se reía y nosotros sentíamos celos de Barbosa. En una de las paradas Fernandes propuso que Carlota se cambiara de sitio, que se sentara en la parte de atrás, sobre nuestras rodillas, pero ella declinó la invitación. Sonoramente expresamos nuestra alegría por la derrota del espabilado. Y es que era evidente que Fernandes pretendía que Carlota se sentase sobre *sus* rodillas, y tal cosa lo habría estropeado todo porque ella no pertenecía a nadie en concreto, la habíamos creado entre todos, era *nuestra* Carlota.

Había nacido en Rosadas, no muy lejos de la frontera con Namibia. El año pasado había recibido instrucción militar en los bosques de Cabinda. Después de la guerra quería ser enfermera. Es todo lo que sabemos de esa muchacha que ahora va junto a nosotros en un coche con una metralleta sobre las rodillas y que —puesto que ya hemos agotado nuestro arsenal de bromas y por unos momentos se ha instalado la tranquilidad— se ha puesto seria, absorta en sus pensamientos. Sabemos que Carlota no será de Alberto ni de Fernandes, pero aún no sabemos que ya no será de nadie.

Hay que volver a detenerse porque el puente está dañado y los chóferes se plantean cómo proseguir viaje. Puesto que disponemos de unos cuantos minutos, le saco fotos a nuestra guerrera. Le pido que sonría. Está de pie, apoyada contra la barandilla del puente. Alrededor se extiende un campo de cultivo, tal vez un prado, no recuerdo.

Al cabo de unos instantes reanudamos la marcha. Pasamos junto a aldeas calcinadas, pueblos vacíos, plantaciones de piña y de tabaco abandonadas. Luego había cada vez más arbustos de taray: empezaba un paisaje de bosques y verdes colinas. La cosa presentaba un aspecto cada

vez peor porque llegábamos al frente por una carretera en la que se habían librado encarnizadas batallas, y, esparcidos sobre el asfalto, se veían cadáveres de soldados. Allí no tienen la costumbre de enterrar a los caídos, y la entrada en cualquier zona de combate se reconoce por el hedor, inhumano, de los cuerpos en descomposición. En la putrefacta humedad de los trópicos deben de producirse algunas fases de fermentación adicionales, pues el olor es tan intenso, tan horrible e, incluso, tan aturdidor que, a pesar de estar familiarizado con el frente, me mareaba una y otra vez y la cabeza me daba vueltas. Como el primer coche llevaba una lata extra de gasolina, nos deteníamos para rociar con ella los cuerpos, echar sobre los muertos ramas secas de arbustos que crecían junto a la carretera, y luego, el conductor disparaba sobre el asfalto una ráfaga de su metralleta con un ángulo tal que saltase una chispa y prendiese fuego. Con aquel fuego señalamos nuestro camino a Balombo.

Balombo es una pequeña ciudad situada en medio del bosque, y que no para de cambiar de manos. Ninguno de los bandos consigue asentarse allí de una vez para siempre, precisamente a causa de la presencia de ese bosque, una presencia tan palpable como la que se da en nuestros frondosos municipios de Otwock o Wilga, lo que permite al adversario acercarse a una distancia mínima y, desde allí, atacar de improviso a los defensores del lugar. Esta misma mañana Balombo ha sido tomada por un destacamento del MPLA cuya fuerza no superaba los cien hombres. Aún se oyen disparos en las florestas colindantes porque el adversario sí ha retrocedido, pero no muy lejos. En Balombo, que está destruida, no hay un solo civil; únicamente cien jóvenes soldados. Hay agua, y las muchachas del destacamento han venido a nuestro encuentro recién bañadas, con el pelo húmedo y ensortijado sobre papillotes. Carlota las

riñe: no deberían ocuparse de su aseo, en todo momento deben estar preparadas para entrar en combate. Ellas se quejan de que han tenido que ir a primera línea de fuego porque los chicos no se lanzaban precisamente al ataque. Los muchachos se dan golpecitos en la cabeza y afirman que es mentira. Todos ellos son jóvenes de dieciséis, dieciocho años, como nuestros alumnos de instituto, como en nuestra sublevación de Varsovia. Algunos chicos del destacamento se dedican a recorrer la calle principal sobre un tractor, botín de guerra. Cada uno da una vuelta y pasa el volante al siguiente. Los demás, que han renunciado a la ambición de hacerse con el tractor, se pasean en bicicleta, otro botín de guerra. En Balombo, por estar situada sobre una colina, no hace calor; se sienten ligeras oleadas de viento y se oye el susurro del bosque.

El equipo está filmando, y yo voy a donde van ellos y saco fotos. Carlota, que es una muchacha sensata y no se deja llevar por la euforia de la victoria que se ha adueñado del destacamento, sabe que en cualquier momento puede empezar la contraofensiva o que algún francotirador puede buscar nuestras cabezas desde su escondite. Por eso nos acompaña todo el tiempo, con la metralleta lista para disparar. Siempre alerta, se muestra parca en palabras. Cuando camina, las cañas de sus botas rozan entre sí, produciendo un crujido claramente perceptible. Carvalho, el cámara, filma a Carlota sobre un fondo de casas calcinadas y, luego, de unas adelfas imponentemente frondosas. Todo esto será mostrado en Portugal, país que Carlota no verá jamás. En otro país, Polonia, se publicará su fotografía. Pero aún estamos caminando por Balombo y charlamos. Barbosa le pregunta cuándo se va a casar. Vaya, esto no lo sabe, lo que hay ahora es guerra. El sol se oculta tras los árboles, se acerca el crepúsculo y tenemos que marcharnos. Regresamos a los coches, que nos esperan en la calle principal. Todos estamos contentos, porque hemos visto el frente, tenemos una película y fotos, seguimos vivos. Nos metemos en el coche guardando el mismo orden que en el

viaje de ida: Carlota delante, nosotros en la parte de atrás. El chófer pone en marcha el motor y mete la primera velocidad. Y entonces —todos recordamos que fue precisamente en aquel momento— Carlota se baja del coche y dice que se queda. ¡Carlota, ven con nosotros!, le pide Alberto, te invitamos a cenar, y mañana ¡te llevaremos a Lisboa! Carlota esboza una sonrisa, agita el brazo en un gesto de despedida y hace una señal al chófer para que arranque.

Nos sentimos tristes.

Nos vamos alejando de Balombo, el camino se vuelve cada vez más oscuro, nos sumergimos en la noche. Ya es muy tarde cuando llegamos a Benguela, localizamos el único bar abierto a esas horas, pedimos algo de comer. Alberto, que conoce a todo el mundo del lugar, consigue una mesa al aire libre. Magnífico, porque sopla un airecillo fresco y brilla un mar de estrellas. Nos sentamos, hambrientos y exhaustos, decimos cosas sin importancia. Tardan mucho en traernos la comida. Alberto grita algo pero hay tanto bullicio alrededor que no le oye nadie. En ese momento, en la esquina de la calle aparecen unos faros, un coche sale disparado de la curva y tras un violento frenazo se detiene ante el bar. Del coche baja de un salto un soldado, cansado, sucio, la cara embadurnada de tierra. Dice que justo después de marcharnos nosotros ha habido un ataque sobre Balombo y que han tenido que entregar la plaza; en la misma frase añade que en dicho ataque ha caído Carlota.

Nos hemos levantado de la mesa sin pronunciar palabra para enfilear una calle desierta. Cada uno camina solo, a merced de sus propios pensamientos: no hay necesidad de hablar. Abre la comitiva Alberto, que anda encorvado; tras él va Carvalho y, por la acera de enfrente, Fernandes; a cierta distancia de él, Barbosa, y, finalmente, yo. Mejor que ninguno abra la boca, que lleguemos al hotel en silencio y que nos perdamos de vista. Nos fuimos de Balombo a una velocidad de vértigo, ninguno ha oído el tiroteo que se desató justo después a nuestras

espaldas. De modo que no se trata de una huida. Aun así, si hubiéramos oído los disparos, ¿habríamos mandado dar media vuelta para permanecer junto a Carlota? ¿Habríamos sido capaces de arriesgar nuestras vidas para protegerla, como lo hizo ella al protegernos en Balombo? O, tal vez, simplemente murió al cubrir nuestra marcha, sola, porque los chicos se divertían con el tractor y las muchachas estaban absortas en su aseo cuando los otros aparecieron como salidos de debajo de la tierra.

Todos somos culpables de esta muerte porque no hemos puesto obstáculos para que Carlota se quedase, cuando podíamos obligarla a volver con nosotros. Pero ¿quién podía preverlo? Los más culpables somos Alberto y yo: fuimos nosotros los que insistimos en nuestro deseo de ir al frente y entonces Monti nos asignó escolta, es decir, aquella muchacha. Pero ¿acaso podemos ahora cambiar algo, revocarlo todo, dar marcha atrás en el tiempo para borrar este día?

Carlota no existe.

¿Quién podía imaginar que la veíamos en su última hora de vida? Y que todo estaba en nuestras manos. ¿Por qué Alberto no habrá detenido al chófer, por qué no se bajó para decirle: Te vienes con nosotros; de lo contrario, nos quedaremos y tú serás la responsable de lo que nos pueda pasar. ¿Por qué no lo hizo ninguno de nosotros? Y la culpa, ¿acaso es menor porque esté repartida entre cinco? ¿Acaso es más soportable?

Está claro que se trata de un trágico accidente. Hablando así, con esta mentira, a partir de ahora contaremos lo sucedido. También podemos afirmar que así lo quiso el destino, el *fatum*. No había ningún motivo para que se quedase allí; además, desde el principio se había convenido en que regresaría con nosotros. En el último segundo, impelida por un misterioso mandato, se bajó del coche y momentos después fue abatida por una bala. Déjesenos creer que ha sido cosa del destino. En situaciones semejantes actuamos de una manera que más tarde no conseguimos

explicarnos. Y decimos: Señorías del Alto Tribunal, no sé cómo ha pasado, cómo ha podido suceder, pues en realidad todo había empezado por una nadería.

Pero Carlota conocía esta guerra mejor que nosotros, sabía que se acercaba el crepúsculo, la hora habitual del ataque, y que más valía cubrir nuestra salida desde el terreno, cosa de la que ella se encargaría en persona. Este debió de ser el motivo de su decisión. O al menos eso creemos adivinar ahora, cuando ya es demasiado tarde. No podemos preguntárselo porque Carlota ha dejado de existir.

Llamamos con los nudillos a la puerta del hotel, que ya está cerrada. Nos abre el dueño, un anciano corpulento, negro; rebosante de alegría por vernos de vuelta sanos y salvos, quiere abrazarnos, nos acribilla a preguntas. Al cabo de unos momentos nos escruta con la vista y las palabras mueren en su boca; se aleja. Cada uno de nosotros coge su llave, sube a su planta y se encierra en su habitación.

Ese punto minúsculo que desaparece en el cielo es el avión a bordo del cual se alejan Alberto y su equipo. El ruido de los motores, que resuena en las alturas, por encima del aeropuerto y de la ciudad, es cada vez más débil, aunque todavía audible durante un largo rato después de que el minúsculo punto se haya desvanecido y dejado de ver. Ahora parece como si del cosmos llegasen voces de remotas e invisibles tormentas estelares. Pero también ellas terminan por acallarse. El cielo se petrifica y se llena de silencio y de brillo matutino. Al cabo de varias horas, en el otro extremo de la galaxia, aparecerá un pequeño punto que empezará a crecer, a aumentar su tamaño, hasta convertirse en la forma de un avión, cosa que significará que Alberto y su equipo aterrizan en Europa.

Yo también salgo de Benguela en avión, solo que en dirección

contraria, hacia el sur, allí donde el continente africano empieza a alcanzar su fin, y después de mil kilómetros, o tal vez más, después de Namibia y de Kalahari, acaba sumergiéndose en dos océanos. Cuando esta mañana hemos llegado al aeropuerto, aparte del avión que se ha llevado a Alberto, había otro, un Friendship bimotor cuyos pilotos —dos portugueses exhaustos, con barba de varios días y ojos enrojecidos de no dormir— me dijeron que no tardarían en despegar con destino a Lubango para recoger allí al último grupo de refugiados. Lubango, que antes se llamaba Sá da Bandeira, está situado a trescientos kilómetros al sur de Benguela y alberga la sede del estado mayor del frente sur. Yo no tenía salvoconducto para moverme por aquella zona, porque en el frente sur —que era el más débil, el más abandonado, el peor organizado y el peor armado— no dejaban penetrar a nadie. Pero pensé que a lo mejor me las arreglaría solo. Eso pensé, aunque a decir verdad no pensé en absoluto, pues si de verdad hubiese reflexionado, seguramente se me habrían quitado las ganas de aventurarme por aquellos parajes. Por otra parte, no obstante, si me lo hubiese vuelto a plantear, seguramente sí habría decidido que quería hacerlo, porque considero que no debo escribir sobre personas con las cuales no haya vivido, aunque solo fuera una pequeña parte, lo mismo que viven ellas. En todo caso, me puse a pedirles a los pilotos que me llevasen consigo. Estaban tan agotados a causa de las horas y horas de vuelo que no conocían la noción de interrupción, y tan indiferentes ante todo, que no me dieron respuesta alguna, lo que seguramente quería decir que no tenían inconveniente. Yo llevaba puestos unos pantalones vaqueros y una camisa, en el bolsillo tenía un salvoconducto para Benguela y un poco de dinero, y, en la mano, una cámara. El resto de mis cosas se había quedado en el hotel, y ya no había ni tiempo ni coche para ir a la ciudad. Así que me metí sin dilación en el avión vacío y me acurruqué en un rincón para que mi presencia pasase lo más inadvertida posible a los ojos de los pilotos, no fuera a ser que

cambiasen de opinión y me mandasen bajar. Al cabo de un cuarto de hora despegamos del aeropuerto de Benguela. Primero sobrevolamos el desierto y luego un paisaje cautivador semejante a los pre-Tatras polacos y ese gran jardín de todos los colores del arco iris que es Lubango.

En el aeropuerto de Lubango había un grupo de portugueses, hombres asustados, apáticos y cubiertos de sudor, a los que acompañaban unas mujeres aún más asustadas, que llevaban en brazos a niños dormidos. Se abalanzaron sobre el avión antes de que se apagasen los motores. Intercepté a un mulato que iba y venía por la pista y le pregunté si me llevaría al estado mayor del frente. Me dijo que sí, que lo haría en cuanto despachara el avión, pero acto seguido me preguntó cómo me las pensaba arreglar para salir de allí, habida cuenta de que el avión que me había traído era el último y que no llegarían más, y añadió que le parecía que la ciudad estaba en manos del MPLA, pero que estaba cercada y que los caminos que llevaban a ella se hallaban bajo el control del enemigo, y si aún no habían caído en sus manos, podrían hacerlo al día siguiente. Al no encontrar una respuesta clara y sensata, me limité a balbucear algo así como: que sea lo que Dios quiera.

A partir de aquel momento, todo se desarrollaría como en un sueño confuso e incomprensible, uno de esos en que personas desconocidas y fuerzas invisibles nos implican en una serie de situaciones sin salida y a cada momento nos despertamos bañados en sudor y cada vez más cansados y deshechos. En el estado mayor del frente (el barrio residencial sobre la colina) me dio la bienvenida un joven angoleño blanco, el comisario político. Se llamaba Nelson. Me acogió con alegría, como si yo fuera ese invitado que había esperado desde hacía mucho tiempo, y no tardó en enviarme a una muerte segura. Nelson tenía una naturaleza inquieta e irreflexiva, ideas alocadas y una manera de ser impulsiva y

febril. Bastó que en mi primera frase dijese que quería ir al frente: enseguida redactó y me entregó un salvoconducto y, antes de que me diera tiempo a darme cuenta de nada, me empujó hacia el patio en el cual, en aquel preciso momento, un chófer estaba poniendo en marcha el motor de un grande y viejo camión Mercedes. Muerto de sed, a duras penas —y no pocas súplicas— logré que me proporcionase un vaso de agua. El camión estaba cargado hasta los límites de toda resistencia con fusiles, cajas de municiones, barriles de gasolina y sacos de harina. Encima de la carga aparecían sentados seis soldados. Nelson me hizo subir a la cabina, junto al chófer, un civil semidesnudo, negro e increíblemente flaco. Al cabo de un momento apareció en la cabina el jefe de la expedición, Diógenes. Arrancamos sin perder un minuto.

Atravesamos la ciudad —en aquella época todas las ciudades de Angola ofrecían el aspecto fantasmagórico de esos decorados semiderruidos que se construían en las afueras de Hollywood, una vez abandonados por los equipos de rodaje— y de pronto desapareció la hierba y se desvanecieron las flores: entrábamos en el corazón del trópico, tórrido y seco; en una tierra cubierta, hasta donde alcanzaba la vista, por una maleza espesa, seca, espinosa, desprovista de hojas y gris. En medio de aquella selva de arbustos se recortaba un desfiladero por cuyo fondo pasaba un camino asfaltado. Precisamente esa era la carretera que recorriamos. El Mercedes era tan viejo y estaba tan cargado que a pesar de todos los esfuerzos del chófer, no alcanzaba más allá de los sesenta kilómetros por hora.

Yo me encontraba en una situación un tanto embarazosa porque no sabía a dónde nos dirigíamos y no era cosa de reconocerlo. Diógenes podría pensar: ¿cómo es que no lo sabe? Entonces, ¿para qué está aquí?, ¿adónde cree que va? ¿Ha llegado hasta aquí y no sabe adónde vamos? Y, sin embargo, era cierto: yo no lo sabía. Por casualidad había dado con un avión en Benguela que me había traído a Lubango. Un mulato a quien

había encontrado por casualidad en el aeropuerto de Lubango me había llevado al estado mayor. Un extraño del que no sabía más que su nombre, Nelson, y a quien había visto por primera vez en mi vida, me había metido en un camión. Y ese camión había arrancado enseguida y ahora rodaba pesadamente entre dos paredes de espinosa maleza selvática, hacia un destino que me era desconocido. Todo había sucedido tan repentina y —en cierto modo— categóricamente que no tuve tiempo de reflexionar ni de oponerme.

Íbamos de esta manera: a la izquierda, el flaco intranquilo, aferrado al volante; yo en medio, y Diógenes a la derecha, alerta y con una metralleta asomando por la ventanilla, lista para disparar. El sol estaba en el cenit, la cabina ardía como un horno alto y apestaba a petróleo y a sudor. En un determinado momento, Diógenes, que no quitaba los ojos del muro de maleza que se extendía a su lado, espetó:

—No sé si el camarada sabe adónde vamos.

Respondí que no lo sabía.

—Tampoco sé —prosiguió Diógenes sin mirarme— si el camarada sabe lo que significa recorrer el camino que estamos recorriendo ahora.

Volví a responder que no lo sabía.

Diógenes guardó silencio durante un rato, porque subíamos una cuesta y el motor hacía un ruido ensordecedor. Luego dijo:

—Camarada, este camino lleva a Sudáfrica. La frontera está a cuatrocientos cincuenta kilómetros. A cuarenta kilómetros de la frontera hay una pequeña ciudad que se llama Pereira de Eça. En ella está estacionado nuestro destacamento y es allí adonde nos dirigimos. En nuestras manos está el control de las ciudades: tenemos Lubango y Pereira de Eça. Pero el territorio está en manos del enemigo. Esta selva de maleza que recorreremos ahora pertenece al enemigo, que se agazapa aquí por todas partes. Al destacamento de Pereira de Eça no ha llegado en el último mes ninguno de nuestros convoyes. Todos los vehículos han

caído en emboscadas. Y ahora somos nosotros quienes intentamos alcanzar el destino. Tenemos por delante cuatrocientos kilómetros de camino y en cada metro podemos caer en una emboscada. ¿Ahora lo comprende, camarada?

Supe que no lograría articular palabra, así que me limité a asentir con la cabeza, dándole a entender que sí comprendía lo que significaba ir por aquel camino que recorríamos. Luego conseguí dominarme lo suficiente como para preguntar por qué éramos tan pocos. Si formásemos parte de una compañía, o de un pelotón siquiera, tendríamos más posibilidades de alcanzar el destino. Diógenes contestó que en aquel frente los hombres escaseaban. Era necesario traerlos de Luanda o de Benguela. Aquella era una tierra prácticamente despoblada. Ciertamente había unos cuantos nómadas, pero eran unos salvajes que iban desnudos. Hacía muchos años que habían perdido todas sus guerras. Desde entonces sabían que no podían ganar y que su única salvación consistía en ocultarse en la selva. Con un movimiento de cabeza, Diógenes indicó el selvático muro tras el cual se ocultaban aquellos hombres desnudos y vencidos. A continuación le pregunté por qué íbamos en un camión tan desvencijado. Al fin y al cabo los portugueses habían dejado un gran número de vehículos estupendos. A lo que Diógenes me respondió que los vehículos de los portugueses eran propiedad de sus dueños portugueses. Que no había dinero para comprárselos, ni siquiera había con quién tratar el asunto porque sus propietarios estaban en Europa. ¿No creía —le pregunté— que en un vehículo rápido resultaba más fácil escapar de los emboscados, dificultándoles hacer blanco, mientras que yendo en una carraca como la nuestra, íbamos directos hacia la muerte? Sí, Diógenes se mostró de acuerdo, aunque acto seguido preguntó qué otra cosa podíamos hacer. Nos sumimos en el silencio; ya no se oía más que el rumor del motor y el susurro de los neumáticos resbalando sobre el reblandecido asfalto.

El tiempo corre y sin embargo parece que no nos hemos movido de

sitio. Siempre el mismo hilván de asfalto, continuo, regular y brillante, colocado sobre una tierra roja y árida. A ambos lados, siempre las mismas paredes de maleza selvática, agrietadas y deslucidas. Siempre el mismo cielo, de un blanco cegador. El mismo vacío de un mundo abandonado que con nada, un movimiento o una voz siquiera, da señales de vida. En medio de este escenario inerte, petrificado y mísero, nuestro camión se mueve y balancea como un cochecito de hojalata lo hace en el fondo de una caseta de feria de tiro al blanco. El dueño hace girar la manivela, el juguete recortado en hojalata avanza balanceándose a los lados y quien quiera, puede dispararle. En la parte trasera del camión van seis soldados, ocultos tras las cajas de municiones y los sacos de harina. Como el sol cae a plomo, sin piedad, se han tapado con una lona, como si se protegiesen de un aguacero. Su situación resulta tanto más ventajosa cuanto que, si caemos en una emboscada, pueden saltar del vehículo en un santiamén y echar a correr en dirección a los arbustos. Peor se presenta la situación de los que se encuentran en la cabina. Encerrados en una caja de metal, aparecen como tres dianas móviles que alguien hace avanzar lentamente en medio de la radiante iluminación del paralelo dieciséis. En el banal interior de la caseta del tiro al blanco vacía, avanza el cochecito de hojalata y el dueño constata, cada vez más asombrado, que nadie muestra deseos de abatirlo. Qué raro: al fin y al cabo, con un coste mínimo, se puede ganar un atractivo premio. Aún sigue dándole a la manivela, pero cada vez con menos vigor y convicción. El juguete recortado en hojalata se mueve cada vez más despacio, hasta que, finalmente, se detiene.

Nos hemos parado al borde de la carretera; delante, en el mismo lateral, aparecen los restos de un camión calcinado. Vestigio de un convoy que no llegó más lejos. Diseminados por todas partes, se ven cajas, barriles, sacos, neumáticos... En un lugar, un pedazo de tierra quemada acoge huesos carbonizados. A los que aquí cogieron debieron de

matarlos y luego prenderles fuego, o tal vez, incluso, los ataron y quemaron vivos. No se sabe si alguno ha sobrevivido, si es que hubo supervivientes. Diógenes dice que aun si alguien hubiese alcanzado la selva no habría podido llegar lejos; seguramente moriría de sed, pues no hay agua en muchos kilómetros a la redonda. Solo puedes sobrevivir si no te apartas de la carretera, aunque si vas por ella, te expones a morir. Hay que aferrarse a la carretera a pesar de que, evidentemente, es ahí donde se puede caer en una emboscada. Así es, pero no hay otra salida, es decir, las salidas ideales, perfectas, no existen. Lo dice Diógenes, quien afirma que los del camión calcinado cometieron un error, porque seguramente habían viajado de madrugada o al caer el crepúsculo o en plena noche. Es cuando hace fresco y el enemigo tiene fuerzas suficientes para acercarse a la carretera y preparar una emboscada. A mediodía, por el contrario, cuando pega un sol de justicia, los combatientes caen en las invencibles garras del sueño y la pereza. Se esconden en la sombra y descabezan un sueñecito. La pasión guerrera se amortigua y se enfría la hostilidad. Hay que aprovecharlo y viajar en pleno mediodía, que es la más segura de las horas. Me acabo de acordar de que eso mismo me había dicho Monti. Que el frente se echaba a dormir cuando el sol alcanzaba el cenit.

Durante el resto del día, hasta la caída de la tarde, proseguimos viaje, tensos, con una atención tan alerta y concentrada como impotente, y no sin pasar al lado de dos camiones calcinados más, huellas de otros convoyes perdidos. Diógenes metía prisas al chófer; no le permitió ninguna parada. A las cinco de la tarde vimos a varios hombres armados. Plantados en medio de la carretera, sus ametralladoras apuntaban en nuestra dirección. Diógenes quitó el seguro de su kaláshnikov y los soldados que iban atrás se levantaron de sus improvisados jergones y, ocultos tras la cabina, centraron sus puntos de mira en los hombres de la carretera. El chófer aminoró la marcha; la distancia entre ellos y el camión se acortaba por momentos. Nadie apretó el gatillo. Luego, cuando

ya nos habíamos aproximado mucho, lo suficiente como para poder reconocer sus siluetas e incluso sus rostros, uno de ellos alzó su fusil y se oyó un disparo. A su vez, Diógenes desenfundó su pistola y también disparó al aire. El Mercedes se detuvo y los hombres de la carretera se acercaron corriendo al camión.

—El destacamento del comandante Farrusco —dijo uno de ellos.

—El convoy del comandante Diógenes —respondió este.

Nos encontrábamos en Pereira de Eça. Lo primero, pedirnos tabaco. Metí la mano en el bolsillo y solo en aquel momento, cuando toda la tensión que llevaba acumulada había reventado en mi interior convirtiéndose en unas partículas sueltas, libres y calmadas, me di cuenta de que mis pantalones y mi camisa estaban empapados de sudor, que todo yo estaba empapado y que en el bolsillo, allí donde guardaba un paquete de nuestros Extra-Fuertes fabricados en Radom, no quedaba sino un puñado de heno pastoso que hedía a nicotina.

Un destartelado rótulo colocado a la entrada de la ciudad anima a regalarse un rato de tranquilidad y sacudirse de los ojos el cansancio: En Pereira de Eça (sugiere el rótulo junto al camino), alójate en la Posada del Cisne Negro. Aire acondicionado – Cocina succulenta – Jardín – Bar – Precios sin competencia. Y un tosco dibujo de un ave surcando las olas de un lago, ave que en esta latitud geográfica solo puede aparecer en sueños.

Todo esto forma parte de un reclamo dirigido a aquellos que, recorriendo el mundo, se lanzan a explorar continentes remotos y tierras desconocidas. Viajando por la yerma y monótona ruta entre Windhoek y Luanda, 2.230 km, aquí encontrarán comodidad y descanso. ¿Puedo añadir, en aras de ayudar al fatigado viajero, un pequeño consejo? No te detengas en esta ciudad, al menos no ahora, hoy no. Esta noche no. Los tiempos han cambiado y no encontrarás esas comodidades que te

prometen. Aunque es cierto que hay agua, sin embargo no hay luz. Todo está sumido en la oscuridad. Ni siquiera ha salido la luna. Solo se ven estrellas, pero aparecen como muy lejanas, debilitadas, poco útiles. Lo de pernoctar se presenta mal porque las casas están destruidas y saqueadas. Igual de mal lo de la cocina. Sobre el suelo de cemento de la posada, en medio de un charco de sangre seca, yace una cabra muerta, hedionda ya. Quien tiene hambre corta un trozo de carne con la bayoneta y se lo asa al fuego. ¿Cómo es que esta gente aún está con vida?, ¿cómo es que no muere intoxicada con el veneno de la carroña? Tampoco se puede contar con el anunciado aire acondicionado. Hace un bochorno tremendo y, a pesar de la noche, el calor no se ha elevado por encima de la tierra; pesado y pegajoso, aplasta la pequeña ciudad, inerte y aplanada.

Al resplandor de una lámpara de petróleo, la única fuente de luz, se ven rostros cubiertos por el sudor, brillantes, como untados con aceite. La ancha y barbuda cara del comandante Farrusco. La cara pálida —y llena de granitos de adolescente— de su segundo, Carlos, un héroe de Luso. La cara no cuidada y prematuramente envejecida de una mujer llamada Esperança. En la posada nos sentamos en cajas y sillas; el comandante ocupa el sillón. Al otro lado de la ventana, vagan por la plaza unos soldados que se funden con la oscuridad, negros como una noche en movimiento. ¿Por qué no acuden a sus puestos?, pregunta Farrusco, aunque enseguida se calla y no dicta la orden. Los demás guardan silencio: a todas luces se trata de una pregunta sin importancia o es que la respuesta es hartamente conocida. A todas luces el hecho de acudir o no a los puestos no cambia nada, no arregla nada.

Es un destacamento condenado al exterminio, para él no existe salvación.

Traed al tipo que ha venido del sur, ordena Farrusco a los hombres que están junto a la puerta —o mejor dicho, el lugar donde en tiempos hubo una puerta— que conduce a una terraza de madera y una plaza. Así

el camarada podrá escuchar lo que dice este hombre, dice Farrusco dirigiéndose a mí, pues resulta que ellos ya saben lo que dice, han hablado con él esta tarde. Entra un portugués, tembloroso y exhausto hasta el límite. Tiene los ojos hundidos, va sucio y sin afeitarse, parece una encarnación de la impotencia y el abandono. Se llama Humberto dos Anjos de Freitas Quental. Es del lugar, aquí nació, calculo que hace unos cincuenta años. Una semana atrás, huyó junto con su familia a Namibia. Ha dejado a su mujer y a sus cuatro hijos en el campo de refugiados portugueses de Windhoek, y él mismo ha decidido regresar. Y ha regresado porque en Pereira de Eça se había quedado su madre. La madre tiene ochenta y un años y regenta una panadería desde hace tantos años cuantos cuenta su hijo Humberto, el mismo que comparece ante nosotros. Le dijo al hijo que no se marcharía y que seguiría horneando el pan, que siempre es necesario. Ya lo sabéis vosotros mismos, nos dice Humberto, sabéis que en Pereira de Eça tenéis pan recién hecho. Sí, lo sabe todo el destacamento, que se alimenta del pan horneado por esta mujer y, por añadidura, sin pagar, puesto que es un ejército de liberación compuesto por voluntarios que no tienen dinero. Cuando se marchaba para dejar a su familia en Namibia, se acababan las reservas de harina y la madre —que está sorda y no comprende que hay una guerra y que, a causa de la edad, ya no comprende nada excepto una cosa: que mientras el mundo exista la gente necesitará pan— le mandó al hijo regresar con harina. Como se quedó sola, él ha decidido volver, y le llevaba harina, pero se la han quitado en la frontera, pero sabe que hoy ha venido un camión de Lubango y que trae harina, lo cual significa que su madre volverá a hornear pan, y así tendréis algo que comer, y sin pagar, pues madre no pide dinero.

Todos queremos a esta mujer, dice Farrusco, aunque ella no sea precisamente partidaria nuestra, pero es partidaria de la vida y del pan, y con eso basta. Nuestros hombres le llevaban el agua que necesitaba. Y le

llevaban leña. Y vivirá todo el tiempo que vivamos nosotros, o tal vez más. Pero ahora quiero que cuentes a estos hombres que han venido de Lubango lo que has oído en Windhoek y lo que te decían por el camino, en esa localidad que ¿cómo se llama? Se llama Tsumeb, responde el hijo de la panadera, y está a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí. Los portugueses que se han refugiado allí dicen que el ejército sudafricano pronto empezará una ofensiva sobre Angola y que no tardará en echar al MPLA a los cuatro vientos. Lo mismo dicen en Windhoek. Dicen que las tropas están a punto de partir, si no lo han hecho hoy, lo harán mañana mismo. Tienen aviones y carros blindados, y ocuparán Luanda. ¿Cómo lo sabes?, pregunta Farrusco. Eso dicen todos los portugueses, responde Humberto, aunque sea un secreto. En Windhoek acudían a nuestros campos oficiales sudafricanos y preguntaban quién había servido en el ejército, y cuando había voluntarios, se los llevaban a ese ejército que irá a conquistar Luanda. En cuanto a Tsumeb, un tipo blanco me ha dicho en una gasolinera que en la ciudad hay muchos carros de combate con los cuales mañana o pasado marcharán sobre Angola, a acabar con los comunistas.

Farrusco dijo al hijo de la panadera que se podía ir a casa. Humberto daba la impresión de ser un hombre honrado. Aunque no parecía muy sagaz, incluso es posible que fuera analfabeto. Nos quedamos solos en la estancia; a pesar de que ya había pasado la medianoche, seguía haciendo mucho calor y el aire era asfixiante. En el suelo, junto a las paredes, dormían algunas personas, otras entraban y salían sin decir palabra, sin que se supiese por qué ni para qué. Comprueba si se han ido a sus puestos, dijo Farrusco a Carlos. Manda a algunos en dirección a la frontera, que recorran un trecho y vean qué pasa. ¿De qué servirá?, se oyó la voz de Esperança. Ahora su rostro estaba más oscuro que por la tarde. Diles, prosigue Farrusco, que vayan de verdad, que no tengan miedo y no se queden sentados en una cuneta. Si se aventuran demasiado lejos, dice

la mujer, pueden caer en una emboscada o les cortarán la retirada. Estamos rodeados por el enemigo. Está bien, pero quiero saber exactamente dónde. Pero estos desgraciados no lo averiguarán porque los van a matar, dice Esperança. ¿Para qué provocar a los otros? No tenemos fuerzas para defendernos.

El destacamento del comandante Farrusco cuenta con ciento veinte hombres. En el frente sur, es el único entre Lubango y la frontera (450 km) y entre el Atlántico y Zambia (1.200 km). El único destacamento en un territorio igual a un tercio del de Polonia. Alrededor, a lo largo de decenas, de cientos de kilómetros, se extiende una selva de maleza estéril, sin agua, sin puntos de referencia de ningún tipo, la inclemente voracidad de millones de ramas llenas de púas cuya maraña forma paredes, un mundo hostil imposible de vencer ni de atravesar. Y solo queda el camino de Lubango, la única carretera que atraviesa esta selva como un pasillo en medio de trincheras hechas de zarzas, carretera por la cual la retirada tampoco es posible porque es demasiado larga para recorrerla a pie y no hay medios de transporte para evacuar todo el destacamento. A lo mejor a aquella hora, y eran cerca de las dos de la madrugada, el enemigo ya la ha ocupado por los dos lados de la ciudad y, mientras tanto, nosotros estamos sentados a la sombra del brazo de acero de un cepo, esperando a que alguien suelte el muelle y el aire estalle en un estampido ensordecedor.

Acababa de volver Diógenes con uno de los hombres del convoy, y luego también regresó Carlos. El comandante preguntó si los exploradores habían salido y Carlos dijo que sí. Se sentó sobre una caja y se quitó el cinturón, al cual tenía sujeto todo un arsenal de pistolas, cargadores y granadas. En tiempos de la colonia, Carlos y Farrusco habían luchado en las filas de los paracaidistas portugueses. Los dos eran hijos de campesinos del sur de Portugal. Al licenciarse del ejército se quedaron en Angola y trabajaron como mecánicos de coche. Más tarde

Nelson me contaría lo que sigue:

—Cuando en el verano de este año estalló la sublevación del MPLA contra el FNLA y UNITA, las batallas se libraban también en Lubango. Pero como en las filas del enemigo luchaban muchos blancos, en nuestro territorio, es decir, en el sur, el resultado de la sublevación llevaba mucho tiempo sin acabar de decantarse por ninguno de los bandos. Un buen día aparece en la comandancia un hombre fornido y barbudo y dice, os voy a enseñar cómo se hace, cómo hay que luchar. Era Farrusco. Organizó el destacamento, ocupó Lubango y más tarde, también Pereira de Eça, donde se quedó. Les faltaban municiones. En todo ese tiempo, aparte de los fusiles solo tenían dos morteros de 82 mm. Los manejaban Farrusco y Carlos. Disparaban sin usar una base, directamente con los brazos, y ambos tenían las manos quemadas por unos cañones que ardían, cubiertas todas de ampollas y heridas.

Esta noche, todos los que se encuentran en la posada están alerta, pero la suya es una vigilia entumecida, indefensa, expectante. Tal vez los únicos que duerman sean los muchachos que están en sus puestos, en los confines de la ciudad y en las cunetas, porque el sueño joven es más fuerte que el miedo, la sed e, incluso, los mosquitos. En la estancia arde el petróleo de la lámpara y hace un buen rato que reina el silencio. Nadie tiene ganas de hablar, ni siquiera se sabría de qué. Cada vez más cansados y soñolientos, todos esperan el alba. Se oyen los ronquidos de los que duermen en el suelo. Se oyen los zumbidos de los mosquitos. El sudor se desliza por los rostros, las bocas están amargas de nicotina, se respira un aire seco y nauseabundo.

Farrusco, he exclamado y le he dado un golpecito en el hombro porque empezaba a dormirse, quisiera regresar hoy mismo a Lubango para luego intentar llegar hasta Luanda. Creo que es importante lo que ha dicho el portugués. Daba la impresión de decir la verdad. Claro que es importante, ha asentido Farrusco, los otros empiezan la invasión. De aquí

a Luanda, he dicho, hay mil quinientos kilómetros. No sé cuándo podré llegar hasta allí porque ya no hay aviones. Pero desde Luanda puedo comunicarme con mi país y creo que lo que dice el portugués es una primicia mundial. Haz algo para que yo pueda regresar hoy mismo a Lubango. Tenemos que esperar hasta el amanecer porque durante la noche no se puede transitar por esa carretera. Los faros se ven desde lejos y resulta fácil caer en una emboscada. Veremos lo que pasa al amanecer, veremos si atacan. Desde la frontera hasta la misma Pereira no hay ni uno solo de los nuestros. También pueden venir desde la presa de Ruacana y así cortarnos el camino a Lubango. De aquí no saldremos sino por ese camino, que a lo mejor han cortado ya esta noche, pues sus tropas estaban estacionadas en Ruacana y desde allí hay suficiente con tres horas de viaje para llegar a nuestra carretera.

La noche llegaba a su fin, un resplandor rojizo se elevó por encima de la tierra. Han aparecido las casas y los árboles, y en el arrabal de la ciudad se ha levantado la pared de la selva. Han vuelto los exploradores anunciando que no se habían topado con nadie. La tensión se ha relajado un poco. Farrusco ha ido a inspeccionar los puestos. Yo he seguido sus pasos. A las salidas de las arenosas calles que desembocaban en la linde del bosque había soldados tumbados escrutando a ver si algo se movía entre los árboles. La selva resonaba con la música maravillosa de los pájaros, un sonoro hosanna tropical se elevaba por encima de todas las cosas. Luego ha salido el sol, lo ha inundado todo con el haz de sus potentes rayos y de pronto se ha instalado el más absoluto de los silencios.

Hemos vuelto a la posada. La mujer estaba preparando el café: olía a la mañana en un *camping* de los lagos de Masuria. Solo ahora he visto, colgado en la pared, el mapa de operaciones. El clavo del centro correspondía al destacamento de Pereira de Eça. A su alrededor, nada, ni uno. Solo más arriba, otro clavo: Lubango, y dos más: Moçâmedes y

Matala. Cuanto más arriba, más clavos. Esa espesa raya negra que a ratos sube formando una escalera es nuestro camino. Abajo, esa fila de crucecitas que marca la margen del río Cunene es la frontera con Namibia. La flecha hacia arriba señala la dirección a Europa. La superficie cubierta por círculos corresponde a la selva. La de puntos, al desierto. La superficie azul significa Atlántico. Las letras PN, parque nacional: leones, elefantes, antílopes... Un 5 en rojo: han caído cinco de los nuestros. Un 7 en negro: han caído siete de los otros. A continuación más cifras en rojo y en negro, formando dos filas descendentes, sin la raya del total, porque la cuenta de la muerte, su suma y sigue, continúa abierta.

Ahora, Dios lo quiera, ojalá podamos cruzar con vida la raya negra, ojalá alcancemos Lubango. Nos hemos puesto en marcha a las diez, con el sol ya muy alto, con la esperanza de que la furia del calor haya obligado ya al enemigo a abandonar sus escondites y lo haya sumido en un estado de indolencia apática y soñolienta. Por la recalentada plaza daban vueltas unos soldados aturdidos por el calor, vagando de un lado para otro sin nervio, sin energía. Otros permanecían sentados a la sombra, apoyados contra las paredes de las casas o contra vallas o árboles, quietos como en un letargo. Yo no sabía dónde se había metido Diógenes, que desapareció junto con todo el grupo del convoy. Por ninguna parte vi a la mujer. Carlos estaba de pie en la terraza de la posada y agitaba su ametralladora en nuestra dirección. En el estático escenario de aquella plaza, el brazo de Carlos agitándose en el aire parecía la única cosa viva y capaz de moverse.

Íbamos en un *jeep* Toyota que conducía António, un soldado de dieciséis años. La carretera aparecía cubierta por un brillo cegador, un lago de destellos de luz que avanzaba hacia adelante. En un momento

dado, de las profundidades de aquel lago emergió, cual un espectro, un vehículo. Se nos acercaba. Como en tales situaciones nunca se sabe quién viene a tu encuentro, Farrusco, que iba a mi derecha, quitó el seguro de su Ka-2 y desprendió del cinturón una granada. Los coches se detuvieron. De la camioneta, cargada de trastos como un carro de gitanos, bajó un portugués desastrado y con barba de varios días, que junto con su familia huía hacia Sudáfrica. En pie en medio de la carretera, encorvado y resignado, daba la impresión de alguien que se encontraba ante un juez que de un momento a otro iba a condenarlo a cadena perpetua. Dijo que la carretera estaba vacía y que nadie lo había parado. Tal cosa, sin embargo, no significaba nada, porque los emboscados, por lo general, no tocaban a los refugiados.

Como el *jeep* era de los abiertos, la corriente de aire proporcionaba un poco de alivio. Y silbaba en los oídos. Este año, me gritó Farrusco a través del viento, ha nacido mi primer hijo. Está en Lubango y tengo muchas ganas de verlo. ¿Es grande?, pregunté en la voz más alta posible para que me oyese. Sí, mucho, y celebró el hecho con una carcajada, todo un hombretón. Dejamos atrás Rocadas y luego el puente desierto sobre el Cunene. Mi padre, gritaba el comandante a través del viento, no tenía tierra, y nosotros éramos ocho, y ni un par de zapatos. No sé si sabes que en este país hay montañas y también hace frío. Moví la cabeza en señal de que no lo sabía. El *jeep* avanzaba por la carretera a través de un paisaje tan monótono que parecía que no nos movíamos de sitio. Cuando servía en las filas de paracaidistas, me llegó su voz imponiéndose al viento, pensé que luchaba en el bando equivocado. Y por eso, añadió al cabo de un rato, tosiendo porque el viento secaba las gargantas, cuando empezó esta guerra cambié de bando.

Llegábamos al peor lugar: Humbe. Allí desembocaba el camino de Ruacana por el cual podían llegar los destacamentos sudafricanos. Farrusco ordenó detener el coche y, siguiendo la linde de la selva, se

dirigió a pie hasta el cruce, a ver cómo se presentaba la situación. No vio nada sospechoso ni se topó con nadie. Basta colocar aquí, dijo, un coche blindado para paralizar toda la carretera. Y nada les podremos hacer porque no tenemos armas antitanques.

En Europa me enseñaron, prosiguió, que el frente significa trincheras y alambradas que marcan una línea clara y nítida. A lo largo de un río, de un camino o entre una aldea y otra. Frentes así se pueden dibujar con lápiz sobre un mapa, se pueden señalar con el dedo sobre el terreno. Aquí, sin embargo, el frente está en todas partes y en ninguna. Esta tierra es demasiado vasta y los hombres son demasiado pocos para que exista una línea de frente. Es un mundo salvaje y sin ordenar, es difícil convivir con él. Falta el agua porque por todas partes hay desiertos. Es imposible detenerse allí donde no haya una fuente, y las fuentes distan mucho unas de otras. Aquí donde estamos hay agua, pero el siguiente manantial no está sino a cien kilómetros. Todos los destacamentos se aferran a su agua; si no lo hicieran, morirían. Cuando entre dos fuentes de agua hay cien kilómetros de distancia, el espacio que las separa es tierra de nadie, libre de presencia humana. Así que nuestro frente no forma líneas sino puntos, que además son móviles. Hay cientos de frentes porque hay cientos de destacamentos. Cada uno de esos destacamentos puede convertirse en un frente, es un frente en potencia. Cuando uno de nuestros grupos se topa con otro del enemigo, esos dos frentes en potencia se convierten en uno real: entran en batalla. Ahora somos un frente potencial de tres personas que se dirigen al norte. Si caemos en una emboscada nos convertiremos en un frente real. Esta es una guerra de emboscadas. En cada camino, a cada paso, puede formarse un frente. Es tan posible recorrer este país de punta a punta y salir indemne como lo es morir abatido por una bala al dar un paso. Esto no se rige por ningún principio, ningún método. Todo depende de la suerte y de la casualidad. En esta guerra reina un gran desorden. Nadie sabe a ciencia cierta cuál es la situación en cada

momento.

Íbamos ahora, a pleno mediodía, a toda velocidad, recibiendo los latigazos de un viento tórrido. La selva se quedaba cada vez más rezagada y desaparecía a nuestras espaldas. Dejamos atrás Cahama y Chibomba: junto a la carretera se veían casas calcinadas. Si consigues llegar a Luanda, gritaba Farrusco a través del vendaval, diles que nos manden hombres y armas. Diles que si vienen esos de Namibia, no podremos mantener esta tierra. Guardamos silencio durante un rato muy largo. Luego volví a oír su voz. Creo que me matarán, gritó a través del viento, creo que al final se darán cuenta de que un comandante blanco recorre esta carretera y acabarán matándome; es muy difícil, siguió desgañitándose, salir de una emboscada porque siempre, gritaba, es demasiado tarde, entras directo en su punto de mira, pero sabes, me llegaba su voz, no tengo miedo, oyes, no siento ningún temor.

Oí un estruendo, un pandemónium de golpes y voces: en marcha, venga, en marcha, y era la voz de ese espíritu inquieto que no era otro que el comisario Nelson. Me levanté de un salto, en medio de la oscuridad. Por suerte dormía vestido y con las botas puestas, así que pude seguirlo sin perder un segundo; bajábamos por la escalera a toda prisa, sentí un fuerte dolor de cabeza. Empecé a atar cabos solo en el coche. Era un Peugeot 504 nuevo, de color gris. Conducía Nelson. Junto a él iba sentado el comandante Bota del estado mayor del frente, borracho. Entre las rodillas apretaba una botella de *whisky*. En el asiento de atrás íbamos Manuel, un amigo de Nelson y yo. Manuel empuñaba su Uzi, una pistola de repetición de fabricación israelí que es muy útil en batallas a corta distancia, pero que resulta poco eficaz en las emboscadas, en las cuales dan mejores resultados la soviética Ka-2 y la belga G-3, que tienen un alcance de fuego mucho mayor. Consulté el reloj, eran las dos de la madrugada. Como Lubango está situada muy por encima del nivel del mar, allí las noches son gélidas, auténticamente escandinavas. Yo estaba

temblando de frío y de sueño. ¿Adónde vamos?, pregunté a Manuel. A Benguela. Me alegré y quise volverme a dormir, pero cuando me disponía a hacerlo Manuel dijo que delante de nosotros se estaba librando una batalla. Me despejé en un santiamén. Ataca nuestras posiciones el escuadrón de Chipenda, aclaró Manuel, y ahí delante tenemos un solo destacamento, al mando del comandante António, pero António está en Benguela, ha ido a buscar armas. Entonces ¿por qué vamos por un camino envuelto en una batalla?, le pregunté a Manuel. Porque no hay otro entre Lubango y Benguela, respondió. Pues claro, es verdad, hice memoria y asentí. Bota se tomó un buen trago de su botella, que a continuación pasó al asiento trasero, así que hicimos otro tanto. Nos sentimos mejor. Durante una media hora viajamos a toda velocidad por un terreno ondulado, con un bosque verde a ambos lados de la carretera, y ya nos aproximábamos al cruce de Cacula cuando, primero a la izquierda y acto seguido a la derecha, oímos junto al camino un tiroteo, un tableteo prolongado de ametralladoras y estallidos de granadas. Nelson apagó todas las luces y tuvo que disminuir la marcha, pues la noche era muy oscura, y así, sin visibilidad, siguió conduciendo a ciegas, adivinando con los neumáticos el blando arcén de la carretera. Más despacio, articuló Bota, que volvía a estar lúcido. A lo mejor más vale acelerar, dijo Manuel tímidamente. El viaje duraba un siglo. Santo cielo, pensaba yo, santo cielo, una granada estalló en la cuneta, la chapa del coche retumbó como si alguien descargase un varapalo sobre el techo, ¿todos bien?, preguntó Bota al cabo de unos instantes, sí, bien; en el último momento Nelson vio un camión parado y ya se disponía a esquivarlo cuando de la cuneta saltó un mulato y le dijo, Nelson, tengo aquí a veinte hombres, pero no los puedo desplazar adelante para que detengan a Chipenda porque se me ha acabado la gasolina, de dónde saco gasolina, y todo él temblaba porque hacía un frío tremendo.

Y de dónde la saco yo, dijo Nelson, manda a alguien a Lubango, cómo

quieres que mande a nadie, hombre, si no tengo con qué moverme, una ráfaga luminosa pasó por encima de nosotros, luego otra, y otra. Nelson, se oyó la voz del hombre, que estaba de pie en la carretera y se aferraba a la portezuela del coche como si quisiera impedirnos arrancar, te digo que las cosas están mal, nos matarán como a chinches, y vuelta a empezar, una granada, y otra, y varias más a un tiempo, arranca, dijo Bota desde las profundidades de su obnubilación de borracho, y Nelson arrancó, y el mulato desapareció tan repentinamente como si cayese fulminado por un proyectil, y por qué seguíamos circulando en medio de aquel fuego terrorífico en lugar de esperar en la cuneta un momento de calma, pero quizás ellos habían pensado que de actuar así, los otros nos cazarían como a perros vagabundos y que era mejor intentar escabullirnos de la trampa lo antes posible, lo cierto es que torcimos en dirección a Quilengues, a ambos lados se levantaban paredes de tierra, por lo visto íbamos por el fondo de un corredor o barranco, de pronto se oyó un ruido de pasos rápidos, eran dos chicos corriendo con sus fusiles, detenlos, dijo Bota, y Nelson gritó, alto, aquellos se detuvieron, eran poco más que niños, harapientos, medio muertos de miedo, eché un vistazo a sus fusiles, unos máusers viejos, de dónde sois, pregunta Bota, del destacamento del comandante António, conque es eso, dice Bota, huís, no es cierto, y ellos se muestran sumisos, asustados, como si el profesor los pillara copiando en un examen, volved inmediatamente al campo de batalla, les ordena Bota, yo iré allí enseguida y veré si estáis luchando, me he quedado con vuestras caras. Los rostros de estos chicos, grises de terror, se van desvaneciendo en la oscuridad hasta que por fin desaparecen, y nosotros proseguimos viaje, ahora viene lo peor, dice Bota, porque estamos llegando a Quilengues, y allí seguramente hay mercenarios.

Empieza a clarear y el tiroteo poco a poco se va extinguendo hasta que acabamos por dejarlo atrás. El cielo cobra el aspecto de un prado,

luego se asemeja al mar y, finalmente, aparece como una llanura cubierta de nieve. Para el coche, dice Bota, y Nelson detiene el Peugeot en una curva resguardada. Seguimos a pie, a ver qué pasa en Quilengues. Es un amanecer fresco y gris, con rocío y sin sol. Caminamos agachados porque nadie sabe quién se oculta en esas casas, quién se agazapa a la vuelta de aquella esquina y de la siguiente.

Anduvimos mucho rato antes de convencernos de que la localidad estaba desierta, sin rastro de vida. Ignoro qué había ocurrido allí antes de nuestra llegada. Pero lo cierto es que no solo no había personas. No había seres vivos de ninguna clase. Ni un solo perro o gato. Ni una cabra o gallina. Ni siquiera pájaros en los árboles. A lo mejor, ni un ratón siquiera.

Volvíamos tranquilizados al coche cuando Nelson de repente se detuvo, alzó los hombros y dijo: Un día más con vida, pues a partir de allí el camino estaba libre hasta la misma Benguela, y empezó a hacer ejercicios de gimnasia, y tras él, todos nosotros, Bota con un equilibrio muy precario y un continuo vaivén de su cuerpo, inclinándose ya a un lado ya al otro, nosotros, en cambio, con brío y energía, colóquense las manos sobre las caderas, póngase de puntillas y haga una flexión, uno, dos, uno, dos, espalda recta, cabeza erguida, más ahínco en esa flexión, aún más, y ahora brazos al frente y hacia atrás, más hacia atrás, mucho más, inspirar y expirar, inspirar y expirar, los brazos en posición horizontal, nada de bajarlos, a tres tiempos, y un, dos, tres, y ahora el salto de la rana, y ahora el vuelo de la mariposa, y ahora... ha salido el sol.

Cablegramas

Regresé a Luanda en la madrugada del sábado; aún no había amanecido. El trayecto desde Benguela lo habíamos hecho en plena noche, en un coche cisterna enviado a la capital en busca de gasolina, dado que el frente sur estaba inmovilizado por falta de carburante. Por el camino habíamos pasado junto a unos puestos de control sumidos en un sueño aletargado y compuestos por unos muchachos envueltos en lonas, albardas, capotes y sacos porque caía una desagradable llovizna. Como siempre, se perdían en largas discusiones acerca de nosotros, que si nos dejaban pasar o no, querían que les diésemos algo que llevarse a la boca y tabaco para fumar, pero como nosotros ya no teníamos nada, acababan por resignarse y se volvían a dormir. En plena noche era posible entrar en Luanda y ocuparla sin un solo disparo. En sus suburbios africanos las mujeres encendían fuegos delante de sus casas y se disponían a machacar mandioca. La tarea de golpear la mandioca hasta convertirla en una masa dura, crujiente y blanca ocupa a la mujer africana la mitad de su vida. La otra mitad está destinada a embarazos y partos. En algunos lugares, junto a los pozos, ya se habían constituido colas de gente que iba a buscar agua. En otros, de la que iba a buscar pan. Las personas que las formaban dormitaban apoyadas contra los muros o dormían tumbadas en el suelo, cubiertas con sábanas. En las paredes se veía un cartel que rezaba LA PATRIA TE NECESITA, acompañado por un inmenso dedo negro dirigido hacia los ojos del transeúnte, inyectados en sangre a esa hora por falta de sueño. En el centro, europeo, no se veía ni rastro de vida. Sus calles y casas aparecían cubiertas de polvo y telarañas.

Una vez en el hotel, volví a mi habitación, la cuarenta y siete, expulsé de la cama sin contemplaciones un enjambre de cucarachas y me eché a dormir. No suelo soñar, nunca, pero en aquella ocasión me hallé de pronto en un bosquecillo de las afueras de Varsovia y de detrás de los arbustos empezaron a salir unos facinerosos con cuchillos que se me acercaban a un paso tan sigiloso como si jugasen al juego de las pistas.

Abrí los ojos y encima de la cabeza vi a *dona* Cartagena, al demacrado y exhausto Óscar (el nuevo dueño del hotel) y al portero Fernando, con un medallón de plástico colgando del cuello, con el semblante de Agostinho Neto. Contentos de que hubiese vuelto, me acribillaban a preguntas de un absurdo tan evidente que llegaba a pasmoso: me preguntaban si seguía vivo; y lo hacían con tanta insistencia e incredulidad que yo mismo acabé por perder la noción de la realidad y ya no sabía si estaba despierto o si se trataba de la continuación del sueño, en el cual hubiesen irrumpido de pronto *dona* Cartagena, Óscar y Fernando sembrando el terror con sus navajas en el bosquecillo de las afueras de Varsovia. No sé qué ocurrió después (seguramente me volví a dormir), pero cuando me levanté de la cama de un salto la habitación estaba vacía. Salí al pasillo: el mismo panorama de desolación. Todas las habitaciones estaban abiertas y vacías. Con los ventiladores parados, la humedad estancada impregnaba el aire; empecé a abrir los grifos. Estos, después de emitir unos ronquidos violentos, acabaron por sumirse en el silencio: no había agua. Corrí escaleras abajo, a la recepción, donde, apoyado con los codos sobre un montón de papeles inútiles y varias pilas de dinero sin valor alguno, dormitaba Félix; su palidecido e inexpresivo rostro descansaba inmóvil sobre una mano. Félix, lo sacudí suavemente, dame de beber. Abrió los ojos para mirarme. Hace tres días que no hay agua, dijo. Se agotan los últimos pozos. Si sigue faltando el agua, la ciudad tendrá que rendirse. Lo dejé y me dirigí a la cocina, pero en cuanto entré en ella mis fosas nasales fueron golpeadas por una fetidez tan espantosa que los pies se me clavaron en el suelo y no pude dar un paso. Aquella peste se originaba en el montón de platos y cacharros sin lavar, aunque sobre todo salía de un cerdo hediondo que un cocinero negro estaba descuartizando con una tajadera. Camarada, le dije, no sin antes apoyarme en una mesa para no caerme, dame un poco de agua. El hombre apartó la tajadera y me dio una taza de agua que extrajo de un barril de hojalata. Sentí en mi interior una

laxitud llena de frescor que me devolvía a la vida. Un poco más, dije. Que el camarada beba cuanto necesite, dio su visto bueno, para sentirse bien.

Me encerré en la habitación y empecé a hacer llamadas. Los teléfonos funcionaban. La noción de totalidad existe en la teoría pero en la vida, jamás. Incluso en la muralla más compacta se abre alguna grieta (o al menos tenemos esa esperanza, cosa que ya significa mucho). Aun cuando nos da la impresión de que ya no funciona nada, algo sí lo hace y nos proporciona un mínimo de existencia. Aunque nos rodee un océano de mal, siempre emergerán de él islotes verdes y fértiles. Se ven, ahí están, en el horizonte. Incluso la peor de las situaciones, si en tal nos hallamos, se descompone en elementos simples entre los cuales habrá algunos a los que asirse, como las ramas de un arbusto que creciese en la costa, para oponer resistencia a los remolinos que nos tiran hacia el fondo. Esa grieta, ese islote y esa rama nos mantienen en la superficie de la existencia.

Y ahora, en aquella cerrada ciudad nuestra en la que ya habían dejado de funcionar mil cosas y parecía que todo estaba destruido, funcionaba, sin embargo, el teléfono. Del sur, de la frontera con Namibia, traía yo la noticia de que aquel mismo día, o el siguiente a más tardar, podrían entrar en Angola columnas de carros blindados. El hijo de la panadera había dicho que las tropas sudafricanas ya estaban estacionadas en Tsumeb, listas para entrar en guerra. Necesitaban tres horas para alcanzar la frontera, tres días para llegar hasta Benguela y tal vez una semana más para plantarse a las puertas de Luanda. En Luanda no lo sabía nadie porque, con las comunicaciones cortadas, la capital estaba aislada del resto del país. Yo quería transmitir lo que habían dicho el hijo de la panadera y Farrusco. Que la intervención extranjera estaba a punto de iniciarse y que el frente sur no se iba a mantener. Empecé a marcar números y más números pero ninguno respondía. Los alargados tonos se repetían una y otra vez pero nadie cogía el auricular. Consulté el

calendario, puesto que ya no tenía noción del tiempo, o mejor dicho, para mí el tiempo había perdido toda medida y divisibilidad, disipándose y desvaneciéndose como el fibroso vaho de los trópicos. El tiempo concreto había perdido todo su significado, hacía mucho que para mí no tenía ninguna importancia si era el día diez o el veinte, miércoles o viernes, las ocho de la mañana o las dos de la tarde. Mi vida transcurría de acontecimiento en acontecimiento, dirigiéndose de una manera difusa hacia un destino no menos difuso. Solo sabía que deseaba permanecer allí hasta el final, independientemente de cuándo este fuera a producirse y de cómo sería. Todo estaba envuelto en un misterio inescrutable que me atraía y me fascinaba.

Gracias al calendario pude calcular que era el 18 de octubre de 1975. Y, como ya he mencionado, un sábado. Esto explicaba el silencio de los teléfonos. Y es que los sábados y los domingos la vida se paralizaba. Estos dos días se regían por sus propias e inquebrantables leyes. Callaban los cañones y la guerra quedaba suspendida. Las personas apartaban las armas y se sumían en el sueño. Los guardias dejaban sus puestos y los vigías guardaban sus prismáticos. Las carreteras y las calles quedaban desiertas. Se cerraban oficinas y sedes de comandancia. Se despoblaban los mercados. Se apagaban las emisoras de radio. Se detenía el transporte. De una manera tan incomprensible como total, este inmenso país, junto con su guerra y devastación, con su violencia y miseria, se detenía por completo, como por arte de magia o de brujería. La explosión más atronadora, al igual que un fenómeno celeste o un grito humano, nada era capaz de sacarlo de ese letargo de sábado y domingo. Lo que más me intrigaba —y nunca logré averiguar— era dónde se metía la gente. Los amigos más allegados desaparecían como si se los hubiera tragado la tierra. No estaban en sus casas ni en la calle. Era evidente que tampoco podían marcharse fuera de la ciudad. Y lugares como clubs, restaurantes y cafés no existían. Sigo sin saberlo. No consigo explicármelo.

La distensión de esos dos días era acatada por todos los bandos en conflicto; los enemigos más furibundos respetaban el derecho de sus adversarios a esos dos días de descanso. En cuanto a este punto, no había diferencias: la pereza de fin de semana abrazaba y unía a todo el mundo. Aquella gente estaba hecha de tal manera que sus energías vitales actuaban de lunes a viernes, tras lo cual, a medianoche, se sumergía en un estado de nirvana, de invencible sopor, petrificándose en la misma posición en que la había sorprendido la hora cero. Empezaba a reinar un silencio apático, que actuaba sobre todas las cosas como un somnífero. Incluso parecía que la propia naturaleza se dormía. El viento dejaba de soplar, las palmeras se volvían rígidas y a los animales también se los tragaba la tierra.

A última hora de la tarde apareció Óscar, que me traía un número de teléfono apuntado en una hoja de papel, y me dijo que llamara allí. ¿De quién es este número?, pregunté. Él no lo sabía. Alguien había llamado al hotel, diciendo que me dieran aquel número cuando volviese a Luanda. Óscar se marchó y me quedé solo en la habitación. Descolgué el auricular y marqué el número apuntado en la hoja. Al otro lado de la línea se oyó una voz masculina, de bajo. Dije que en el hotel me habían dado aquel número pidiendo que llamase. ¿Me llamo así y asá?, interpeló la voz de bajo. Así es, confirmé. Esta parte de la conversación se llevó a cabo en portugués, pero a partir de entonces el hombre del otro extremo del hilo pasó al español y yo, juzgando por su acento y manera de hablar, me di cuenta de que era cubano. Todo aquel que sabe español y ha pasado una temporada más o menos larga en América Latina reconocerá enseguida la pronunciación cubana por su característico tono cantarín y su descuidado amasijo de palabras cuyas terminaciones suelen obviarse. Le pregunté quién era y qué hacía allí, pensando que se trataba de un reportero de

Prensa Latina o de alguien por el estilo. A lo que él respondió: no hagas tantas preguntas, hombre, que quien pregunta demasiado recibe demasiadas respuestas. Me callé al no saber a qué aludía. Nos veremos en tu habitación, dijo, estaremos allí dentro de una hora. Y colgó.

Aparecieron dos hombres de paisano; uno era negro, fornido, macizo incluso, y el otro, blanco, corpulento y bajo. Se sentaron y el negro sacó una cajetilla de cigarrillos cubanos, Populares, de los que me gustan. Me preguntaron si había estado en Cuba. Sí, una vez. ¿Y dónde? En todas partes, en Oriente, en Camagüey, en Matanzas... El negro era de Matanzas. Qué lindo, ¿verdad?, y sonrió. Sí que es hermoso, repuse, cuando estuve de viaje por allí, me llevaron a una montaña con una vista increíble. Y, ahora, ¿has estado en el sur?, preguntó el blanco. Cierto, de allí vengo. ¿Y cómo están las cosas en el sur? ¿Que cómo están? Primero díganme quiénes son. Somos del ejército, contestó el blanco, del grupo de instructores.

Para mí era una novedad porque ignoraba que en Angola hubiera instructores cubanos. O, para ser más exacto, en Benguela había visto a varios hombres con uniformes cubanos, pero como los angoleños llevaban todos los uniformes posibles, ya recibidos del extranjero, ya conseguidos en el frente, me había imaginado que eran soldados del MPLA. Y entonces aproveché para preguntar: Los que vi en Benguela ¿eran de los vuestros? Sí, afirmó el negro, de los nuestros; se ha desplazado a la zona una veintena de hombres. Le dije que lo más probable era que se hubieran desplazado demasiado tarde porque según mis cálculos, el ejército sudafricano seguramente ya se había adentrado en Angola. De todos modos, ¿qué puede enmendar una veintena de hombres? Sobre aquel territorio marcha un poderoso ejército regular. Con carros blindados y piezas de artillería a discreción. Siendo afrikaners, además, saben luchar. Y el MPLA no tiene armas. Y añadí que el destacamento de Farrusco solo tenía dos morteros y algunos fusiles

viejos. Los de Lubango tampoco tienen armas pesadas. El único carro de combate que había en Benguela fue destruido por mercenarios. ¿Quién puede oponer resistencia a tamañas columnas blindadas que entrarán, o tal vez ya han entrado, desde Namibia? Aparte de esto, sobre el destino de esta guerra se cierne el pasado. En este país, el hombre negro ha perdido todas las batallas frente al blanco. No se puede cambiar su manera de pensar de un día para otro. Incluso si el soldado del MPLA derrota al del FNLA y de UNITA, no dejará de sentir miedo ante un ejército de blancos que viene desde el sur.

Convinieron conmigo en que la situación se presentaba difícil. Se hizo silencio. El aire de la habitación, asfixiante, se había teñido de negro por el humo. Permanecíamos allí sentados, bañados en sudor y atormentados por la sed. Yo luchaba contra mi imaginación porque a cada momento me entraba por los ojos la imagen de una botella de cerveza fresca o de un zumo con hielo u otros desvaríos por el estilo. Les pregunté si no se esperaba más ayuda. No lo sabían. A lo mejor sí, pero cómo y cuándo era una incógnita. Ellos acababan de llegar, con la misión de instruir al ejército local, solo que ese ejército, en el sentido del término comúnmente aceptado, no existía. Hay destacamentos sueltos, dispersos por el país. Pero ¿tendremos tiempo suficiente para convertirlos en un ejército? Los otros, el enemigo, están estacionados a veinte kilómetros de Luanda. Mobutu envía y vuelve a enviar nuevos batallones. Pueden entrar aquí mañana mismo.

Los acompañé abajo. Me dijeron que la próxima vez nos encontraríamos en su alojamiento, porque les resultaba incómodo acudir al hotel, donde podían pulular personas de toda calaña. Enviarían un coche a buscarme cuando llegase la hora. Les pregunté cómo debía llamarlos. Mauricio al negro y Pablo al blanco. Pero si les llamara por teléfono, más valía no pronunciar nombre alguno, bastaba con decir en español que un amigo proponía un encuentro. Ya se encargarían ellos de

organizar el resto. En un oscuro callejón lateral estaba aparcado un *jeep* con cristales tintados, nuevo, sin matrícula ni ningún otro distintivo. La mano de alguien que se sentaba en su interior abrió la portezuela. Los dos hombres subieron y el *jeep* arrancó sin perder un minuto.

Mientras tanto, allí, en la sede del otro estado mayor, sita primero en Pretoria, luego en Windhoek y finalmente en Tsumeb, en la comandancia del frente (para los últimos detalles ya), todo está siendo analizado y planeado concienzudamente. Las paredes aparecen cubiertas de mapas, un África en miniatura y sin embargo inmensa; desde el techo hasta el suelo, desde la puerta de entrada y a lo largo de todo el despacho del comandante se extienden territorios despoblados, marcados con color de arena. A las alargadas mesas se sientan miembros del estado mayor, altos rangos, profesionales instruidos y adiestrados.

Nombre de la operación: Orange.

Objetivo de la misma: ocupar Luanda antes del 10 de noviembre de 1975 (ese día, a las 18.00 horas, en virtud del acuerdo alcanzado en Alvor, las últimas unidades portuguesas abandonarán Angola). Proclamar al día siguiente la independencia de Angola cuyo gobierno estará formado por la coalición FNLA-UNITA.

Actuación conjunta: un ataque desde el sur por la carretera de Tsumeb, Pereira de Eça, Lubango, Benguela, Novo Redondo, Luanda. Al mismo tiempo, otro ataque desde el norte, por la carretera de Maquela do Zombo, Carmona, Caxito, Luanda. Y otro, paralelo, desde el este, por la carretera de Nova Lisboa, Quibala, Dondo, Luanda.

Fuerzas: al sur, unidades motorizadas del ejército de la República de Sudáfrica (apoyo: destacamentos de voluntarios portugueses, del FNLA-UNITA, el escuadrón de Chipenda). Al norte: destacamentos del FNLA (apoyo: unidades del ejército de la República del Zaire, voluntarios portugueses). Al este: lo mismo que al sur.

Día cero:

(Aquí empieza una larga discusión en una lengua anglo-afrikaans-portuguesa. Hay dos opiniones en pugna. Parte de los reunidos considera que las acciones deben emprenderse con cierta antelación pues es posible que el adversario oponga resistencia, vencerla llevará tiempo y se retrasará la ocupación de Luanda. Además, a medida que siga el avance por el interior de Angola, se irán alargando las líneas de aprovisionamiento de las tropas con municiones, combustible y víveres, por lo cual hay que prever un tiempo extra. Proponen como el día cero el lunes 20 de octubre. Otros opinan que la operación no durará más de dos semanas. Por el norte, ya estamos estacionados en las afueras de Luanda. Todas las informaciones indican que en el sur el adversario no será capaz de oponer resistencia. Avanzaremos con los carros de combate rápidos de tipo Panhard. Basta con calcular el tiempo que estos carros necesitan para recorrer el trayecto entre Tsumeb y Luanda, añadiendo el que se tiene que destinar a las comidas y el sueño de las unidades. Afirman que es suficiente con fijar la hora cero para el día 27 de octubre. Finalmente se impone la primera opción, más sensata. Aun si todo esto dura tres semanas, de todos modos será una *blitzkrieg* que dejará al mundo boquiabierto).

Día cero: 19 de octubre, domingo.

Los domingos, como ya he dicho antes, el país aparece sumido en un estado de letargo, no da señales de vida. Aquel domingo, sin embargo, el comandante Farrusco, llevado por un presentimiento incomprensible, busca desde la mañana a su chófer António; al final António comparece ante él por iniciativa propia, con ojos de sueño y vencido por el cansancio, pero Farrusco le ordena sentarse al volante y con el mismo *jeep* Toyota rojo con el que yo he regresado de Pereira de Eça, recorren ahora la carretera a través de la selvática maleza. Al cabo de un tiempo,

entre las llamas del sol divisan algo que puede parecer un espectro pero que no tarda en materializarse para cobrar forma de una alargada columna de blindados, por encima de la cual planea, casi inmóvil, la silueta esférica de un helicóptero. Un momento más y un tableteo frenético de ametralladoras rasga el aire. Farrusco resulta gravemente herido: una bala le perfora el pulmón. António es herido en una pierna pero no pierde el conocimiento. Da marcha atrás y enfila el camino de vuelta, con su comandante moribundo.

La columna avanza en dirección a Pereira de Eça. Los soldados se ocultan en el interior de sus vehículos, pero, además de respirar un aire viciado, deben de pasar mucho calor pues a cada momento —y contradiciendo las órdenes—, ya en uno, ya en otro carro, se abre la tapa de la escotilla y aparece un rostro joven, tostado por el sol.

¿Y en Luanda? ¿Qué se puede hacer un domingo en nuestra ciudad abandonada, la cual —como ya se sabe— ya ha sido condenada?

Se puede dormir hasta mediodía.

Se puede manipular el grifo a fin de comprobar —¿tendremos esa suerte?— si hay agua.

Se puede uno quedar parado por unos instantes ante el espejo y decirse: Cuántas canas pueblan ya mi barba.

Se puede uno quedar sentado ante un plato en el cual destacan un pedazo de pescado infecto y una cucharada de arroz frío.

Se puede, sudando la gota gorda de debilidad y esfuerzo, caminar calle arriba por la Rua Luís de Camões en dirección al aeropuerto o caminar calle abajo, hacia la bahía.

Pero eso no es todo, ¡ni mucho menos! También se puede ¡ir al cine! Sí, tal cual, porque aún tenemos cine, cierto que solo uno, pero en cambio con pantalla panorámica y al aire libre y, por añadidura, gratuito. Ese

cine se halla en el norte de la ciudad, cerca del frente. Su dueño ha huido a Lisboa pero el operador se ha quedado, al igual que ha quedado la cinta de la famosa película erótica *Emmanuelle*. El operador no para de proyectarla, una y otra vez, sin descanso, gratis, entrada libre, todo el mundo puede verla, acuden en masa niños y soldados que han hecho una breve escapada del frente; el cine siempre está lleno a rebosar y el bullicio se convierte en un estruendo de voces indescriptible. Con el fin de aumentar el efecto, el operador detiene la imagen en los momentos más picantes. La muchacha desnuda: *stop*. Él la posee en el avión: *stop*. Ella la posee junto al río: *stop*. La posee el viejo: *stop*. La posee el boxeador: *stop*. Cuando la posee en una postura rebuscada, el aforo estalla en risas y aplausos. Cuando la posee en una postura exageradamente refinada, el público se sume en un reflexivo silencio. Hay tanto bullicio rebosante de alegría que a duras penas se oyen los pesados y retumbantes ecos del fuego de artillería procedentes del frente cercano. Y, por supuesto, resulta del todo imposible oír —y esto ya no a causa de *Emmanuelle*, sino de la distancia, muy grande— el rumor de los motores de la columna blindada que avanza por la carretera.

Empezad, labios nuestros, a loar a la Santa Virgen, empezad a contar... Mala señal: *dona* Cartagena entona las Horas. Desde la mañana, la ciudad entera tiembla y se bambolea y tintinea en los cristales porque la artillería ha abierto fuego a discreción, ¡bum!, ¡bum!, ¡cataplán!, ¡cataplum!, ya te tengo, ya te tengo, el horizonte se ha llenado del fragor de la guerra. Holden Roberto ha anunciado que hoy entrará en Luanda. Pide a la población que conserve la calma. Ayer un avión suyo lanzó octavillas y fotografías del líder con la leyenda

DIOS GOBIERNA EN EL CIELO HOLDEN GOBIERNA EN

LA TIERRA

Deben de atacar con fuerzas muy poderosas porque la furia de los tiroteos no amaina desde el alba, y ya se acerca el mediodía. La ciudad es presa del pánico, todo el mundo corre de un lado para otro profiriendo gritos. La línea del frente está a quince minutos en coche. Quizás entrarán. *Dona* Cartagena quiere esconderme en su piso. Vive muy cerca, la tercera bocacalle y luego a la derecha. Debo salir ahora mismo, me enseñará el camino, no vaya a ser que me pierda. Seré un hijo suyo que se ocupa de su vieja madre enferma. ¿Y por qué hablas en un portugués tan raro?, preguntarán. Porque nací en Timor, pero me escapé de casa y he pasado toda la vida en Birmania. He navegado como marinero en la flota birmana y hablo mejor aquella lengua.

¡Documentación!

La documentación se ha quedado en el barco y ya veis vosotros mismos que han zarpado todos.

Dona Cartagena me ordena quemar todos mis documentos y hacer la maleta, pero le digo que no, que aún hay tiempo, que tal vez no entren hoy.

Llamo a los cubanos. Su teléfono no responde.

Bajo al vestíbulo, en la escalera me topo con Óscar corriendo, le pregunto qué ocurre. No sabe qué ocurre, solo corre. Por la calle pasa un camión con militares, luego otro. Trotan unas mujeres con hatillos. Finalmente aparece una patrulla buscando enemigos. Qué enemigos, dice Félix, blanco como la pared. Se me eriza la piel porque precisamente ahora estoy sentado junto al télex intentando comunicarme con Varsovia, y ellos pensarán que intento comunicarme con Holden Roberto. Solo me ha dado tiempo de conseguir hablar con la centralita local y de emitir:

3322 TIVOLI AN
OB INT LUANDA AN
ESTIMADO COLEGA, PODE LIGAR-ME PARA A
POLONIA?
NUMERO 814251 OK?

Pero la comunicación se ha cortado y yo suspiro con alivio, pues se me ha acercado uno de los hombres de la patrulla, queriendo ver qué escribo, pero como yo ya he dejado de escribir, me dice: Tenemos que estar alerta, muy alerta, camarada, porque el enemigo está a las puertas de Luanda. Sí, camarada, digo, y también Félix dice que sí, claro, por supuesto, y lo secunda Óscar, detenido en seco en su carrera, para que bajen los cañones de sus fusiles lo antes posible o, la mejor de las opciones, para que se vayan.

Finalmente se han marchado, y yo me he dirigido, a través de las calles desiertas, al *Diário de Luanda*, a ver a Queiroz, que siempre está bien informado. Tres hombres redactaban aquel periódico. De sus dieciséis páginas, Queiroz escribía ocho diariamente. Opinaba que eran demasiado pocos: para hacer un periódico se necesitaban cinco personas. Me ha enseñado los titulares que había enviado a la imprenta: ¡Todos al frente! ¡Ha llegado la hora de la verdad! ¡No cederemos ni un palmo de terreno! Me ha dicho que la situación era grave, que el FNLA atacaba con todas sus fuerzas, apoyadas por cinco batallones del Zaire y por mercenarios, y que el MPLA intentaba concentrar en la periferia de Luanda sus unidades de provincias, pero que no había transporte y se acababan las municiones.

Regresé al hotel para esperar a Varsovia. El vestíbulo estaba lleno de personas que tenían miedo de pasar aquella noche en sus casas y que preferían quedarse allí a la espera de los acontecimientos. El cañoneo se oía cada vez más cerca y en la calle volvieron a aparecer más camiones,

con los faros apagados.

De pronto se encendió la luz del télex, que empezó:

3322 TIVOLI AN

814251 PAP PL

BUENAS NOCHES, DIFICIL CONTACTAR CON USTED,
INTENTAMOS VARIAS VECES PERO SIN RESULTADO,
IGNORO POR QUE EL APARATO DABA SENAL DE
OCUPADO, ADELANTE

SI BI BI, AQUI HAY GUERRA Y MUCHO DESORDEN,
AYER UN PROYECTIL DIO EN EL CABLE Y CORTO LA
LINEA, PERO HOY ESTA BIEN

BI BI, ESTA ALLI EL JEFE DEL TURNO?

SI MOM MOM

MORAWSKI AL APARATO

HOLA, ZDZISLAW, TOMA NOTA, HA EMPEZADO EL
ATAQUE A LUANDA, QUIZA LA COMUNICACION SE
CORTE ENSEGUIDA, EL BOMBARDEO DE LA ARTILLERIA
ES MUY INTENSO, EMITO LO QUE TENGO PERO ES
POSIBLE QUE ESTO SE INTERRUMPA EN CUALQUIER
MOMENTO, AHORA LA CRONICA, OK???

DE ACUERDO, ADELANTE, PERO NO PODEMOS HACER
NADA POR TU SEGURIDAD? QUIZA SACARTE DE AHI EN
ALGUN AVION?

NO, YA ES TARDE. QUIZA MANANA TODO SE ACLARE,

AHORA NO SE SABE NADA DE LO QUE PUEDA PASAR, ESTAMOS MUY DEBILITADOS Y TODO VA MUY MAL PERO PRIMERO TE ENVIO LA CRONICA Y LUEGO CHARLAMOS, QUE ME DA MORRINA, OK?

OK, OK, ADELANTE

MOM MOM

(Tecleé *mom mom* —que significa un momento— porque justo en aquel instante se oyó por la radio la voz del comandante Xiyetu, el comandante en jefe del estado mayor del ejército del MPLA, que llamaba a una movilización general. Escuché su discurso hasta el final y tecleé sin perder un segundo):

NOTICIA DE ULTIMA HORA LUANDA PAP 23.10. DADA LA GRAVEDAD DE LA SITUACION QUE SE HA CREADO EN ANGOLA, EL ESTADO MAYOR DEL EJERCITO POPULAR DEL MPLA ANUNCIO EL JUEVES POR LA NOCHE, O SEA HACE UN MOMENTO, UNA MOVILIZACION GENERAL DE TODOS LOS HOMBRES ENTRE 18 Y 45 ANOS. SEGUN EL COMUNICADO DEL ESTADO MAYOR, ANGOLA SE HA CONVERTIDO AHORA EN EL BLANCO DE UN ATAQUE A GRAN ESCALA. A LO LARGO DEL DIA DE HOY EL ENEMIGO HA OCUPADO VARIAS CIUDADES IMPORTANTES Y SIGUE EN SU OFENSIVA. LOS COMBATES SE LIBRAN YA EN LAS AFUERAS DE LUANDA. LA SITUACION ES MUY GRAVE Y EL COMUNICADO DEL ESTADO MAYOR LLAMA A TODOS LOS PATRIOTAS A QUE COJAN SUS ARMAS Y SE DIRIJAN AL FRENTE PARA

DEFENDER LA PATRIA. END ITEM

MOM MOM

RYSIEK, LA TELEVISION PIDE TE TRANSMITAMOS LA SIGUIENTE NOTA: PARA EL 8 DE NOVIEMBRE PREPARAMOS UN PROGRAMA SOBRE LA SITUACION INTERNA EN ANGOLA AL CUAL QUISIERAMOS INVITARTE. LO MEJOR SERIA UN REPORTAJE FILMADO, PERO TAMBIEN VALEN FOTOGRAFIAS, NOTICIAS GRABADAS

EN CINTAS MAGNETOFONICAS Y, FINALMENTE, UNA CORRESPONDENCIA VERBAL, QUE SERIA LEIDA POR UN ACTOR CONTRATADO ESPECIFICAMENTE PARA ESTE FIN. SALUDOS CORDIALES

ESCUCHA, RYSIO, TE HE PASADO ESTA NOTA CONSCIENTE DE LO ABSURDO QUE RESULTA TODO EN ESTOS MOMENTOS

NO IMPORTA, ESCUCHA, DILE A CZARNECKI ESTO: MICHAL, AQUI LAS COSAS EMPEORAN POR MOMENTOS, EL ATAQUE A LUANDA PUEDE PRODUCIRSE CUALQUIER DIA DE ESTOS Y CON EL, LA INTERRUPCION DE LAS COMUNICACIONES. POR ESO QUIERO QUEDAR CON VOSOTROS ASI: SI NO LOGRAIS COMUNICAROS CONMIGO A LA HORA CONVENIDA DE LA TARDE INTENTADLO A LA MANANA SIGUIENTE A LAS 7 GMT Y LUEGO A LAS 20 GMT Y VUELTA A EMPEZAR HASTA QUE LO LOGREIS, HASTA QUE QUIERA DIOS QUE NOS COMUNIQUEMOS, OK? IMPEDID QUE SE EMPRENDAN POSIBLES VIAJES A

LUANDA, A MENOS QUE ALGUIEN TENGA LA INTENCION DE SUICIDARSE, OK??? ABRAZOS, RYSIEK

DE ACUERDO, OK, GRACIAS Y CRUZAMOS LOS DEDOS POR TI

GRACIAS, VIEJO AMIGO, SALUDOS DESDE LUANDA Y ESPERO VUESTRA LLAMADA MANANA A LAS 20 GMT, OK?

TKS, BUENAS NOCHES

Me aparté del aparato empapado en sudor pero a la vez contento por haber emitido una noticia de última hora, acabada de recoger de un discurso radiado en directo. Conseguí hablar con Queiroz pasada la medianoche. El ataque había sido detenido, pero a costa de muchas víctimas.

En plena noche salgo al balcón y dirijo la antena de mi transistor hacia la bahía con el fin de buscar emisoras remotas. Pues sí, por allá lejos sigue existiendo una vida normal; basta con poner el oído junto al altavoz y escuchar. Mientras un hemisferio ronca y se revuelve en la cama cambiando de costado, el otro ya se levanta, pone la leche a hervir, se afeita y se maquilla. Y luego, al revés. La gente se despierta sin pensar que tal vez ese sea el último día de su vida. Una sensación maravillosa, pero que se ha vuelto tan ordinaria que nadie le presta atención. Segundo tras segundo, trabajan cientos, si no miles, de emisoras de radio, mares de palabras surcan el aire. Resulta interesante escuchar cómo el mundo se enzarza en discusiones y disputas, cómo usa la agitación y propaganda,

cómo amenaza, se inventa hechos y mente, cómo intenta convencer de que la razón solo asiste a uno (u otro) bando, que se niega a escuchar al bando contrario. La atención del mundo entero se centra ahora en Angola, aquí París, allí Londres y más allá El Cairo y Tokio: todos hablan de Angola. El mundo contempla el gran espectáculo de lucha y muerte, cosas que le resultan difíciles de imaginar porque la imagen de la guerra es intransferible. No se puede transmitir ni con la pluma ni con la voz ni con la cámara. La guerra es una realidad solo para aquellos que están apresados en su interior, sangriento, sucio y repugnante. Para otros no es sino una página en un libro o unas imágenes en una pantalla; nada más. Manipulo los mandos de un transistor cuya potencia disminuye por momentos porque se están agotando las pilas, y soy consciente de que no conseguiré otras; todo oídos, escucho qué dicen las remotas emisoras. Hablan muchas voces, desplegando mil ideas y propuestas. ¿Qué hacer con Angola? Convocar una conferencia internacional. Enviar tropas de Naciones Unidas: que entren en el país y separen a las facciones que miden sus armas. ¿Enviar tropas? ¿Quién pagará semejante empresa? Al fin y al cabo, estamos en plena inflación. Que solo vayan tropas negras y que lo paguen todo los árabes. Estos no saben qué hacer con la cantidad de dinero que tienen. Lo mejor: exhortar a los angoleños a que se pongan de acuerdo. Que firmen un tratado de paz, que repartan cargos y carteras entre unos y otros y que acaben fundiéndose en un abrazo. Amenazarlos con cortarles las subvenciones si no se abrazan. *Make love, not war*. Un ejército cubano de un millón de hombres está estacionado junto a las fronteras de Sudáfrica. Allí, en medio de una selva de matorral seco, entre tribus descalzas que huyen en desbandada, en aquellos lugares sin carreteras, sin luz, sin escuelas y sin ciudades, se decide el destino de la civilización contemporánea. Ayudar a Vorster, darle luz verde. Prestarle apoyo moral.

Grandes planes, una estrategia global.

Esas personas no saben que aquí todo se sustenta sobre dos hombres.

Uno de ellos es Ruiz, un portugués vivaracho y simpático, piloto de un bimotor DC-3, el único avión que el MPLA tiene en Luanda. Es un aparato fabricado en 1943, con dos motores que escupen nubes de hollín, con las alas mil veces remendadas, unas ruedas gastadas y el fuselaje lleno de agujeros. Solo Ruiz sabe cerrar la puerta de entrada (aunque no sin dificultad). Con este avión vuela noche y día; a decir verdad, está en el aire las veinticuatro horas. Ruiz vuela a Brazzaville a buscar municiones, luego a las ciudades sitiadas en los confines de Angola, para dejar allí cajas con balas y sacos con harina, y recoger —y llevar a Luanda— a los heridos graves. Si Ruiz no llega a tiempo, las ciudades tendrán que rendirse y los heridos morirán. En cierto sentido, el resultado de esta guerra descansa sobre sus hombros. Ruiz vuela a todos los rincones de Angola de memoria, pues los servicios de tierra no existen y ni siquiera sé si funciona la radio de su avión. A menudo, ni él mismo sabe en manos de quién se halla el aeródromo en el que está a punto de aterrizar. Ayer lo controlábamos nosotros, pero hoy tal vez ya esté bajo el control de los otros. Por eso, antes de tomar tierra, da varias vueltas por encima del aeropuerto. A veces reconoce a personas conocidas por sus meras siluetas y entonces reduce la altura y aterriza tranquilamente. Otras veces, sin embargo, ve cómo su avión es blanco de disparos y entonces da media vuelta y lleva a Luanda una mala noticia. En este país sin transportes y sin comunicaciones, Ruiz es quien mejor sabe lo que sucede en los frentes y qué ciudad pertenece a quién. Despega al alba, realiza varios vuelos al día, regresa pasada la medianoche. La llegada de su avión la esperan los hambrientos soldados de Luso, la agonizante guarnición de Novo Redondo, los aislados defensores de Quibala... Ahora la espera Luanda, que no resistirá sin el suministro de municiones. Para encontrarlo, lo más fácil es acudir al aeropuerto vacío, de madrugada, cuando revisa los motores. Una avería en uno de ellos podría

inmovilizar el avión y así cambiar el curso de la guerra. Y no hay piezas de recambio. Como tampoco hay mecánicos. Además, no se puede prescindir del aparato ni siquiera por un par de horas. Dentro de un instante Ruiz desaparecerá en el interior de la cabina. Las hélices empezarán a girar, el avión se verá envuelto en espesas e impenetrables nubes de humo negro y todo este montón de chatarra cochambrosa, acompañado por un chirriante estruendo, rodará hacia la pista de despegue.

El segundo hombre de quien ahora depende todo es Alberto Ribeiro, un treintañero de baja estatura y complexión maciza. Es ingeniero. El frente norte, próximo a Luanda, se extiende a lo largo del Bengo. En una margen de este río se levanta la estación de bombeo que abastece a Luanda de agua. Cuando la estación está fuera de servicio, la ciudad no recibe ni una gota. Como el enemigo lo sabe, no para de bombardear el neurálgico lugar. A veces hace blanco y la estación deja de funcionar. Luanda puede resistir sin agua cinco días, ni uno más. En el trópico, la gente no puede aguantar más tiempo sin agua, a lo que se añade el peligro inminente de las epidemias. El único hombre capaz de arreglar estas bombas no es otro que Alberto. Gracias a él, de vez en cuando la ciudad tiene agua, puede existir y defenderse. Si Alberto, al dirigirse a la estación de bombeo muriese en un accidente de coche o fuese alcanzado por un proyectil allí mismo, Luanda tendría que rendirse al cabo de pocos días.

Movilización general. Largas colas de jóvenes, por lo general parados. En lugar de apuntalar paredes, es mejor acudir a la llamada: en el ejército dan de comer. Se dedicarán a luchar y a matar. Por fin un trabajo, un motivo de orgullo incluso. Se les ve acompañados por madres y esposas, hay muchas mujeres con barrigas. La gente nacerá y se matará

hasta el fin del mundo. Los que ahora están a punto de ver la luz del día, dentro de veinticinco años entrarán en el año dos mil. Celebraciones solemnes para dar la bienvenida al nuevo milenio. Charlas de jóvenes con veteranos del siglo xx. Una entrevista a una anciana garbosa que fue testigo de la Primera Guerra Mundial. Dueña de una memoria prodigiosa y de una coquetería con desparpajo, la abuela recuerda cómo se lo montó con un soldado, durante el paso de la tropa, en un henil, sí señor, no puedo estar equivocada, ya lo creo que me acuerdo, y muy bien. La mitad de la población de la Tierra tendrá ojos rasgados. Una mitad no comprenderá lo que dice la otra mitad. Ha llegado la hora de perfeccionar el sistema de comunicarse por señas, es tiempo de empezar la enseñanza y el aprendizaje del idioma de la mímica. La raza blanca entrará en su fase residual. Apenas un trece por ciento de los habitantes del planeta tendrá la piel blanca. Un dos por ciento apenas tendrá el pelo rubio natural. Los rubios: un fenómeno cada vez más desconocido, una rareza donde las haya. ¿Qué es mejor: pensar o no pensar en el futuro? Conmociones que traerá el futuro: para las sociedades posindustriales, el lujo. Para otros, la preocupación del día a día: conseguir algo de comer. La lengua bantú no conoce el tiempo futuro, para los bantúes no existe tal noción, no les atormenta la inseguridad de lo que pueda pasar dentro de un mes o de un año (véase Monseñor Placide Tempels, *La Philosophie Bantou*). Formados en grupos, llevan a los reclutas directamente al frente. Tan verdes e inexpertos, ¿para qué? ¿Para que parezca que son multitud?, ¿para que introduzcan más desorden? Las seis de la tarde: se cierran los centros de reclutamiento. La gente se marcha, desapareciendo en los laberintos de los *musseques*, los barrios de la miseria. El día llega a su fin, un día gris, en realidad incluso tranquilo.

Mientras tanto el aire se ha vuelto asfixiante. De pronto callaron los

cañones en la periferia de Luanda y no llegaban noticias de los otros frentes. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido, que no sucediera nada. Las velas de nuestro barco se habían desinflado y nosotros navegábamos a la deriva. A la espera de una tormenta. Sentí que faltaba aire con que respirar. Pero no era un bochorno normal, ese que se puede calcular en milibares. Era uno muy especial, de esos que se perciben más bien psíquica que físicamente. Un aro invisible se cerraba aumentando la sensación de amenaza y de miedo. Pensé que tal vez se trataba de un estado de ánimo que solo era mío, que solo yo me sentía abatido. Empecé a observar a los demás. Todos mostraban el mismo semblante de personas que respiran con dificultad. Rostros apagados e inexpresivos, de rasgos desdibujados, sin fuerza y sin gracia. La sensación de asfixia era tan poderosa que bastaba entablar una conversación sobre un tema cualquiera para acabar oyendo al cabo de unos instantes que hacía un bochorno insufrible. Resultaba difícil hablar de otra cosa. De todos modos, se trataba de confidencias vagas y nebulosas, pues la sensación de ahogo es un estado difícil de definir. Por lo general suele decirse que algo impregna el aire, que algo tiene que ocurrir, que algo nos aguarda. Y puesto que estamos en plena guerra, nuestro interlocutor afirma que habrá un derramamiento de sangre. Es una lección aprendida de la Historia, y esta enseña que no puede producirse un hecho crucial sin que haya un derramamiento de sangre. Luego se hace silencio: todo el mundo se pregunta si será la suya la sangre que se derramará. La sensación de ahogo siempre va acompañada por otra, de inquietud e irritación. Al verse incapaz de explicarse una situación que sí desea comprender, la persona da crédito a los rumores más fantásticos. Pasa miedo, hace movimientos irracionales y fácilmente se convierte en una seguidora de instintos gregarios.

La sensación de ahogo sobreviene en el momento en que un hecho importante, un cambio decisivo, no logra salir a la superficie de la vida,

no acaba de cumplirse. Un hecho aún invisible y sin cristalizar que solo se producirá en el futuro ya empieza a crecer, se hincha y se desparrama invadiendo una realidad circundante que a pesar de todo se resiste a darse por vencida. El espacio se va reduciendo cada vez más, y con él, el aire fresco. Su falta hace que aumente nuestra sensación de impotencia. Miramos apáticos cómo se acumulan los nubarrones y esperamos el momento en que emitan esa voz que nos leerá la inexorable sentencia del destino.

BUENAS NOCHES —se había producido una conexión desde Varsovia— ESPERAMOS SU CRONICA

LO SIENTO, SIGO SIN DISPONER DE INFORMACIONES, REINA APARENTE CALMA, NO SUCEDE NADA, TIPICA CALMA ANTES DE LA TORMENTA, SABEMOS QUE LA INVASION ESTA AL CAER PERO NO HAY NOTICIAS DEL FRENTE, SE AVECINAN DIAS DIFICILES PERO ESTO NO ES UNA NOTICIA CONCRETA PARA UN PERIODICO. INTENTEN NUEVA CONEXION MANANA, QUIZA PASE ALGO

OK, HASTA MANANA

HASTA MANANA TKS

TKS BYE

BYE

A las dos de la madrugada alguien empezó a aporrear mi puerta,

sacándome de un profundo sueño; se me erizó la piel de miedo cuando pensé:

¡El FNLA!

Arrastrando unos pies de plomo, me dirigí hacia la puerta y la abrí. En la habitación entraron, dando tumbos, tres individuos increíblemente sucios. Se abalanzaron sobre mí con toda su efusión, yo sobre ellos, y empezamos a abrazarnos y a lanzar gritos de alegría. Eran Nelson, Manuel y Batista. Depositaron sus armas sobre el suelo y pidieron un par de minutos para lavarse. Luego Nelson se desplomó sobre la cama y se durmió inmediatamente, y los otros empezaron a abrir la única lata de conserva que yo guardaba para el momento crítico.

¿Qué hay de nuevo en el frente sur?, pregunté.

No existe el frente sur, dijo Manuel, los otros ya están a las puertas de Benguela. Una segunda columna marcha sobre Luanda.

¿Y no se les puede detener?

Muy difícil. Disponen de una fuerza de fuego aplastante. Tienen gran cantidad de armas pesadas, mucha artillería, saben combatir y son implacables. Nosotros no tenemos con qué luchar. Nuestros hombres no están preparados para hacer frente a un ejército regular. Cedemos terreno porque las fuerzas están muy desequilibradas.

¿Y qué hay de Farrusco?

No lo sabemos, estaba gravemente herido.

¿Habéis visto de cerca a los otros?

Sí. Tienen carros de combate de tipo Panhard, muy rápidos. Se desplazan deprisa y conocen el terreno a la perfección. Se dividen en grupos de cinco o seis carros y cambian sin cesar sus posiciones. Están en todas partes y en ninguna; resulta muy difícil atraparlos. Y nosotros no disponemos de fuerzas suficientes para organizar una defensa.

¿Cuándo alcanzarán Luanda?

Tal vez dentro de unos días.

La parte pesimista de mi naturaleza me susurró al oído que había llegado la hora de decir adiós a este mundo, que el final estaba muy cerca. Bastaba que los otros ocupasen la planta eléctrica de Cambamba, a doscientos kilómetros de Luanda. Esta planta abastecía de electricidad a la estación de bombeo, de ahí que de ella dependiese que la ciudad tuviera tanto luz como agua. Sin luz y sin agua, hambrienta y sitiada, la ciudad depondría las armas al cabo de pocos días.

Lunes, 3 de noviembre (día del juicio)

Por la mañana: nada.

Al mediodía: Pablo viene a buscarme al lugar de la cita con un *jeep*. En el vehículo hay dos cubanos más. Van vestidos con uniformes de campaña verdes, sin ningún distintivo. La única seña de identidad es el arma que llevan al hombro. Nadie pregunta a una persona con un arma al hombro quién es y qué hace aquí. De todos modos, basta con decir «cubano»; las patrullas no indagan más y se puede proseguir el viaje. Dejamos atrás el barrio industrial, diseminado por los campos. Luego empiezan los pastizales, unos rectángulos de hierba verde y jugosa perfectamente recortados. Y sobre ellos, rebaños de vacas sin dueño, toneladas de carne y de leche que no vigila nadie. La hambruna se ceba con la ciudad pero nadie osará tocar al ganado: propiedad portuguesa, las reses son intocables. Unos minutos de conducción más y ante la vista aparecen las suaves colinas, una tierra revuelta, las líneas de las trincheras, cañones, tiendas de campaña y cajas: es el frente norte, el lugar más sensible de esta guerra porque se encuentra en la periferia de Luanda. Panorama que se contempla desde la primera línea de las trincheras: un paisaje vasto y verde, un río en el fondo de un valle poco profundo, el asfalto de una carretera, un puente destrozado, un palmeral y

el agujereado edificio de la estación de bombeo. Y al otro lado, en el fondo: colinas bañadas por la luz del sol donde están las trincheras del enemigo. A través de las lentes de los potentes prismáticos, se ven motas de polvo sobre las rayas, horizontal y vertical, de la escala; a lo largo de la horizontal no paran de correr de un lado a otro siluetas de personas y de vehículos: preparativos para un ataque. En la parte donde nos encontramos nosotros también hay un movimiento febril: los hombres trajinan con sacos terreros, camuflan las posiciones, emplazan baterías. No quieren verse cogidos por sorpresa. Luego llegarán la noche y el alba, siempre a la espera de quién golpeará primero. Finalmente habrá quien lo haga y otro le responderá, de la tierra se levantarán nubes de polvo y empezará la danza del fuego y de la muerte. Pablo va de un lado para otro dando órdenes y comprobando el material, igual que el campesino en vísperas de la recolección. Yo sigo sus pasos y saco fotografías. Todo el mundo quiere que le saque una. A mí, y ahora a mí, camarada, a mí, ¡a miiiiiiiií! Adoptan la posición de firmes, algunos hacen el saludo militar. Su pretensión: dejar huella, de algún modo permanecer entre los vivos, inmortalizarse. Tan solo ayer yo estaba allí, vivo, aquel me sacó una foto, mira, yo tenía esta pinta. Esta era mi cara cuando estaba vivo. Aquí me tenéis, en posición de firmes ante vosotros, dedicad un ratito a mirarme antes de que os ocupéis de otra cosa.

Por la tarde: de vuelta a la ciudad. El coche se internó en una callejuela y se detuvo delante de un chalet de dos plantas que albergaba el puesto de comandancia de los consejeros cubanos. Apenas nos dio tiempo a bajarnos del vehículo cuando del chalet salió corriendo un soldado para entregarle a Pablo una hoja arrancada de un cuaderno, cubierta de escritura a lápiz.

Después de leerla, Pablo palideció.

Sin pronunciar palabra, subió al porche y se sentó sobre un banco. Sacó un pañuelo y empezó a enjugarse la frente. Todos esperábamos que

nos dijera algo. Él volvió a leer el papel pero siguió callado, hasta que, finalmente, abrió la boca para decir en voz baja, como si tuviese los labios entumecidos:

—Hoy, los otros han tomado Benguela. En la batalla por la ciudad han caído todos los cubanos. Envía este parte el radiotelegrafista, herido de gravedad.

Nos miró y añadió:

—Ahora marchan sobre Luanda. Cierto que entre Benguela y Luanda hay setecientos kilómetros, pero a lo largo de toda esta distancia ya no queda ninguna línea de defensa, ni un solo punto de resistencia. Si se trata de jóvenes tenaces que hayan decidido avanzar noche y día, pueden plantarse aquí mañana mismo.

En la casa vecina una mujer gritó: ¡Mauro!, ¡Mauro!, y al cabo de un instante se oyó en respuesta una voz de niño. A lo lejos sonó la campana de una espadaña.

—Tráeme al radiotelegrafista —se dirigió Pablo al soldado que le había entregado la hoja— y convoca a los hombres a una reunión.

Como lo que se iniciaba ahora eran asuntos militares, me retiré del lugar y me fui al hotel. Allí supliqué a un hombre que me llevase en su coche a la linde de la ciudad, a Morro da Luz, donde, en la antigua residencia del cónsul de Francia, se encontraba el estado mayor del MPLA. Pero sus miembros estaban en plenas deliberaciones y los centinelas no me dejaron entrar. Regresé en un camión que transportaba a soldados portugueses, un ejército sumido en una lasitud total. Con barbas largas, no llevaban gorras ni cinturones. Se dedicaban a vender conservas en el mercado negro y a estrellar coches. Tenían la orden de mantenerse neutrales: no disparar ni entrometerse. Lo empaquetaban todo y lo llevaban a los buques. Al cabo de una semana se marcharía el último destacamento.

Por la noche hablo con Queiroz. Opina que les resultará difícil tomar

Luanda, pues toda la población se lanzará a defenderla; tendrían que decidirse a entrar a sangre y fuego, causando una gran masacre, y es posible que el mundo no acepte tal cosa. Pero luego él mismo empieza a albergar sus dudas: en fin, ¿qué sé yo? El mundo está lejos de aquí.

Ruiz ha salido con su avión a Porto Amboim, con un grupo de zapadores y cajas de dinamita a bordo. Su cometido consiste en volar todos los puentes sobre el Cuvo, el río que se cruza en el trazado de la carretera entre Benguela y Luanda. Si les da tiempo.

A medianoche se conecta Varsovia.

A LO LARGO DE LAS ULTIMAS VEINTICUATRO HORAS —emito— LA SITUACION DE ANGOLA SE HA AGRAVADO HASTA COBRAR TINTES DRAMATICOS. TROPAS SUDAFRICANAS APOYADAS POR UNIDADES DE MERCENARIOS Y POR OTRAS DEL FNLA Y DE UNITA HAN TOMADO BENGUELA, LA SEGUNDA CIUDAD MAS IMPORTANTE DE ANGOLA DESPUES DE LUANDA. CON UNA FUERZA DE DOS COLUMNAS BLINDADAS DICHAS TROPAS SIGUEN SU AVANCE HACIA LA CAPITAL, DONDE YA SE HA EMPEZADO A ORGANIZAR LA DEFENSA DE LA CIUDAD. SEGUN INFORMACIONES DE ULTIMA HORA, AUN SIN CONFIRMAR, UNA DE ESTAS COLUMNAS HA OCUPADO NOVO REDONDO Y AHORA SE HALLA A QUINIENTOS KILOMETROS AL SUR DE LUANDA. SI NO SE LOGRA DETENER ESTAS TROPAS A LA ALTURA DEL RIO COVO, ES POSIBLE QUE LLEGUEN A LA PERIFERIA DE LUANDA EN UN PAR DE DIAS. SE PREVE QUE EN ESE MOMENTO PUEDA PRODUCIRSE UN ATAQUE PARALELO DESDE EL NORTE Y DESDE EL SUR, DE ACUERDO CON EL PLAN ORANGE, QUE PREVE LA OCUPACION DE LA

CAPITAL ANTES DEL 10 DE NOVIEMBRE, LO CUAL EQUIVALDRÍA A LA LIQUIDACIÓN POLÍTICA Y MILITAR INMINENTE DEL MPLA, AL MENOS POR UN TIEMPO. END ITEM

QUERIDOS, CONTACTAD CONMIGO DENTRO DE SIETE HORAS, PORQUE A PARTIR DE ESTE MOMENTO CADA HORA PUEDE SER DECISIVA, OK??

SI, CLARO, MUCHAS GRACIAS

TKS BYE BYE

BUENAS NOCHES

Martes, 4 de noviembre (nervios y más nervios)

Me he levantado a las tres de la madrugada con el fin de preparar con calma un comentario para la PAP. Sin embargo, apenas bajé a la recepción y encendí el télex cuando en el hotel irrumpieron cinco sujetos inmensos con ametralladoras, que me espetaron: ¡Quieto, ni un solo movimiento! Despertaron a Félix, que dormía sobre el sofá como un tronco, y le exigieron la lista de huéspedes. Anunciaron que efectuarían un registro y se llevarían a todos a la comisaría para interrogarlos. El enemigo estaba dentro de la ciudad, en este barrio, en este hotel. Infiltrado. La quinta columna. Mandaron bajar a todo el mundo, reuniendo en el vestíbulo a la veintena escasa de clientes, medio dormidos y atemorizados. Toda persuasión carecía de sentido. ¡Prohibido hablar!, gritaba el más importante, al tiempo que blandía su pistola cañón

arriba como lo hacen los árbitros deportivos en competiciones de atletismo. Más valdría que te desahogaras en el frente, amiguito, me habría gustado decirle. Seguimos esperando pero, como siempre, falló la organización: no compareció el vehículo con el que iban a llevarnos a la policía. Al despuntar el alba, apareció Almeida, el responsable de prensa del MPLA. Mandó soltarnos y los otros recibieron la orden de marcharse. Los demás fueron abandonando el vestíbulo abatidos y exhaustos. Cualquier individuo podía entrar en el hotel con una pistola, aterrorizar a los huéspedes, hacer lo que le viniese en gana.

En el frente norte reina la calma. Esperan que se acerquen los del sur. Entonces golpearán a un tiempo desde los dos lados. No más tarde de esta semana. A lo mejor mañana mismo.

Los comunicados que emite la radio llaman a la población a defender la capital. A esa hora decisiva. No puede fallar.

La dirección del MPLA lleva todo el día deliberando.

Por lo visto hay ayuda esperando en Brazzaville y en Cabinda pero no puede llegar a Luanda porque tanto el aeropuerto como el puerto están en manos del ejército portugués, en las que permanecerán hasta el lunes que viene (10 de noviembre). Hasta esa fecha, Angola es formalmente parte del territorio de Portugal, una de sus provincias de ultramar y, por lo mismo, parte de la zona OTAN. De modo que hay que aguantar hasta el lunes que viene. ¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si las unidades portuguesas lanzan un ataque sorpresa sobre los angoleños en la propia Luanda? (Se teme que algunos destacamentos, bajo el mando de oficiales derechistas, rompan la regla de neutralidad y empiecen a actuar por su cuenta). Se extiende el rumor de que ya han detenido al presidente Neto. Cunde el pánico. No hay manera de conocer la situación. No llega una sola noticia desde el frente sur. ¿Dónde están los otros? ¿Se han detenido? ¿Siguen avanzando? ¿Están aún lejos? ¿En la periferia ya? La gente ha perdido la cabeza. Entro en mi habitación como un vendaval y

constato que, por iniciativa propia, *dona* Cartagena ha hecho mi maleta. ¿Y dónde están los recortes de periódicos que he ido guardando celosamente a lo largo de tres meses, mi máspreciado tesoro? ¿Dónde están los recortes? Los ha echado al váter y ha tirado de la cadena (quiso la mala suerte que ese día Ribeiro hubiera arreglado las bombas y había agua).

Corre el rumor de que el MPLA anunciará la independencia antes de lo previsto —hoy o mañana—, confiando en un reconocimiento inmediato de Angola por parte de los países amigos, que considerarán el aeropuerto y el puerto como territorio soberano del nuevo Estado. Se trata del acceso a Luanda. En este momento resulta decisiva la abertura de la ciudad, que, rodeada por tierra, tampoco es accesible por aire y por mar.

¿Y si la ayuda no llega a tiempo? Asalto a Luanda. A pesar de su heroica defensa por parte de sus habitantes, la superioridad de las fuerzas del enemigo..., etc. ¿Quién entrará primero? ¿Los del sur o los del FNLA? Los del FNLA: un ejército cruel. Practican el canibalismo. Varios días atrás aún no me lo creía. Pero hace una semana, con un grupo de periodistas locales viajé a Lucala, a cuatrocientos kilómetros al este de Luanda. El día anterior Lucala había sido recuperada, arrebatada a una unidad del FNLA que se retiró a Samba Caju, un pueblo situado a setenta kilómetros al norte de la ciudad. Íbamos con un destacamento que perseguía a los del FNLA. Setenta kilómetros de vistas horripilantes. En ningún momento del trayecto, en aquel territorio tan densamente poblado, vimos un solo ser vivo, ni una sola casa que se hubiera salvado de la destrucción. Todas las personas habían sido asesinadas y todas las aldeas incendiadas. Los causantes de todo aquello, al retirarse destruían todo vestigio de vida. Cabezas de mujeres arrojadas sobre la hierba de las cunetas. Cadáveres con el corazón y el hígado arrancados. A mitad del trayecto no pude menos que cerrar los ojos y a partir de entonces

proseguí el viaje a ciegas. En un momento dado, en nuestro coche se oyeron fuertes voces. Abrí los ojos: en una aldea desierta, carbonizada, a la mesa de un bar quemado se sentaban dos monos. Después de mirarnos fijamente durante un rato, desaparecieron entre los arbustos.

Caer en las garras de unos caníbales borrachos significa una muerte terrible. Sus caras sudorosas, sus miradas turbias, oír cómo gritan, ver cómo tocan la piel de su víctima con los cañones de sus armas, exultantes por haberla sumido en un estado de pánico y pavor. Más vale no pensar en ello.

Por la tarde, el comandante Ju-Ju lee por la radio su comunicado diario sobre la situación en los frentes. Se muestra muy optimista. La cosa crispa los nervios. La realidad presenta un aspecto fatal, la mitad del país está en manos del enemigo y, sin embargo, de las palabras de Ju-Ju se deduce que no paran de sumar victorias.

A LA REALIDAD, NI CASO NADA DE DARSE POR ENTERADO

Principio que debe desempeñar la función de un somnífero. Que no cunda el pánico, ni la duda, ni la histeria. ¿Cómo van a conseguir que la gente se lance a la lucha, ahora, en un momento tan decisivo, si no la hacen partícipe de la gravedad de la situación? Nadie se moverá; tumbada, la gente se dedicará a digerir el eufórico manjar. Si todo sale a pedir de boca, ¿para qué esforzarse? Y esas contradicciones tan desconcertantes: por un lado exhortan a defender la ciudad y por otro, dicen que las cosas no pueden ir mejor. Resultado: pérdida de confianza. A la hora de la verdad no creerán a nadie, se adormecerá incluso su instinto de conservación.

3322 TIVOLI AN

814251 PAP PL

BUENAS NOCHES PLS LA CRONICA

PERDONAD QUE NO HAYA EMITIDO NADA ESTA MANANA NI SIQUIERA HE CONTESTADO A VUESTRA CONEXION, PERO HEMOS ESTADO DETENIDOS POR LA POLICIA SIN MOTIVO SIMPLEMENTE LA GENTE PIERDE LA CABEZA NO ES DE EXTRANAR EN PERSONAS QUE SE SABEN CONDENADAS A UNA MUERTE PROBABLE E INMINENTE. LLAMADME POR LA MANANA A LAS 7 GMT QUIZA DURANTE LA NOCHE CONSIGA NOTICIAS DE PRIMERA MAGNITUD Y ESPERO QUE ESTA VEZ NO ME ESPOSEN NI ME METAN EN CHIRONA OK???

SI, HASTA MANANA 7 GMT BUENAS NOCHES

BUENAS BI BI OS ESPERO CON ANSIA

+

VIA ITT 11/4/75 1407 EDT

En plena noche me llamó Queiroz para decirme que al día siguiente el ejército portugués abandonaría el sector civil del aeropuerto y que también se retiraría del puerto. De confirmarse, se trataría de una noticia auténticamente sensacional. Había saltado una chispa de esperanza. La salvación era posible. Dios, qué alivio. Di brincos de alegría hasta el techo.

Miércoles, 5 de noviembre (aterrizaje)

A última hora de la tarde fui al aeropuerto con Gilberto, un amigo de Óscar que trabajaba en la torre de control. Estaba oscuro y llovía a cántaros; durante todo el trayecto íbamos como por el fondo de una cascada, no se veía nada, solo una pared de agua en la que se metía de cabeza nuestro Peugeot, yo me sentía como en un submarino que navegase entre las calles inundadas de una ciudad. El edificio del aeropuerto, grande y acristalado, terriblemente sucio y lleno de desperdicios porque nadie lo había limpiado aún después de la permanencia allí de medio millón de refugiados, estaba desierto. Gilberto y yo nos dirigimos al primer piso y, desde allí, nos pusimos a contemplar la pista de despegue, iluminada. El aguacero tropical ya había remitido pero aún llovía. De pronto, en lo alto, lejos, por la izquierda, brillaron dos focos: un avión descendía para tomar tierra. Al cabo de unos instantes se posó en medio de la lluvia y rodó entre dos filas de luces amarillas. Era el *Britannia*, un reactor de las líneas aéreas cubanas. Luego aparecieron otros focos en lo alto, y otros más. Aterrizaron cuatro aviones. Se colocaron en fila delante de nosotros, los pilotos apagaron los motores y volvió el silencio. Una vez puestas las escalerillas, de los aviones empezaron a bajar soldados cubanos, pertrechados de sacos y armas. Formaron en doble fila. Llevaban uniformes de camuflaje que los guarecían un poco de la lluvia. Al cabo de unos minutos se dirigieron hacia los camiones que los esperaban en las inmediaciones. Noté un dolor en el hombro. Lo miré y me eché a reír: a lo largo de toda aquella escena, la mano de Gilberto no había cesado de aferrarse a él.

Pasada la noche, aquellos soldados se dirigieron al frente.

El hotel se había convertido en un hervidero. Estaba previsto que, en la noche del lunes al martes, Neto proclamase la independencia de Angola y con este motivo un avión trajo de Lisboa a una veintena de corresponsales extranjeros. Les concedieron un visado de cuatro días y los alojaron en nuestro hotel. Óscar se tiraba de los pelos porque no tenía un solo bocado que ofrecerles, pero ellos lo consolaban diciendo que la comida no tenía importancia, que lo fundamental era la información.

¡Qué historias tan extraordinarias publica la prensa internacional! He leído muchas crónicas enviadas desde Luanda en aquellos días. Y no he podido menos que admirar la fecundidad de la fantasía humana. Pero, al mismo tiempo, también comprendo la situación en que se encontraban mis colegas. La redacción envía a uno de sus corresponsales a un país que en ese momento tiene fascinado al mundo entero. Semejante expedición cuesta mucho dinero. El periódico espera una gran historia, una exclusiva mundial, un relato sensacional, escrito bajo una lluvia de proyectiles. El enviado especial coge el avión y se planta en Luanda. Lo llevan a un hotel. Le asignan una habitación, se afeita y cambia de camisa. Ya está listo y enseguida se lanza a la lucha.

Al cabo de pocas horas constata que solo da cabezazos contra la pared.

No puede hacer nada.

Angola no muestra ningún interés por su presencia. Los teléfonos no contestan, o, cuando contestan, lo hacen en portugués, lengua que él no entiende. Si tiene fuerzas y resistencia suficientes puede emprender una caminata hasta el Palacio del Gobierno. Encontrará allí a Elvira, una mecanógrafa de carnosas mejillas que no parará de sonreírle pero que no sabe nada y que tampoco le dirá nada de lo poco que sepa. A lo mejor se topará con el joven Costa, que, en respuesta a todas las preguntas,

meneará la cabeza pero no dirá una palabra. ¿Aventurarse a visitar el estado mayor del MPLA? Es una caminata de un día entero, y, además, el centinela no le dejará franquear la verja. ¡Ir a ver al presidente Neto! Pero ¿cómo? Nadie le dirá dónde vive el máximo mandatario. Ir al frente. ¡Qué frente ni qué ocho cuartos! No se puede salir de Luanda, que es una ciudad cercada. Un grupo de franceses consiguió un coche en alguna parte y, prestando oídos sordos a todas las advertencias, decidió visitar el frente norte. Fueron detenidos en el primer puesto de control y llevados derechos al aeropuerto. ¡Ver a un cubano! Pero ¿cómo? No se ven por ninguna parte. ¿Será cierto que Luso está en manos del MPLA, cuando Savimbi afirma que lo controla UNITA? Quién sabe. Hace tiempo que se ha cortado toda comunicación con esa ciudad. ¡Hay que averiguar con exactitud por dónde pasa el frente! Conque por dónde, ¿eh? ¿Y quién diablos puede saberlo? Ni siquiera en el propio estado mayor se tiene certeza alguna respecto a este asunto.

Las únicas fuentes de información que quedan se reducen a *dona* Cartagena, Óscar y Félix. *Dona* Cartagena está ahora ocupada en sus tareas de limpieza y no tiene tiempo para gastarlo en política. Además, como solo habla portugués, no resulta fácil conversar con ella. Óscar responde invariablemente con un lema del MPLA: *A vitória é certa!* Pero esto no es una información de primer orden y, además, ni siquiera es buena para todo el mundo. La respuesta más real y sensata la proporciona Félix. Preguntado por la situación, contesta brevemente:

—*Confusão.*

Confusão es la palabra clave, una palabra que lo sintetiza todo. En Angola, tiene un significado específico y, a decir verdad, es intraducible. Simplificando mucho, *confusão* quiere decir desorden, desbarajuste, estado de caos y anarquía. Se trata de una situación creada por las personas pero que, sin embargo, acaba por escaparse al control de esas personas, las cuales, finalmente, se convierten en sus víctimas. La

confusão encierra cierto fatalismo. Uno quiere hacer algo pero todo se le escapa de entre las manos, quiere actuar pero hay una fuerza que lo paraliza, quiere crear algo pero lo que crea no es sino más *confusão*. Todo se confabula contra la persona y aun cuando esta demuestre su mejor voluntad, a cada momento cae en la *confusão*. Puede apoderarse de nuestros pensamientos, y entonces dirán que tenemos la cabeza llena de *confusão*. Puede penetrar en nuestro corazón, y entonces nos dejará nuestra enamorada. Puede adueñarse de una multitud, ejerciendo su poder sobre ingentes masas humanas, y entonces se producirán luchas, muertes e incendios. A veces, la *confusão* transcurre de un modo bastante más suave, y entonces cobra forma de riña, cierto que caótica y deshilvanada, pero no sangrienta. Es un estado de desorientación total y absoluta. Las personas que se ven envueltas en la *confusão* no saben explicar lo que ocurre a su alrededor ni dentro de ellas mismas. Tampoco saben definir fehacientemente lo que la ha provocado en ese caso concreto. Existen portadores y sembradores de *confusão*; a estos hay que rehuirlos, cosa harto difícil pues en realidad todos y cada uno de nosotros puede convertirse en un momento dado en causante de *confusão*, aun en contra de su propia voluntad. También se esconde bajo este término nuestro estado de perplejidad e impotencia. Henos aquí viendo campar por sus respetos a la *confusão* en torno nuestro y nada podemos hacer para ponerle fin. Camaradas, oímos una y otra vez, no alimentéis la *confusão*. ¡Conque no!, ¿eh? ¿Acaso depende de nosotros? El parte del frente más preciso: ¿Qué hay de nuevo? ¿Que qué hay de nuevo? *Confusão*! Todo aquel que haya comprendido el sentido de esta palabra ya lo sabe todo. A veces ocurre que la *confusão* se extiende sobre territorios muy vastos y se enseñorea de millones de personas. Entonces estalla una guerra. Semejante estado no se puede borrar de un plumazo, es imposible eliminarlo en un abrir y cerrar de ojos. Aquel que intente hacerlo demostrando un celo desmedido caerá él mismo en la *confusão*. Lo mejor

es actuar despacio y esperar. Al cabo de un tiempo, la *confusão* perderá fuerza, se debilitará y acabará por desaparecer. Salimos de ella agotados, aunque también contentos en cierto modo, satisfechos de haberla superado. Y volvemos a acumular energías para la siguiente *confusão*.

¿Cómo explicar todo esto a personas que llevan en Luanda varias horas apenas? Así que una vez más, como si no lo hubiesen oído bien, preguntan a Félix:

—¿Cuál es la situación?

Y Félix:

—Si ya lo acabo de decir: *confusão*.

Se apartan meneando la cabeza y encogiéndose de hombros. Y menean la cabeza y se encogen de hombros porque Félix ha sembrado en ellos la *confusão*.

Los cuatro días siguientes transcurrieron anegados en una *confusão* generalizada. A cada momento irrumpía alguien en el hotel gritando: ¡Ya vienen, ya vienen!, y contaba, jadeante, que los carros blindados de los afrikaners ya estaban dentro de la ciudad. Según unos, estaban pintados de amarillo, y según otros, de verde. Se barajaban números de lo más dispares: decían haber visto diez de esos carros, que luego ya eran cincuenta y más aún. No había manera de comprobarlo: a lo mejor realmente estaban a pocos kilómetros del hotel, pero también podía tratarse tan solo de un rumor. Óscar colgó en la recepción un mapa de Angola. Ante él se congregaban nutridos grupos de hombres que no paraban de discutir. Cada uno quería señalar con el dedo dónde —según él— se encontraba el frente, quién controlaba qué ciudad, a quién pertenecía esta u otra carretera. No había dos personas que tuviesen la misma imagen de la situación. Al cabo de varios días, los cientos de

dedos que se habían deslizado por el mapa acabaron por borrar de él ciudades, carreteras y ríos. El país ofrecía el aspecto de un fragmento de un planeta gris y desierto, sin gente y sin naturaleza.

El lunes zarpaba la guarnición portuguesa. Por la mañana subieron por la pasarela los últimos pelotones. Como yo tenía conocidos entre los oficiales, me acerqué al embarcadero para despedirme de ellos. Los moradores del lugar deseaban que la guarnición se marchase cuanto antes. Después de años de guerra, no podía haber entre ellos amistad ni comprensión mutua. Pero yo lo veía con otros ojos. Sabía que, recientemente, los angoleños tenían mucho que agradecer a no pocos oficiales de aquella guarnición, aunque no a todos. Dichos oficiales supieron comportarse de una manera leal. Yo mismo tenía contraída con ellos una deuda de gratitud. Me habían tratado con amabilidad y ayudado mucho. Y, lo más importante, nunca atacaron a los cubanos, a pesar de que los primeros hombres de La Habana aparecieron en Angola cuando el país era formalmente parte de Portugal. Existe una especie de solidaridad interhumana que jamás deberían destruir las frías razones políticas.

Aquel día recorría la ciudad una grúa derribando de sus pedestales las estatuas de los conquistadores portugueses. Gobernadores y generales, viajeros y descubridores, fueron llevados a la ciudadela y formados en una doble fila de bronce y granito. Las plazas y plazoletas se volvieron aún más desiertas. Al mediodía aterrizó un avión del que desembarcaron algunas delegaciones extranjeras. No fueron muchas, tres o cuatro apenas. Por el mundo corría el rumor de que aquel día escuadrones del Zaire bombardearían el aeropuerto de Luanda y que la vuelta atrás sería imposible. La prudente mayoría esperaba en sus países el desarrollo de los acontecimientos que se producían en nuestra ciudad. A todas luces tenían razón, pues —como se supo más tarde— la decisión de bombardear el aeropuerto fue anulada en el último momento.

Por la noche, varios miles de personas se congregaron en una de las

plazas. Se había recomendado a todo el mundo que no formase grandes aglomeraciones, para así, en caso de un ataque aéreo, evitar una masacre. La noche era oscura, con nubarrones, y el escenario de aquella concentración recordaba una asamblea secreta de seguidores de Kimbangu.

El reloj de la catedral dio las doce campanadas.

Empezaba el día 11 de noviembre de 1975.

La plaza estaba sumida en silencio. Desde la tribuna, Agostinho Neto leyó el texto de la proclamación de la República Popular de Angola. Se le quebraba la voz y varias veces tuvo que interrumpirse. Cuando acabó, en medio de la invisible multitud, se oyeron aplausos y vivas. No hubo más discursos. Al cabo de unos instantes, las luces de la tribuna se apagaron y la gente empezó a dispersarse deprisa, desapareciendo en la oscuridad. Los cañones del frente norte callaban. Pero, de repente, los soldados que permanecían en la ciudad iniciaron un tiroteo enloquecido para celebrar la victoria, provocando una caótica algarabía de voces. La noche cobró vida.

En el Tívoli, Óscar sacó de la caja fuerte la botella de champán que guardaba para la ocasión y otra más, de *whisky*. Éramos los huéspedes más antiguos del hotel, todo un grupo de veteranos. En lugar de sacar a la superficie nuestro júbilo y buen humor, el alcohol ahondó nuestro cansancio y agotamiento. Óscar, que estaba al límite de sus fuerzas desde hacía tiempo, ahora borracho, exclamó con desesperación: Si la independencia es esto, si las cosas siguen así, me volaré la tapa de los sesos. Al poco, debió de darse cuenta de que había dicho algo fuera de lugar, pues soltó una breve carcajada, luego se sumió en el silencio y, finalmente, se durmió, con la cabeza descansando sobre la mesa, entre vasos vacíos.

Por la mañana, en el Palacio del Gobierno se celebró una recepción para las delegaciones extranjeras. Aquel día telegrafíé a Varsovia:

LUANDA PAP 11.11, DE MOMENTO LAS CELEBRACIONES DE LA INDEPENDENCIA TRANSCURREN EN LUANDA CON TRANQUILIDAD. EL AMBIENTE FESTIVO SE HA VISTO ENTURBIADO POR ARTILLEROS DEL FNLA, QUE VOLVIERON A BOMBARDEAR LA ESTACION DE BOMBEO DE QUINFANGONDO Y LUANDA LLEVA DOS DIAS SIN AGUA. EN VISTA DEL PANORAMA, HOY SE HAN PRODUCIDO ENCARNIZADAS BATALLAS POR CONSEGUIR UNA INVITACION A LA RECEPCION QUE HA OFRECIDO EL PRESIDENTE NETO EN EL PALACIO DE GOBIERNO PUES CORRIA EL RUMOR DE QUE ALLI SE SERVIRIA AGUA, NADA MENOS.

LAS EMISORAS DE RADIO —NO ANGOLENAS— ANUNCIAN QUE EL FNLA Y UNITA HAN DECIDIDO CREAR SU PROPIO GOBIERNO CON SEDE EN HUAMBO, QUE OFICIALMENTE SERA SU CAPITAL, AUNQUE SEA KINSHASA LA VERDADERA SEDE DE ESTAS ORGANIZACIONES. ASI QUE DE MOMENTO ANGOLA HA SIDO DIVIDIDA EN DOS ESTADOS CON FRONTERAS INCREIBLEMENTE COMPLICADAS Y QUE ADEMAS CAMBIAN CASI CADA DIA, DEPENDIENDO DE QUE BANDO LLEVE A CABO, YA HOY, YA MANANA, UNA OFENSIVA Y QUE PARTE DE TERRITORIO ARREBATE A SU ADVERSARIO. AHORA MUCHO DEPENDERA DE CUANTOS PAISES, Y A QUE RITMO, RECONOZCAN EL GOBIERNO DEL MPLA O BIEN EL DEL FNLA-UNITA. DE MODO QUE HA EMPEZADO OTRA GUERRA DE ANGOLA, LA DIPLOMATICA.

MIENTRAS TANTO LA MAGNITUD DE LA GUERRA AUTENTICA AUMENTA POR MOMENTOS. AMBOS BANDOS

VEN INCREMENTADAS SUS FUERZAS, LAS TROPAS CUENTAN CADA VEZ CON MAS EFECTIVOS NUEVOS Y BIEN PREPARADOS ASI COMO ARMAS DE GRAN CAPACIDAD DESTRUCTIVA.

EL LUNES 10 DE NOVIEMBRE EL ENEMIGO HA EMPEZADO UNA NUEVA OFENSIVA EN DOS FRENTES. LA QUE HA PARTIDO DEL NORTE HA SIDO UN INTENTO DE OCUPAR LUANDA. HAN PARTICIPADO EN EL ATAQUE CARROS BLINDADOS Y ARTILLERIA ASI COMO REGIMIENTOS DEL EJERCITO DEL ZAIRE Y MERCENARIOS PORTUGUESES. EN EL SUR, TROPAS DE SUDAFRICA, AVANZANDO CON CARROS DE COMBATE QUE FORMAN COLUMNAS PODEROSAS Y RAPIDAS, SE DIRIGEN HACIA PORTO AMBOIM PARA MAS TARDE GOLPEAR LUANDA. EN AQUELLA ZONA DESTACAMENTOS DEL MPLA ORGANIZAN LINEAS DE DEFENSA. SU MISION: MANTENER PORTO AMBOIM A TODA COSTA. FIN. PODRIAS ENVIARME UN POCO DE DINERO Y CIGARRILLOS??? GRACIAS DE ANTEMANO BYE.

Ruiz atrajo hacia sí la palanca del gas y el avión empezó a perder altura. Habíamos pasado Porto Amboim, que es un pueblo de pescadores, luego pasamos por encima del ancho y oscuro río Cuvo y tras varios minutos de vuelo en línea recta, el avión se inclinó a un lado, señal de que iniciábamos el regreso. Con un gesto de la mano Ruiz me indicó que mirase por la ventanilla. Abajo se veía una carretera que llegaba hasta el río y allí parecía hundirse en el agua, pues el puente estaba destruido. Ahora volábamos a lo largo de la carretera, sobre la cual se divisaba una columna de carros blindados —conté hasta veintiuno—, seguida por

camiones con baterías aéreas enganchadas y cinco *jeeps* cerrando el convoy. A ambos lados de la carretera había gran número de hombres. Regresamos a la otra orilla, pasando por encima de los zigzags de unas trincheras y de unos destacamentos que marchaban por la carretera, el avión descendió hasta casi tocar tierra y se posó sobre la pista del aeropuerto de Porto Amboim.

Después de dejar las municiones que traía, Ruiz regresó a Luanda. Yo me quedé. La orilla del río, que formaba la línea del frente, estaba a menos de veinte kilómetros. Hasta ella me llevó en su vehículo un militar de piel muy oscura. Le pregunté en portugués si era de Luanda. No, me contestó en español, de La Habana. En aquel tiempo, era difícil distinguir por su mero aspecto quién era quién, ya que los cubanos habían vestido a muchos destacamentos del MPLA con uniformes traídos de la isla. La cosa era importante también desde un punto de vista psicológico, pues los cubanos eran lo que más temían las tropas del FNLA y de UNITA. Huían en desbandada al verse atacados por un destacamento con uniformes cubanos, aunque en sus filas no hubiese un solo cubano, cosa que sucedía muy a menudo. Las diferencias externas se borraban con suma facilidad, pues tanto los cubanos como los del MPLA eran destacamentos multirraciales, así que el color de la piel tampoco aportaba dato alguno. Más tarde, este hecho alimentaría la leyenda de un ejército cubano de cien mil hombres luchando en Angola. La realidad, sin embargo, arrojaba cifras muy diferentes: todo el ejército volcado en la defensa de la república no superaba los treinta mil soldados, dos terceras partes de los cuales eran angoleños.

Llegamos hasta un lugar donde se levantaban dos enormes almacenes de algodón. En ellos tenía su sede el estado mayor del frente. Caminaba uno por allí hundido hasta las rodillas en algodón, como en la nieve. Los uniformes y las cabezas de los soldados aparecían cubiertos por una pelusa blanca. El lugar ofrecía calor y comodidad a la hora de descansar:

se dormía allí a cuerpo de rey. La línea del frente coincidía con la del río. Las unidades sudafricanas no podían forzarla porque no quedaba en pie un solo puente. No preparadas para tal contratiempo, esperaban la llegada de pontones. Esporádicamente, los dos bandos se enzarzaban en un intercambio de tiros. Tanto unos como otros se sentían demasiado débiles para iniciar un ataque en toda regla. Se esperaba para el día siguiente la llegada de un barco con dos compañías cubanas a bordo, y una tercera de Guinea-Bissau. Por tierra se aproximaban dos batallones del MPLA.

Fuimos al frente al despuntar el alba. Llovía a mares y hacía un frío terrorífico. El coche resbalaba en el barro; el resto del camino tuvimos que hacerlo andando, a duras penas. Nos topamos con una veintena de soldados que iban por la carretera arrastrando los pies: lo que quedaba de un destacamento. Cada uno de ellos llevaba de la mano a un niño pequeño, descalzo y tiritando de frío. Durante la noche, varias mujeres con niños habían atravesado el río a bordo de unas primitivas canoas africanas. Mientras las mujeres permanecían en la orilla vigilando sus pertenencias, los soldados llevaban a los niños a la retaguardia, a la cocina, para darles algo de comer.

Regresé aquel mismo día, a bordo del avión de Ruiz. Sobre el suelo del aparato yacían varios soldados gravemente heridos, del país y cubanos. Durante la noche se había librado una batalla a cien kilómetros al este de Porto Amboim. Los sudafricanos habían intentado atravesar el río. Los heridos no emitían ruido alguno; dos de ellos estaban inconscientes. Sentadas en un rincón, había varias mujeres africanas que permanecían inmóviles. El avión, dando tumbos, atravesaba una espesa capa de nubes; llovía sobre la tierra. Aterrizamos en Luanda en pleno aguacero. Sobre la segunda pista se veían dos pesados Antónov, de cuyas entrañas descargaban morteros.

Por la noche escribí a Varsovia:

HOY HE VUELTO DEL FRENTE SUR CUYA LINEA PASA AHORA A LO LARGO DEL RIO CUVO. DEJO PARA MAS TARDE LAS DESCRIPCIONES DETALLADAS, AHORA ME LIMITO A TRANSMITIR LO MAS IMPORTANTE. EL CARACTER DE LA GUERRA DE ANGOLA HA CAMBIADO: A GRANDES TRAZOS, HASTA AHORA SE TRATABA DE UNA CONTIENDA INTERNA, DE GUERRILLAS, LIBRADA CON ARMAS LIGERAS. SIN EMBARGO LA INTERVENCION DEL EJERCITO SUDAFRICANO HA MODIFICADO LA SITUACION. HOY SE REVELA CADA VEZ MAS COMO UNA GUERRA ENTRE EJERCITOS REGULARES EQUIPADOS CON ARMAS PESADAS. LA JOVEN REPUBLICA SIGUE ATRAVESANDO UNA SITUACION DIFICIL, MILITARMENTE PRECARIA, AUNQUE SE VISLUMBRAN POSIBILIDADES DE QUE CONSIGA DEFENDERSE. LAS AUTORIDADES MILITARES DE ANGOLA REUNEN FUERZAS PARA PASAR A LA OFENSIVA.

Y UNA ULTIMA NOTA, PARA LA REDACCION DE INTERNACIONAL.

MICHAL, AQUI RYSIEK, HACE TIEMPO QUE SE ME HA ACABADO EL DINERO Y ESTOY MEDIO MUERTO. MAS O MENOS YA SE SABE COMO SE DESARROLLARAN LOS ACONTECIMIENTOS POR AQUI: GANARAN LOS DEL PAIS PERO LA COSA AUN DURARA LO SUYO, Y YO ESTOY AL LIMITE DE MIS FUERZAS. POR ESO OS PIDO QUE ME DEIS EL VISTO BUENO PARA REGRESAR A POLONIA. SE DICE QUE PRONTO SALDRA DE AQUI UN AVION CON DESTINO A LISBOA, QUIZA ME ACEPTEN A BORDO, OK???

ESTA BIEN, DE ACUERDO, SI YA NO AGUANTAS MAS,

PUEDES VOLVER

MAGNIFICO, EMPIEZO LAS GESTIONES PARA
MARCHARME

OK, RECOGE VELAS, MIREK TE ESTARA ESPERANDO
EN LISBOA

Tiempo de hacer la maleta y de los adioses.

Pablo me ha regalado una caja de puros para el viaje.

El comandante Ju-Ju me ha obsequiado con un libro sobre Angola, de
Davidson.

¿Y *dona* Cartagena? *Dona* Cartagena lloriquea. Hemos vivido juntos
los momentos más difíciles y ahora cuando la miro, también a mí se me
humedecen los ojos. *Dona* Cartagena, le digo, volveré, ya verá como sí.
Pero no sé si es verdad lo que acabo de decir.

Me queda un último adiós. Voy a despedirme del presidente Neto. El
presidente vive en las afueras de la ciudad, en un chalet construido en la
cima de un acantilado que se levanta sobre una pequeña bahía con
muchas palmeras. El lugar en cuestión se llama Belas. Lo visité varias
veces cuando iba en busca de una entrevista. Neto siempre me recibió de
buen grado y, gustoso, mantuvo charlas informales, pero se resistía a
concederme la dichosa entrevista. Hasta que, finalmente, dio su brazo a
torcer. Fue en septiembre o en octubre, en los días más difíciles. Creo que
se negaba a concedérmela porque decir algo optimista en aquel tiempo
resultaba en verdad harto difícil. Hablamos de poesía; yo llevaba
conmigo el último volumen de sus versos, publicado en Lisboa aquel
mismo año, *Sagrada Esperança*.

Às nossas terras

*vermelhas do café
brancas do algodão
verdes dos milharais
havemos de voltar.*

Me los sabía de memoria. Neto se quejaba de que desde hacía mucho no tenía tiempo para escribir poesías, a la vez que señalaba con la cabeza el mapa que colgaba de la pared, con sus banderitas verdes y amarillas, que indicaban las posiciones del FNLA y de UNITA. Conducía al chalet una escalera que desembocaba en un porche, que, a su vez, se abría a un comedor. Detrás de él, en una esquina, había una pequeña habitación. Era su despacho: una mesa escritorio, estanterías repletas de libros cubriendo las paredes desde el suelo hasta el techo y dos sillones. A menudo no había nadie más en toda la casa, y cuando en la habitación contigua sonaba el teléfono, Neto interrumpía la conversación y salía del despacho para contestar la llamada.

De baja estatura y con la espalda algo encorvada, sus movimientos son lentos, medidos. Las gafas y las canas que entreveran su cabello le dan el aspecto de un hombre poco enérgico o, tal vez, simplemente, cansado. Su silueta se compone mucho mejor con el fondo de una pared cubierta de libros llenando la intimidad de un despacho que con una tribuna plantada en medio de una plaza (y eso que es un gran orador). Nunca lo he visto con uniforme y tampoco recuerdo que hubiese visitado ningún frente. Tiene más de cincuenta años, la mitad de los cuales los ha pasado en el extranjero: primero estudiando medicina y luego viviendo como exiliado y, también, preso en muchas cárceles. Nacido en los alrededores de Luanda, su padre era maestro rural y pastor protestante.

En aquellas primeras conversaciones que mantuve con Neto hubo momentos embarazosos. Yo, que sabía que la situación tenía muy mal cariz, deseaba oír de su boca todos los detalles posibles, pero al mismo

tiempo, consciente de que podía herirlo, me sentía incapaz de plantearle este tipo de preguntas. En esos momentos se hacía el silencio. Le decía adiós y me marchaba.

Por la tarde, cepillo mi traje, enmohecido, y me anudo la corbata: regreso a Europa. Se produce la última conexión desde Varsovia:

ESCUCHA, QUEREMOS PEDIRTE UN FAVOR: QUE TE QUEDES UNOS DIAS EN LISBOA, DONDE SE VIVEN MOMENTOS DE TENSION, QUIZAS UN GOLPE DE ESTADO, Y COMO MIREK IKONOWICZ HA TENIDO QUE VOLAR A MADRID PORQUE HA MUERTO FRANCO, NO TENEMOS A NADIE EN PORTUGAL. CUBRE ESTA CORRESPONSALIA Y SOLO DESPUES VUELVE A CASA, OK?

OK, ENTENDIDO, DE ACUERDO. Y AHORA, MI ULTIMA NOTA, DIRIGIDA A LA SECCION DE LA PAP ENCARGADA DE RECIBIR NOTICIAS DEL EXTRANJERO. PARA MICHAL FERTAK, STEFAN BRODZIK, HENRYK KOWALCZYK Y MICHAL MUSIAL:

QUERIDOS, COMO SE TRATA DE NUESTRA ULTIMA COMUNICACION, YA QUE DENTRO DE NADA UN AVION ME SACARA DE LUANDA, NO QUISIERA IRME SIN ANTES DAROS LAS GRACIAS, MUY SINCERAMENTE, POR VUESTRA INCANSABLE PUNTUALIDAD, VUESTRA GRAN PACIENCIA, PERSEVERANCIA Y PROFESIONALIDAD, Y, SOBRE TODO, PORQUE EN NINGUN MOMENTO OS HAYAIS OLVIDADO DE MI. ESTE BUEN HACER VUESTRO LO HE TENIDO EN MUY ALTA ESTIMA NO SOLO YO, SINO TODOS MIS COLEGAS DE LA PRENSA INTERNACIONAL AQUI

PRESENTES, QUE ME HAN ENVIDIADO POR EL
FUNCIONAMIENTO TAN PERFECTO DEL TELEX DE LA
PAP, EN VERDAD LA MEJOR DE TODAS LAS AGENCIAS DE
PRENSA DEL MUNDO. BAJABAN AL TELEX CADA VEZ
QUE ME LLAMABAIIS PARA PONER SUS RELOJES EN
HORA. GRACIAS, MIL GRACIAS POR TODO UNA VEZ MAS,
Y HASTA LA VISTA EN CASA.

MUY BIEN, GRACIAS A TI

OS LLAMO MANANA DESDE LISBOA, VALE??

SI, ESPERAMOS TU SENAL

POR AHORA, BUENAS NOCHES Y TKS

TKS, BUENAS NOCHES

=.=.=.=.=.

.....

—/-/—

++

+

A B C

La palabra «Angola» viene del nombre del rey N'Gola, soberano en la segunda mitad del siglo XVI del pueblo mbundu que habitaba en las tierras próximas a la Luanda de hoy. N'Gola gobernaba el reino de Ndongo, que era vecino, por el sur, de otro gran reino africano, el Congo. Los dos Estados fueron sometidos al poder del rey de Portugal y luego, destruidos.

La superficie de la Angola actual asciende a 1.246.700 kilómetros cuadrados. Por su extensión, es el quinto país de África, después de Sudán, el Zaire, Argelia y Libia. Catorce veces más grande que Portugal, Angola también es mayor que el territorio de Francia, Alemania Federal, Gran Bretaña e Italia juntas. Longitud de su frontera terrestre: 4.837 kilómetros; de la marítima: 1.650. La primera, sin embargo, no está claramente señalada sobre el terreno. Como pasa a través de un territorio de matorral deshabitado, no hay dificultades a la hora de traspasarla (incluso en coche). Para un país rodeado por unos vecinos que no se muestran precisamente amigos, tales características originan serios problemas de defensa.

Configuración del terreno: el país se divide en tres zonas geográficas diferenciadas que van de norte a sur. El litoral a lo largo del Atlántico (anchura máxima: 200 km) es una llanura semidesértica; en el sur, desértica del todo. En esta franja crece la acacia, el endrino y el baobab. Al este de la misma se extiende una zona montañosa, la parte más pintoresca y fértil del país, con un clima suave, de eterna primavera. Sus picos más altos son el Moco: 2.620 metros, y el Lubango: 2.566, por encima del nivel del mar. Se trata de territorios densamente poblados (siempre y cuando partamos de lo relativo de esa densidad) y dotados de condiciones óptimas para la agricultura y la ganadería. Finalmente, en la parte oriental de Angola se extiende una altiplanicie (4001.000 m) salpicada por arbustos secos y matas de maleza desértica. Ocupa dos terceras partes del territorio del país y, debido a la falta de agua, está muy

escasamente poblada, sobre todo por tribus nómadas que se dedican al pastoreo.

Angola es un país de muchos ríos, de los cuales los más importantes son los siguientes: el Cubango (al sudeste), 975 km de longitud; el Cuanza (al norte), 960 km. A lo largo de este último se extendía la más grande de cuantas rutas de trata de esclavos ha conocido la historia de la humanidad. Los llevaban a Luanda, que, a su vez, era el principal puerto mundial de carga de esclavos. El Cunene (al sur), 945 km de longitud. Sobre este río se ha construido un sistema de veintinueve presas hidroeléctricas, que abastecen de agua y luz a la República de Sudáfrica, sobre todo a Namibia. El motivo oficial de la intervención de ejércitos sudafricanos en Angola fue, precisamente, la protección del sistema de presas sobre el Cunene, sin el cual la economía de Namibia se habría venido abajo.

El país se divide en cuatro zonas climáticas, muy diferenciadas en lo tocante a temperatura y humedad: la tropical moderada, al nordeste; la calurosa moderada, al sudeste; la desértica, al sudoeste, y la tropical, al oeste.

El año angoleño se divide en dos estaciones: la de las lluvias, que va de noviembre a mayo —con precipitaciones máximas entre enero y abril—, y la seca, llamada *cacimbo*, que se prolonga de junio a octubre. Es durante la estación seca cuando la vida del país registra su mayor actividad; en la de las lluvias (sobre todo allá donde no hay caminos de suelo firme y donde se siguen practicando métodos de cultivo tradicionales) dicha actividad disminuye.

Gran parte de la superficie de Angola está cubierta por bosques: bosques del trópico, espesos y húmedos (principalmente en el norte) o el matorral ralo y seco (en el este y en el sur). Hay profusión de animales

salvajes: elefantes, jirafas, leones, guepardos, hipopótamos, rinocerontes, antílopes, hienas, chacales, monos... También abundan las especies de aves: loros, pelícanos, marabúes, buitres, cálaos, águilas barbudas, papamoscas del paraíso, etc. Tienen su hábitat en el país ingentes cantidades de reptiles: cocodrilos, pitones, serpientes de cascabel, víboras de anteojos, garibas, mambas, anacondas, cobras verdes y negras. Allí donde la tierra es buena y el clima cálido se da toda clase de frutas y flores.

País de grandes riquezas naturales, Angola posee todas las materias primas necesarias para una economía moderna. Muchas de ellas se han empezado a extraer tan solo en los últimos años y, además, a una escala relativamente pequeña. Tomando como indicador el volumen de ventas, en 1973 los productos de exportación más importantes fueron: petróleo (30 %), café (21 %), diamantes (10 %) y mineral de hierro (6 %). Además, Angola exporta algodón, sisal, maíz, pieles y fruta en conserva. En los últimos años antes de la independencia, el país fue escenario de una expansión de capital extranjero, principalmente norteamericano. Entre los años 1969 y 1973 se duplicó el valor de las exportaciones angoleñas, sobre todo en el ámbito de la extracción de petróleo en la provincia de Cabinda, conocida como el Kuwait de África.

Angola pertenece a los países menos poblados del mundo: el censo de 1970 arrojaba la cifra de 5.673.046 habitantes. Se estimaba que en el país vivía más de medio millón de colonos europeos, sobre todo portugueses. El número de inmigrantes europeos aumentó vertiginosamente después de la Segunda Guerra Mundial, particularmente en el último periodo colonial. En 1940 vivían en Angola cuarenta y cuatro mil europeos; en 1960, ciento setenta mil, y a lo largo de los catorce años siguientes llegaron otras trescientas cincuenta mil personas. En parte se trataba de

soldados del ejército portugués, que en los últimos años de la guerra colonial contaba con más de setenta mil hombres. Constituían un porcentaje considerable de aquella inmigración campesinos sin tierra y representantes de la pequeña burguesía sin recursos que los gobiernos de Salazar y de Caetano enviaban a Angola a hacer fortuna, maniobra que, a la vez, era un intento de aminorar las tensiones sociales que sacudían la metrópoli. Parte de aquella gente siguió viviendo en la miseria: en las calles de Luanda se podían ver niños blancos mendigando, una imagen inconcebible en otros países de África.

Más del noventa y cinco por ciento de la población europea abandonó Angola en 1975, con rumbo a Portugal y a otros países (sobre todo Brasil). Ahora están regresando algunos.

La población africana de Angola pertenece, en una mayoría aplastante, al grupo bantú, y se divide en más de cien tribus, de las cuales las más importantes son: ovimbundu, mbundu, bakongo, Luanda-quioco y nganguela. Estas cinco tribus constituyen un ochenta por ciento de la población angoleña. Las demás son tribus pequeñas, con varios miles de personas apenas. Más de la mitad de la población de Angola practica diferentes religiones africanas, los católicos alcanzan un treinta y cinco por ciento, y un trece los protestantes. Las guerras y los conflictos interétnicos constituyen un capítulo importante en la historia del país. Estas disputas entre tribus, que persisten hasta hoy, han desempeñado un papel fundamental en la última guerra, la que ha vivido Angola entre los años 1975 y 1976.

Convergen muchas causas en el hecho de que Angola sea un país tan poco poblado. A lo largo de tres siglos, gran parte de sus habitantes, una vez convertida en esclava, fue exportada al otro hemisferio. Hasta nada menos que 1962, en la propia Angola persistieron diversas formas de esclavitud, tales como, por ejemplo, el trabajo forzado. Otra causa de la despoblación del país radica en la emigración masiva de los angoleños —

unas setecientas mil personas— a otros países africanos, sobre todo el Zaire y la República de Sudáfrica. La malnutrición y la falta de servicios sanitarios más elementales también han influido en el bajo nivel demográfico del país.

La población africana de Angola fue sometida durante siglos a vejaciones y exterminio. El poder colonial la mantuvo en el nivel más bajo de nutrición y cultura. Los angoleños constituyen una de las comunidades más pobres de todo el continente africano. Aun hoy en día, más del noventa por ciento de los habitantes de este país es analfabeto. Solo un diez por ciento de negros vive en ciudades. Angola es un país de campesinos míseros y hambrientos. Gran parte de esta gente aún vive en condiciones de economía natural, llamada autosuficiente, que más bien es insuficiente, de una pobreza extrema.

La población de Angola está repartida de forma muy desigual. Más de la mitad de sus habitantes vive concentrada en un territorio que constituye apenas un nueve por ciento de la superficie del país. El noventa y uno por ciento de la población habita en tierras que ocupan menos de la mitad —exactamente un cuarenta y siete por ciento— del territorio nacional.

Las principales ciudades, según el censo de 1970, son: Luanda («la ciudad europea más antigua del África subsahariana», John Gunther), alrededor de medio millón de habitantes; Huambo (62.000); Lobito (60.000), Benguela (41.000); Lubango (32.000); Malanje (32.000) y Cabinda (22.000).

Hay que destacar el hecho —ya que no es universalmente conocido (ni recordado)— de que los habitantes de Angola configuran una sociedad multirracial, que entre los angoleños hay muchos blancos y no menos mulatos, con todas las tonalidades posibles de su oscura piel. En el gobierno de Angola se sientan varios ministros blancos y en el ejército a menudo se ven soldados blancos; finalmente, los blancos constituyen

buena parte de la población de ciudades y pueblos.

En 1482, el capitán portugués Diogo Cão llegó a bordo de su nave a la desembocadura del río Congo. En esta parte de África existía por aquel entonces un gran reino del mismo nombre, cuya capital se llamaba M'Banza (hoy São Salvador). En la actualidad, São Salvador es una pequeña ciudad comarcal. Capital de la provincia angoleña del Zaire, es el lugar de origen de Holden Roberto y, también, de casi toda la plana mayor del FNLA. Se puede considerar el año en que Diogo Cão atracó en el reino del Congo como el comienzo de la expansión portuguesa sobre esta parte de África, a pesar de que la verdadera conquista de las tierras angoleñas empezó noventa años más tarde: aquel día de 1573 en que Paulo Dias de Novais fundó un asentamiento que llamó Luanda y, acompañado por un grupo de soldados, se internó en el continente siguiendo el cauce del Cuanza.

Diez años después de que Diogo Cão pisara tierra congo-angoleña, Cristóbal Colón alcanzaba las costas del continente americano. Los dos acontecimientos están estrechamente ligados. Emigrantes europeos empiezan a desarrollar en tierras americanas plantaciones de algodón y de caña de azúcar: se produce una enorme demanda de mano de obra barata, pues estos cultivos, sobre todo el de la caña de azúcar, exigen ingentes cantidades de manos trabajando. Da comienzo una trata de esclavos a gran escala. La historia del azúcar y la de la esclavitud se funden en un mismo capítulo de la historia del mundo. África —sobre todo Angola— se convierte en el principal proveedor de esclavos. Según estimaciones de historiadores provenientes de territorios que forman parte de la Angola actual, el número de deportados asciende a tres o, incluso, a cuatro millones de personas. Esta cifra a lo mejor hoy en día no resulta muy impactante, pero hay que tener en cuenta las características

demográficas de nuestro planeta en aquel entonces. En la época en que Portugal era una superpotencia mundial, con posesiones ultramarinas en todos los continentes, su población no superaba el millón de habitantes. Durante casi cuatrocientos años, la historia de Angola prácticamente gira en torno a la cuestión de la esclavitud. En la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo, la venta de esclavos constituía un noventa por ciento del total de las exportaciones del país. No son otros que descendientes de aquellos esclavos angoleños los que constituyen una parte muy significativa de la población del Brasil, la República Dominicana y la Cuba de hoy. Tampoco se debe a una casualidad el que, a pesar de sus profundas diferencias en lo político, Brasil fuese el primer país en reconocer a la República Popular de Angola y que Cuba brindase la mayor ayuda a sus fuerzas de liberación.

Para comprender el mundo contemporáneo conviene usar un globo terráqueo giratorio y contemplar el escenario en el que vivimos desde diferentes puntos de la Tierra. Veremos entonces que el Atlántico no es sino un puente que une el tropical y abigarrado mundo afrolatinoamericano, un mundo que ha conservado fuertes ligazones de comunidad étnica y cultural. El cubano que llega a Angola no percibe cambios; ni en el clima, ni en la comida, ni en los paisajes. Para el brasileño ni siquiera cambia la lengua.

La trata de esclavos fue el principal motivo de la presencia portuguesa en Angola. Con el fin de conseguir su número más alto posible, los portugueses desencadenaron guerras interminables. «El contacto portugués con Angola —escriben los historiadores Douglas L. Wheeler y René Pélissier en el libro titulado *Angola*— empezó con una guerra y, según creen algunos, acabará con otra. Empezando por el año 1578, la política portuguesa de penetración en Angola se inició con una incursión militar que dio comienzo a una serie de guerras que se prolongaron durante siglos. Ni siquiera con el paso del tiempo amainó la

pasión guerrera, todo lo contrario: en la época que va de 1579 a 1921, antes que una excepción, el estado de guerra era la norma, lo más natural. Documentos aún inéditos de archivos portugueses demuestran que a lo largo de trescientos cincuenta años solo hubo cinco en que los portugueses no librasen una u otra guerra, en uno u otro punto de Angola».

Aquel expolio desaforado de seres humanos había acabado por sumir a Angola en un estado de destrucción tal que, a principios del siglo xx, Inglaterra y Alemania mantuvieron negociaciones secretas con objeto de arrebatarse la colonia a Portugal y repartírsela. De todos modos, los alemanes ocuparon el sur de Angola hasta 1915, y los afrikaners (es decir, los bóers), la provincia de Huíla (con capital en Lubango), hasta 1928.

Durante varios siglos, Portugal fue dirigiendo lo mejor de su capital humano hacia el Brasil y lo peor hacia Angola. Angola era una colonia penitenciaria, un lugar de destierro al que se deportaba a delincuentes y facinerosos, a todo marginado social. En la vieja Lisboa se hablaba de Angola llamándola «*o país dos degredados*», de los forajidos, de la gente expulsada del marco de la sociedad, proscrita, acabada. La baja estofa de aquel elemento humano que se asentó en la colonia tuvo mucho que ver con el hecho de que Angola fuese considerada como uno de los países más atrasados de África.

La lucha por la liberación nacional de Angola empieza a tomar cuerpo solo a mediados del siglo xx. He aquí algunas fechas importantes:

1948. Nace el movimiento cultural «Vamos descubrir Angola». Lo funda un grupo de jóvenes intelectuales angoleños. Editan dos números de la revista literaria *Mensagem*, pronto clausurada por la policía. Su

redactor jefe —como también el líder del movimiento— es el gran poeta angoleño Viriato da Cruz, que trabaja en estrecha colaboración con otros dos poetas, Agostinho Neto y Mário de Andrade. La aparición del movimiento de liberación de Angola es obra de estos tres poetas.

1953. Nace el PLUA —Partido para a Luta Unida dos Africanos de Angola—, la primera organización de liberación nacional. Como todas las que lo sucederán, el PLUA nace y trabaja en la clandestinidad.

1954. Se crea en Kinshasa la UPNA —União das Populações do Norte de Angola—, que es una organización tribal de los bakongos y germen del posterior FNLA.

10 de diciembre de 1956. De la unión del PLUA con otros grupos de liberación, más pequeños, se funda en Luanda el MPLA —Movimento Popular para a Libertação de Angola—, que encabeza un médico y poeta de treinta años, Agostinho Neto.

1958. UPNA cambia su nombre por el de UPA, União das Populações de Angola.

En esa época, y bajo la influencia de los tempestuosos acontecimientos que sacuden al vecino Congo, en Angola se multiplican partidos y organizaciones tribales, por lo general poco significantes. Hasta el año 1967, surgieron y desaparecieron de la escena política cincuenta y ocho partidos y veintiséis organizaciones de este tipo. En aquella década, la fragmentación de la vida política era más acusada en Angola que en el Congo.

4 de febrero de 1961. Luchadores del MPLA asaltan a mano armada una cárcel luandesa (A Casa de Reclusão Militar) entre cuyos muros permanecen patriotas angoleños. El asalto marca el comienzo de la lucha

armada por la liberación de Angola.

15 de marzo de 1961. En el norte de Angola, la UPA lanza una consigna racista exhortando a la sublevación de los bakongos contra todo lo que no lo es. Bandas de asalto de la UPA asesinan a civiles portugueses, a mulatos angoleños, a miembros de otras tribus, como ovimbundu y mbundu. Aplastada por el ejército portugués, la sublevación acabó en una masacre espantosa y en el exilio al Zaire de muchos de los bakongos supervivientes.

23 de marzo de 1962. La UPA cambia su nombre por el de FNLA — Frente Nacional de Libertação de Angola—, que encabeza el presidente en ejercicio de aquella, empleado desde hace muchos años en una empresa belga instalada en el Congo, Holden Roberto. Aunque nacido en Angola (São Salvador, 1925), Roberto siempre ha vivido en el Congo (ahora Zaire), donde sigue residiendo hasta hoy, dedicado a regentar sus numerosos negocios: restaurantes, hoteles, etc. El FNLA fue y sigue siendo una organización estrictamente tribal, el partido de los bakongos, que se marcó como objetivo la resurrección de su antiguo reino y la ulterior incorporación a él de los demás territorios angoleños. En 1970, los bakongos constituían un ocho por ciento de la población de Angola. Perteneciente a la iglesia protestante, el grupo de Holden Roberto ha sido financiado desde siempre por el American Committee on Africa, a través de la Baptist Church. La lucha del FNLA contra el MPLA ha cobrado, entre otros, tintes de conflicto religioso: el protestante FNLA contra un MPLA en cuyas filas militan muchos católicos.

Noviembre de 1963. El gobierno del Zaire cierra la sede que el MPLA tiene en Kinshasa, trasladada de Luanda a aquella ciudad en 1961 a consecuencia de las represalias portuguesas. La nueva sede se establece

primero en Conakry y luego, en Brazzaville. Desde 1965, permanece en esta última ciudad un grupo de cien cubanos encargado de proteger al entonces presidente de la República Popular del Congo, Massemba-Débat. Es en Brazzaville donde el MPLA entabla sus primeros contactos con los cubanos.

1964. Ruptura en el llamado Gobierno Revolucionario de Angola en el Exilio (GRAE), creado dos años antes por el FNLA. Abandona el GRAE, entre otros, su ministro de Exteriores Jonas Savimbi, que, en el número de la revista *Remarques Africaines* fechado el 25 de noviembre de 1964, publica una carta en la que acusa a Holden Roberto de corrupción y nepotismo. No sin antes enumerar los nombres de los agentes de la CIA que trabajan en el FNLA, así como los de la plana mayor del partido, en un fragmento que merece ser reproducido: «Holden Roberto, presidente, nacido en São Salvador; John Edouard Pinock, nacido en São Salvador, primo de Holden; Sebastião Roberto, nacido en São Salvador, hermano de Holden; Joe Peterson, nacido en São Salvador, cuñado de Holden; Narciso Nenaka, nacido en São Salvador, tío de Holden; Simão de Freitas, nacido en São Salvador, sobrino de Holden; Eduardo Vieira, nacido en São Salvador, primo de Holden».

13 de marzo de 1966. Se funda UNITA —União Nacional para a Independência Total de Angola—, cuyo líder y artífice no es otro que Jonas Savimbi, nacido en 1934 en la provincia de Bie, hijo de un empleado de ferrocarriles. Durante un tiempo estudió en Europa. Recibió instrucción militar en Pekín (1964-1965). UNITA fue financiada por colonos portugueses que más tarde crearían su propia organización, el FRA —Frente de Resistência Angolana—, encabezada por el coronel Gilberto Santos e Castro, ulterior comandante de los mercenarios que lucharon en las filas del FNLA, y el banquero y millonario António

Espírito Santo. Lo que pretendían era separar Angola de Portugal y crear un Estado de colonos blancos (como hiciera Ian Smith en Rhodesia). UNITA, igual que el FNLA, es una organización tribal. Sus partidarios proceden de los ovimbundu. Savimbi, que durante años había estado enemistado con Holden Roberto, acabó por unirse a él en un frente común contra el MPLA. Recuerdo un cartel en el que se veía a Savimbi y a Roberto fundidos en un abrazo. Y el lema: «¡Dos líderes, un único sol de la libertad!».

1968. El MPLA traslada su cuartel general de Brazzaville a los bosques orientales de Angola. La lucha armada se intensifica.

25 de abril de 1974. Revolución de los Claveles en Portugal.

15 de enero de 1975. Firma, en la portuguesa Alvor, del acuerdo entre el MPLA, el FNLA, UNITA y el gobierno de Portugal en virtud del cual se crea un gobierno provisional de coalición angoleño y que fija la concesión de independencia a Angola para el 11 de noviembre de 1975.

30 de enero de 1975. El gobierno provisional empieza a trabajar en Luanda. Al cabo de cinco meses, el FLNA y UNITA lo abandonan.

Marzo de 1975. Disturbios sangrientos en Luanda. La población civil de la capital que se muestra partidaria del MPLA es atacada por tropas del FLNA.

17 de abril de 1975. División en el seno del MPLA. El comandante en jefe de sus fuerzas armadas, Daniel Chipenda, se pasa al FNLA. También abandona la dirección del MPLA uno de sus miembros fundadores, Mário de Andrade.

Julio de 1975. El MPLA libera Luanda de las tropas del FNLA. La mayor parte del territorio del país se encuentra bajo el control del MPLA.

27 de agosto de 1975. Primera incursión de tropas de la República de Sudáfrica en el territorio de Angola, en la región de Cunene. En una escaramuza con estas tropas muere el responsable del frente sur del MPLA, comandante Kalulu.

19 de octubre de 1975. Comienza la agresión del ejército de Sudáfrica contra Angola.

5 de noviembre de 1975. Llega a Luanda el primer destacamento del ejército cubano.

11 de noviembre de 1975. Nace la República Popular de Angola. De acuerdo con el programa del MPLA, la nueva república se define como un país de democracia popular cuyas principales riquezas naturales, así como las ramas fundamentales de su economía, serán propiedad de la nación. Todos los ciudadanos tendrán derecho al trabajo y a la educación. Angola llevará a cabo una política de neutralismo positivo. Agostinho Neto se convierte en su primer presidente.

Noviembre de 1975. Comienza la contraofensiva del ejército del MPLA, apoyado por destacamentos cubanos. A lo largo de diciembre y enero se libran combates que acaban con la derrota de las tropas del FNLA y UNITA.

3 de febrero de 1976. Derrota del destacamento de mercenarios capitaneado por el hombre conocido como coronel Callan.

27 de marzo de 1976. Se retiran del territorio de Angola las últimas unidades del ejército sudafricano. Regresan a su país por el mismo camino que recorrí yo con Diógenes, y luego con Farrusco, cuando pasé tanto miedo que no me olvidaré de aquel trayecto en lo que me quede de vida. ¿Por dónde estará Farrusco ahora? He oído que sigue vivo. Escondido en Lubango por unas personas durante la invasión, pasó mucho tiempo en cama pero, finalmente, sus heridas cicatrizaron. Es un hombre duro. Ignoro qué suerte ha corrido Diógenes. Prefiero pensar que también él sigue con vida. António murió acribillado a balazos. Y Carlos. La calma reina en todos los frentes. Los mercenarios británicos que huyeron del frente norte ya están en Londres, contando lo que han hecho en Angola. «Hay quien cree —dice uno de ellos a un periodista de la BBC— que guerra es lo mismo que un rasguño en una pierna, tan insignificante que incluso es agradable. Mentira. Guerra significa cabezas destrozadas, piernas arrancadas de cuajo, individuos con vísceras al descubierto arrastrándose en círculos, hombres abrasados por el napalm, pero aún vivos. Al ver todo esto, a uno se le endurece la piel. Encuentras, por ejemplo, a un cubano herido, lo vuelves boca arriba y él hace un movimiento. Crees que intenta sacar su arma y te lo cargas sin pensártelo dos veces. Y él a lo mejor quería sacar la fotografía de su mujer y decirte: “Ayúdame”. Pero tú lo has matado de un tiro. Simplemente porque no querías arriesgarte. Cuando uno dispara sobre una pared humana en movimiento, no mira rostros, no ve personas. Se limita a apuntar a siluetas a las que, por extraño que parezca, no asocia con seres humanos. Cuando te topas con alguno cara a cara y luchas cuerpo a cuerpo, entonces sí que ves que es un hombre como tú, pero en esos casos suele tratarse de salvar tu propia vida. Tienes que matarlo antes de que él te mate a ti. Yo maté al primero cuando tenía diecisiete años, diecisiete y medio tal vez, o dieciocho. En Adén. Luego tuve pesadillas —el *shock*

propio de la guerra—; me despertaba gritando en mitad de la noche, mientras que ahora ni siquiera recuerdo qué cara tenía aquel tipo».

En el puente sobre el Cunene que marca la frontera, el ministro de Defensa de la República de Sudáfrica, Pieter Botha, asiste al desfile de sus tropas que regresan de la guerra. A pesar de que los soldados atraviesan el puente en silencio, lo hacen en medio de mucha bulla, pues, en esos mismos momentos, destacamentos del FNLA y de UNITA que han acompañado hasta entonces a las unidades sudafricanas blancas se lanzan al agua en tropel para alcanzar a nado la orilla de Namibia. Muchos hombres mueren ahogados durante la travesía. Pero con la guerra también ha terminado la democracia de las trincheras y vuelve a regir la ley de la segregación racial: el puente está reservado única y exclusivamente para los blancos.

Años 1976-2000. La guerra sigue. Se trata de uno de los conflictos armados más largos de cuantos se dirimen en el mundo contemporáneo. ¿Ha cambiado algo en su imagen? Lamentablemente, poco. Bueno, sí: se han marchado los cubanos. También los sudafricanos se han ido. Pero allí siguen los habitantes de aquella tierra. Angola es su país. Un país dividido, despedazado y destruido por una guerra civil, y cuyo gobierno lleva más de dos décadas luchando contra la rebelión de Jonas Savimbi.

El gobierno controla ricos yacimientos de petróleo. Savimbi, grandes minas de diamantes. Gracias a la explotación de estas riquezas, cada uno de los bandos recibe beneficios suficientes como para poder alargar esta guerra ad infinitum. Hasta la fecha, arroja el saldo de un millón de muertos. Pero como aún quedan varios millones que siguen con vida, la lista de sus víctimas no dejará de crecer.

Vuelvo con el pensamiento a las personas que conocí en aquellos días. ¿Qué suerte habrán corrido? Si Diógenes ha muerto, tal vez sus

hijos continúen la lucha. ¿Y el fuerte, robusto y valiente Farrusco? Aun si está entre los vivos, ya es demasiado viejo para arrastrarse por las trincheras. Pero recuerdo el día en que me dijo que acababa de nacer su hijo. De manera que si ahora me topase en un frente angoleño con un joven oficial y le preguntase cómo se llamaba y oyese como respuesta que Farrusco, le diría: Hace muchos años recorrí estos parajes en un jeep, con un hombre que llevaba el mismo apellido. Sí, asentiría el joven oficial, era mi padre.

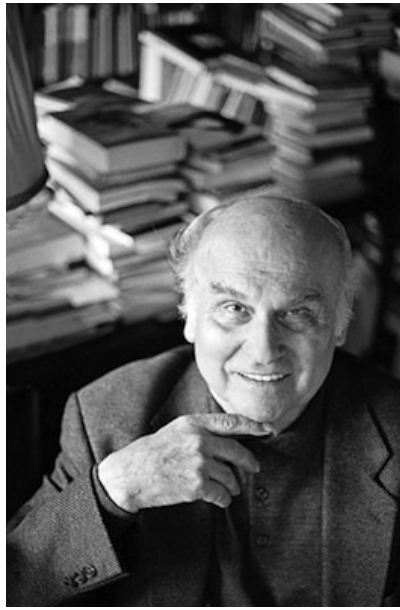
¿Y el alto y callado comandante Ndozi? Ndozi está muerto. Saltó por los aires al pisar una mina. Igual que Monti. Y también como el inmenso y alegre Batalha. En guerras como esta, los enemigos pocas veces se enfrentan cara a cara. Mueren al caminar, cuando a su alrededor reina la paz y la tranquilidad. La muerte los sorprende desde un escondrijo, agazapada bajo la arena, bajo una piedra o una mata de endrino. Tiempo ha, la tierra era fuente de vida; un granero, un bien deseado. Ahora, por aquellos parajes, la gente la mira con sospecha y desconfianza, con miedo y odio.

¿Qué suerte habrá corrido Óscar? Tal vez haya sobrevivido y lleve una vida de jubilado. Me gustaría tanto que disfrutara de una vejez tranquila y agradable... ¿Y Gilberto? Lo ignoro, no sé nada. ¿Y Félix? Tampoco lo sé. Las personas desaparecen de nuestras vidas sin dejar rastro, total e irremediabilmente, primero del mundo y luego de nuestra memoria.

¿Y dona Cartagena? Me da miedo pensarlo. Pues ¿y si ya no está entre los vivos? Aunque precisamente esto me parece imposible. No soy capaz de imaginarme Luanda sin dona Cartagena, ni Angola, ni toda esta guerra. Por eso estoy seguro de que si un buen día os encontráis en Luanda, tarde o temprano os toparéis con una anciana de pelo blanco caminando por la mañana hacia el Hotel Tívoli. Camina con prisas porque, como cada día, le espera mucho trabajo de limpieza. Si la paráis

para preguntarle: Perdone, ¿es usted dona Cartagena?, la mujer se detendrá por un momento, os mirará sorprendida y luego dirá amablemente: Sí, soy yo.

Y, toda vigorosa, seguirá su camino.



RYSZARD KAPUŚCIŃSKI (Pinsk, Bielorrusia, entonces parte de Polonia, 1932 - Varsovia, 2007) fue un periodista, historiador, escritor, ensayista y poeta. Ya con diecisiete años publicó poemas en la revista *Hoy y Mañana*. En 1953 ingresó en el Partido Comunista de su país y tres años después se licenció en Historia en la Universidad de Varsovia, aunque posteriormente se dedicó al periodismo. Comenzó su carrera en el periódico *Bandera de la Juventud*, y en 1968 fue nombrado corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca en el extranjero, trabajando en África, Latinoamérica y Asia. Colaboró con las publicaciones *Time*, *The New York Times*, *La Jornada* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Desde 1962 compaginó sus colaboraciones periodísticas con la actividad literaria y ejerció como profesor en varias universidades.

Recibió numerosos honores y premios, como el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el año 2003, y doctorados *honoris causa* por numerosas universidades. Fue también miembro de la

Academia Europea de las Ciencias y las Artes.

Notas

[¹] Frente Nacional de Liberación de Angola. (*N. de la T.*). <<

[2] Movimento Popular por la Liberação de Angola. (*N. de la T.*). <<

[3] Unidat Nacional por la Independencia Total de Angola. (*N. de la T.*).
<<